

Un día para NO Olvidar

Relatos ♡



DYLAN MARTINS

Um dia para
NO Olvidar

Relatos ♡

DYLAN MARTINS

Un día para no olvidar. Relatos
©Todos los derechos reservados.

©Dylan Martins

1ªEdición: febrero, 2019

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor.



















*El sol que
entró en mi vida*

Para Evelin, que la vida te dé todo lo que te mereces, gracias por tenerme en ella. Te adoro.

—Aquí me tenés —esa voz Argentina irrumpió por la puerta, ni Buenos días, ni nada, pero a mí me había sacado la mejor de las sonrisas.

—Hola —dije sonriendo— adelante, pasa. Soy Daniel —le di la mano.

—Me llamo Evelin.

—Siéntate por favor —dije señalando la silla.

Me había hecho mucha gracia, la había mandado a llamar ya que me la habían recomendado por ser una de las mejores representantes del panorama teatral, que era a lo que yo me dedicaba, al teatro y me iba muy muy bien.

—¿Puedo preguntarle algo?

—Claro —Adelante.

—¿Porque me necesitas con la de propuestas que tienes sobre la mesa? Eres uno de los actores más reclamados ahora mismo en el teatro.

—Porque tu eres una de las mejores en representación y yo quiero estar con los mejores —le hice un guiñol.

—Perfecto —hizo un gesto con los ojos y la cara de no estar muy convencida pero lo asumía, era de lo más cómica, se notaba a leguas y a mí eso, me llamaba mucho la atención.

—¿No crees en ti?

—No, en mí sí, lo que no creo es en vos... —dijo descaradamente sonriendo, ladeando la cabeza.

—Pero bueno —solté una carcajada —¿Pero cómo me dices eso?

—No, no le estoy diciendo por nada malo —hizo como un resoplo — Pero ya tienes todo encajado...

—Pero te quiero a ti —dije acercándome a ella por encima de la mesa y luego me eché atrás sonriendo.

—Pues aquí me tenés —repitió eso que me había gustado tanto de ella.

Comenzó a contarme que llevaba en España cuatro meses, antes trabajaba desde su país, Argentina, pero como tenía tantos clientes de aquí y le gustaba tanto este país, pues decidió venirse aquí a vivir.

Salimos a tomar algo a la terraza de bar que había frente a mi oficina, así que, nos pusimos a seguir charlando, como si nos conociéramos de toda la vida, me dejaba sonriendo con cualquier frase, con cualquier mueca que hacía

con su cara, gesticulaba mucho y eso le hacía ser más especial, a mí me iba ganando por segundos.

¿Imagináis una vida volcada en el trabajo y nada de relación con otras mujeres? Así llevaba yo unos meses, desde que lo dejé con mi ex, una chica egocéntrica que no empatizaba con nadie y que se encargaba todos los días de dejar claro que era una eminencia y yo, un pobre actor de teatrito así era ella, por eso ahora...

Evelin, ella era diferente, se le notó desde el momento en el que apareció por la puerta con ese “aquí me tenés”. Ella era diferente, natural como la vida misma, no llevaba pendientes, no lo necesitaba, su cara era preciosa, su larga melena morena, junto a su piel blanquita la hacían de lo más bonita.

Su sentido del humor... No había una sola frase en ella que no fuera con una ironía bromista y su gesto acompañándolo, era un espectáculo de sonrisas las que me sacaba, encima era una potencia trabajando, cosa que ni ella misma se creía pero era así, conseguía una visibilidad brutal para sus clientes y había grandes personajes que hablaban maravilla de ella, además de poner su vida laboral en sus manos.

¿Sabes de esos días que parece que serán de lo más normal y aparece alguien que hace que se pare el mundo? Pues eso me paso con Evelin ese día, desde que apareció a las diez de la mañana por la puerta de mi despacho, eran la una y seguíamos charlando, sin mirar el reloj, sin importar el tiempo, estaba a gusto con ella, me sentía cómodo y lo más extraño, sentía estar en una nube con alguien, como hacía mucho que no había conseguido estar.

Evelin era diferente, una dulzura que ni ella sabía que tenía, pero que radiaba por todos lados, además de ser una perfecta irónica, me gustaba esa parte de ella, en cada frase dejaba un potente reflejo suyo.

—¿Sabes que hoy es San Valentín?

—Bah, no me dirás que te van esas cosas... —arqueó los ojos.

—No, pero es un día especial para aquellas personas que sienten —dije para buscarle la lengua.

—Y el resto de los días a hostias —bromeó.

—No mujer, pero cuando se está enamorado se buscan excusas de este tipo para demostrar los sentimientos.

—Pues que falsos —volvió a arquear los ojos —Cuando se está

enamorado las muestras son constantes y a diario, es más, si quieres hacerle algo especial no debes esperar al San Valentín ese para tener un detalle —resopló.

—Te invito a comer a un asador que hacen una carne divina, no creo que sea como la Argentina pero verás que no tiene nada que envidiarle —le hice un guiño.

—Siempre y cuando terminemos antes de las cinco —se encogió de hombros.

—¿Qué pasa a esa hora? —pregunté intrigado.

—Me espera el amor de mi vida a que lo recoja en el colegio, hoy come allí y tiene actividades, sale a esa hora.

—¿Tienes un hijo? Pregunté como si no lo supiera, pero me lo había contado la persona que me recomendó a Evelin.

—Sí, tiene cinco años, además de solo tenerme a mí aquí, así que me debo a él en cuerpo y alma —ríó resignándose.

—¿Como se llama? —dije pagando la cuenta de los dos vinos que habíamos tomado y levantando para irnos a comer al asador.

—Se llama Manolo...

—¿En serio? —reí, me había hecho gracia la forma en que lo pronunció.

—Ajá... Pues seguro que ese Manolo es el niño más feliz del mundo por la madre que tiene.

—Bueno, para los niños ya sabes que nunca somos perfectas, ellos no quieren la mano, te intentan coger el brazo, pero no me puedo quejar es un amor y me llena de muestras de cariños constantes.

—Pues eso es lo mejor del mundo...

—Supongo que sí, yo al menos no lo cambio por nada del mundo, pero eso de ser madre soltera a veces agota —hizo un gesto de cansancio.

—Ya, pero la vida te lo recompensa por otro lado...

—Obvio, es lo mejor del mundo, sinceramente es un sentimiento inexplicable que hace que la vida te cambie y todo gire en torno a él.

Llegamos al restaurante de la carne y nos pusieron los panecillos en forma de corazón y la botella de vino. Evelin se rio al ver el pan en esa forma.

—Lo mismo pensaron que estamos enamorados —puso los ojos en

blanco.

—Quién sabe...

—Vos estás loco —rio.

—¿No tienes las puertas abiertas al amor? —pregunté de forma indirecta aguantando la risa.

—¿Con vos? ¡Estás loco!

—Muy cuerdo no debo estar, pero sé lo que digo —sonreí e hice un gesto con la mano de que esperaba su respuesta.

—Tienes una fila de niñas babeando por vos en las redes, así que poco te hago falta yo en cuestión de amor.

—Pero a ellas no las invito a comer —le hice un gesto de ahí lo llevas.

—¿Ah no? ¿Y eso como lo sé?

—Sí quieres te dejo mi móvil para que mires todas mis conversaciones a ver si hay alguna en la que yo de pie a algo —hice un guiño.

—No, tengo bastante con aguantar mis redes como para revisar las tuyas —sonrió de forma burlona.

—¿Entonces me vas a llevar a conocer a Manolo y cenamos con él el día del amor? —pregunté descaradamente, pero no me apetecía separarme de ella.

—¡¡¡Pero!!! —levantó las manos en plan furia, pero riendo—. ¡No puedo con vos!

—Pero si soy un amor ¿Tan ogro te parezco?

—No, pero no me fío de ti —me sacó la lengua y me sacó otra sonrisa.

—¿Y por qué no dejamos decidir a mi amigo Manolo? —me encogí de hombros.

—Él no se mete en las decisiones de cosas de mis clientes —ladeó la cabeza.

—Pero la cena no es a modo cliente, es a modo casi amigos —sonreí.

—¿Amigos? Nos hemos acabado de conocer ahora mismo —dio un sorbo a la copa poniendo cara de susto —Además, estamos comiendo juntos ¿No te parece ya bien por hoy?

—Por hoy... Tu subconsciente te ha delatado —reí —estás deseando que haya una siguiente vez.

—¡Vos estás loco! —dijo señalándome con el cuchillo con el que cortaba

la carne.

—¿Pero que tiene de malo que invitemos a Manolito? —levanté las manos.

—¿Manolito! —resopló —Anda, dale, come —me volvía loco su acento argentino y buscarle la lengua.

—Entonces ¿Aceptas terminar de pasar el día de los enamorados conmigo? —insistí.

—Vos no vas a desistir ¿Verdad?

—Bueno, tengo paciencia —sonreí.

—Y persistencia...

—Y ganas de conocer a mi amigo el argentino y de cenar con él —me encogí de hombros.

—¡¡¡Pero!!! Guas... ¡Pará! Terminemos esta succulenta parrillada de carne y ya veremos ¿Sí?

—¿Como fue tu adaptación y la del niño a este país? —Desvié el tema ya que sabía en lo más fondo de mi corazón que iba a conseguir llevármelos a cenar, no me hacía a la idea de perder un rato sin ella.

—Pues el pequeño bien, se hizo un amiguito aquí desde el minuto uno y es el niño más feliz del mundo y yo, bueno adaptándome a todo, pero bien, me encanta la gente de aquí y este maravilloso país.

—Pues te veo agobiada ¿Te pasa algo?

—Estoy sola para todo, el trabajo, el niño, la adaptación, necesito como tener esa sensación de ya tener el huevo puesto, aún no la tengo —dijo con voz triste.

—Eso porque no me conocías a mí, te garantizo que te voy a adaptar a España desde ya —sonreí, no podía evitar de lanzarle indirectas, era ella, esa que siempre esperé y apareció por obra de arte.

—¡Vos sos un loco! —rio.

—No te fías de mi —me crucé de brazos y negué con la cabeza, volteando los ojos.

—No es eso, pero vos sabes la repercusión que tiene, como me voy a creer yo que tú quieras ayudarme y volcarte conmigo —resopló riendo.

—Bueno podemos cuidarnos mutuamente —insistí como un quinceañero

que va a morir de amor a primera vista.

—No tenés remedio —rio mientras cogía la copa y a mí me parecía la tipa más sensual de este planeta.

Pasamos una comida con miradas cómplices, risas, bromas, ironías y un coctel de esos que hacía que el tiempo volara, eso es lo que no me gustaba.

Salimos y de allí un poco antes de que Manolo saliera del colegio.

—Ni media palabra, te acompaño y pasamos la tarde con él, hoy es el día del amor, tenemos que arroparnos —levanté los hombros.

—Dale gracias al vino que estoy de buenas y te lo voy a permitir —hizo un gesto de resignación.

—En el fondo estás cómoda conmigo —reí mientras andaba a su lado.

—En el fondo soy una persona que no me gusta estar con la polémica y si me niego, eres capaz de seguirme y aguarne la tarde —sonrió irónicamente.

—Ah no, en el fondo estás deseando pero no te fías de mí, te choca esta actitud mía, pero a mí todos los días no me entra una argentina por la puerta diciéndome “Aquí me tenés...” La culpa es tuya —me encogí de hombros.

—No me vuelvas loco al niño —advirtió con su dedo al verlo salir —
Hola, mi bebé —le dio un beso a esa preciosa criatura que daban ganas de achuchar —Él es un cliente, se llama Daniel.

—Hola, Daniel —dijo escondiéndose, riendo detrás de la madre.

—Hola, Manolo —me agaché para ponerme a su altura —Qué le había dicho a tu mamá que tengo unas ganas insaciables de ir a comer un menú de Hamburguesa, patatas, refresco y un helado para rematar.

—¡Yo quiero! —dijo saltando.

Reí, era un amor de niño, no sabía por quién sentía más predilección por la madre o por el peque, pero a mí me habían enamorado ese día la vida en el que terminamos en un parque merendando y en un Burger cenando.

Ahí, a pesar de los miedos de Evelin, ese que día a día les asaltaban, ese que notaba que la vida le estaba gastando una broma pesada y todo iba a terminar, ese que tuvo que ir conociéndome poco a poco para tranquilizarse, no temer nada, confiar y descubrir que ella era el amor de mi vida...



*Un quizás
al amor...*

Dedicado a Mercedes Muñoz, mi Mercedes, como yo la llamo, gracias por todo esos momentos de ánimos y de risas, gracias por ser como eres y, sobre todo, gracias por ser mi amiga.

—Buenos días para el súpermegaguapo y mejor conductor de autobús de toda la ciudad.

Sonreí al ver la sonrisa de Mario cuando subí al autobús.

Cada mañana cogía esa línea de bus para ir a trabajar. Era bastante temprano, la primera que pasaba y casi siempre solía ir sola hasta que empezara a llenarse en las siguientes. Y como buen autobús en la ciudad de Sevilla, eso no tardaba mucho en ocurrir.

—Buenos días, Andrea, se te ve de buen humor hoy.

Cómo no estar contenta, es viernes —reí mientras pasaba mi tarjeta.

—¿Planes para el finde entonces?

—Sí. Manta, sofá, helado... Que a estas alturas a nadie le va a importar si me pongo fofa y pelis de amor.

—¿Pelis de amor?

—La esperanza es lo último que se pierde —sonreí.

Mario y yo teníamos más o menos la misma edad. Ya la vida nos había dado demasiados palos a los dos. Estábamos divorciados y sin ganas de comenzar algo nuevo. Por miedo a sufrir, por decepción con el mundo... Cada uno por un motivo, supongo.

Mi vida no había sido fácil. Muchos años de matrimonio con un borracho que me dejó más que secuelas físicas. La depresión era lo más difícil de superar.

Pero por mis hijos, salí adelante. Sola. Como lo hacíamos muchas.

Limpiando, en el campo... No me importaba, echaba horas donde fuera para que pudieran comer. Pero ya ellos hicieron su vida y yo tenía que dedicarme solo a mí.

Tuve suerte de poder encontrar este trabajo, de formarme un poco y de conseguir trabajar como cuidadora para la Junta de Andalucía.

Nunca me costó adaptarme. Tratar con gente mayor me hacía mucho bien. Era doloroso verlas mal, enfermas, sin poder ser independientes. Cosas de la edad, en la mayoría de sus casos.

Pero era gratificante. La cantidad de cariño que ofrecían y lo agradecidos que eran, me llenaba más que nada. Por eso no importaba los dolores de espalda o el cansancio. Lo que me aportaban pesaba más que eso.

Esperé que se parara en un semáforo para sentarme. Siempre en el mismo asiento de siempre. En primera fila, como si fuera la copiloto del autobús. Así era desde el principio y, así, Mario y yo habíamos forjado una amistad.

Me quedé mirando lo que había en mi asiento y miré alrededor del autobús, pero no había nadie...

—Mario...

—Es para ti —dijo sin dejar de mirar a la carretera.

¿Para mí?, pensé pero me quedé en silencio, sin saber qué decir.

En el asiento que siempre ocupaba había una rosa roja y un paquete pequeño con un sobre encima.

Lo cogí sin entender nada y me senté. Miré a Mario y él afirmó con la cabeza.

¿En serio era para mí? ¿Pero quién...?

Me temblaban las manos en ese momento. Como pude, abrí el sobre y leí la nota que traía.

“Feliz San Valentín, Andrea. Porque nunca perdamos la esperanza y nos arriesguemos a intentarlo.

Mario”

Volví a mirarlo rápidamente, pero él seguía con la mirada en la carretera.

Abrí el pequeño paquete y me encontré con una preciosa cadena que tenía como colgante un pequeño autobús de plata.

Sonreí, eso había tenido que costarle encontrarlo.

Volví a leer el mensaje de la tarjeta y, sin pensármelo, me levanté y me coloqué a su lado antes de llegar a la primera parada.

—Mario... ¿Qué es esto?

Porque no podía ser que...

—Una invitación sin compromiso, Andrea... —me miró, sonriendo tímidamente.

—¿Invitación? —no entendía nada.

Mi vida no había sido fácil y no había tenido relaciones con hombres. Después de mi ex, con el que había estado desde pequeña, no había conocido a otro. No en ese sentido, al menos. Y aunque, como mujer, siguiera creyendo en el amor, la verdad era que para mí pensaba que no sería posible.

Ni yo tenía interés ninguno en ello.

No, al menos, que fuera consciente de habérmelo planteado.

—Es el día de San Valentín. Es el día del amor... No sé si eso es lo que

siento por ti porque no hemos podido vernos fuera de aquí. Pero sí sé que siento algo muy especial.

Lo siento si estoy pasando los límites, Andrea, yo solo quería hacerte sonreír y tener un detalle contigo un día como hoy —suspiró—. Y, quizás, tener la suerte de que me dejes conocerte fuera de aquí.

Quizás, que me dejes conocer si entre nosotros puede haber algo más.

Me había quedado completamente sin palabras. ¿Ese hombre me estaba proponiendo...? ¡¿A mí?!

Una mujer más, normal. Vestida con chándal y todos los días sin maquillar y con ojeras.

Una mujer trabajadora, luchadora. Una sufridora que soñaba con el amor, pero que imaginaba que nadie podría fijarse en ella...

—Lo siento si te molesté...

Negué rápidamente con la cabeza. No me había molestado, es que...

—No. Es que solo no había pensado que tú...

—¿Que me gustas? —sonrió.

—Algo así —sonreí tímidamente.

—Me gusta cómo eres. Me gustas por lo que eres. Me gustaría conocerte más. Pero entiendo que tú...

—Que yo sí —dije sin pensar.

—¿Tú sí?

¿Yo sí?, me pregunté a mí misma. Porque o estaba hablando sin pensar o... Bien, estaba hablando sin pensar.

—Quizás podamos vernos fuera de aquí —dije finalmente.

En ese momento se abrieron las puertas de la parada y comenzó a entrar gente. Me eché a un lado, intentando no molestar. Cuando el autobús arrancó de nuevo, volví a hablar.

—¿Una cena? —le pregunté.

Estaba siendo descarada, seguramente. ¿Pero a mi edad, para qué perder el tiempo? No por ello pedía lo que no era, solo vernos fuera de ahí.

—Esta noche, a las ocho, en el Restaurante Olimpo. Reservé mesa por si tenía la suerte de que aceptaras —rio.

—Mesa reservada para el día de San Valentín... O tienes amigos o...

—Está reservada desde hace meses —se encogió de hombros—. Desde que quise conocerte.

Me reí, no pude evitarlo. ¿Así de previsor era?

—¿Y si te llevo a decir que no?

—Pues llamo y la anulo. Una multa y nada más.

—Y si has pensado eso desde entonces... ¿Por qué nunca...?

—Por miedo, supongo. Se supone que con la edad debe de ser más fácil, pero parece ser que no.

Sonreí, entendía lo que me decía.

Me fui y volví a tomar asiento y allí me quedé hasta que me bajé en mi parada, no sin antes decirle...

—Nos vemos esta noche.

Y esa noche conocí a un hombre encantador. Conocí a un hombre que merecía la pena y que me hacía soñar que, quizás, el amor sí estaba también hecho para mí.

La confianza que habíamos labrado nos fue de mucha ayuda. Sobre todo lo fue el entender que no era necesidad de amar. No era miedo a la soledad.

Éramos dos personas adultas con mucho feeling y con mucho que dar.

¿Por qué no intentarlo?

—Con la lata que me han dado mis hijos para que tuviera una cita... Y mira dónde estoy —reí.

—¿Y te arrepientes?

—No —dije rápidamente—. Nunca celebré el día de San Valentín. Y ten por seguro que nunca olvidaré este.

—¿Por qué nunca lo celebraste? —y a esa pregunta, la acompañó el darme una rosa de las que había en el jarrón de nuestra mesa.

—Ya sabes mi historia. Con su adicción... Como para recordar una fecha así —me encogí de hombros, no queriendo recordar nada del pasado.

—Pues las cosas van a cambiar si quieres.

—¿En qué? —cogí la copa de vino que me ofreció y bebí un poco.

—No quiero que nunca dejes de celebrar este día, Andrea. Y no quiero que dejes de celebrarlo a mi lado.

Me quedé mirándolo, sonriente, feliz por lo que acababa de decir. Me proponía más que una cena. Me estaba proponiendo una vida. Y sabía que era un hombre que merecía la pena y que podría amarlo más que a nadie.

Como él a mí...

—Quizás, Mario, quizás... —sonreí, esa vez más ampliamente.

Y quizás podía ser ¿por qué no? Tenía derecho a vivir, a hacer algo más que trabajar.

Tenía derecho a probar si el amor de verdad existía. Probar si estaba hecho para mí.

Tenía derecho a intentarlo y darle la oportunidad a un hombre que merecía la pena. Un hombre que podría demostrarme y sentir de mí lo que era amar.

El camino que nos quedaba era largo. Dos seres con pasado, con vidas, con familia... Pero también dos seres dispuestos a probar si el amor podía ser real.

Así que ese quizás iba a convertirse en un sí.

Un sí para el día de San Valentín.

Un sí para el amor.



*Un cuqui
San Valentín*

Para María José Valiente, la más cuqui, la más correcta, vividora, soñadora y con un corazón que traspasa límites, gracias por ese apoyo tan grande que me das, gracias por siempre estar ahí...

Un San Valentín de lo más nevado, así amaneció New York, y yo esperaba que esa tarde volviera mi chico, que había estado de firmas con su nueva serie de novelas infantiles, había sido todo un éxito, y estábamos muy contentos por ello.

Yo trabajaba de profesora de primaria en una escuela, tenía mucha suerte, estaba a punto de cumplir en dos días treinta y cuatro años, tenía un trabajo fijo, una pareja con una carrera literaria brillante, un piso que compramos hacía dos años entre los dos, lo tenía todo para ser feliz y eso era, así me sentía.

Esa mañana no trabajaba así que me fui a dar un paseo por la gran manzana, como así se conocía este lugar y a mí que me encantaba.

Paseé lo que pude, mi vicio era la ropa y los zapatos, sobre todo los zapatos, me encantaban los tacones, al igual que me gustaban las deportivas, precisamente en ese momento vi unas que tenían que ser mías, así que entré, me la probé y las vi perfectas, así que empecé el día quemando tarjeta, auto regalándome mi primer regalo de San Valentín.

Un pijama muy cuqui en un escaparate me llamaba, quise pasar de largo, pero me imaginé con él por casa y no pude resistirme.

—Nerea, sabía que no pasabas por el escaparate sin comprarlo —me conocía de sobras.

—Parece que lo haces para que pique —puse los ojos en blanco —Ya me conoces, estas cosas me superan y no puedo resistirme.

—Ya veo, además es tan tú...

—Siempre me dices lo mismo y ¿Como soy yo?

—Cuqui, soñadora, romántica, impecable, molona ¿Sigo?

—No, ya me has subido bastante el ego, ya llevo sobredosis —le saqué la lengua.

—¿Y Hugo?

—Llega a la tarde, estuvo de firmas por algunas ciudades con su serie.

—Genial, llega justo de la mano con cupido, seguro que te sorprende como siempre.

—Bueno, seguro que sí, por su bien —reí bromeando.

—Es muy detallista y lo sabes...

—Tienes razón —dije cogiendo la bolsa y pagándole.

—Qué pases una velada preciosa —me hizo un guiño.

—Gracias e igualmente —le devolví el guiño.

De ahí me fui para una lencería, una de una cadena de éxito que las prendas eran calidad, monerías y quedaban perfecta. Me compré un conjunto blanco de algodón y flores bordadas, era cómodo, quedaba genial y era muy juvenil, eso me gustaba.

Entré a una tienda exclusiva para comprar una pluma a Hugo, era algo que coleccionaba y le encantaba, siempre intentaba en los días señalados regalarle una, así que escogí una en color bronce que era una pasada, le iba a encantar, no me cabía duda.

De ahí fui a comprarle una manta para el sofá, pero como tenía que ser una especial, la encargué días anteriores, para que le grabaran las portadas de la serie infantil que le habían llevado más alto aun.

La manta quedó preciosa, cuando me la enseñó sonreí, le iba a encantar y era algo original, así que me la prepararon para regalo y me la llevé.

Por último la caja de bombones no podía faltan su caja de Ferrero Rocher, eso nunca, desde que fuimos a España y nos lo pusieron en un hotel, nos volvimos adictos a esos bombones y dimos con un lugar que los vendía, así que fui a por su caja de bombones.

Todo listo, envuelto y puesto a un lado del sofá, con su tarjeta y la nota de amor que le había escrito, estaba emocionada como una niña chica, disfrutaba con esos detalles, con todo lo que podía hacer sonreír a Hugo, sin duda alguna se lo merecía, tenía un corazón de oro.

—Buenas tardes, cuqui bonita —dijo entrando por la puerta sonriendo.

—Hola, mi vida —lo abracé fuerte.

—Me has echado de menos por lo que siento...

—Mucho, ya sabes que soy feliz a tu lado —le di un fuerte abrazo.

—Estás preciosa con ese pijama ¿Estuviste de compras? —sonrió.

—Sí, gasté un poco de nuestra fortuna —dije bromeando.

—Sí solo fuera un poco —rio y besó mi frente, me dio una palmada en el culo y me entregó la bolsa que llevaba en las manos.

—¡Qué nervios! —dije nerviosa.

Lo saqué y había una caja envuelta, al abrirla me quedé alucinando, era una preciosidad de joyero de madera tallada, en blanco y dentro había una cadena de oro blanco con un corazón entrelazado en la cadena, me encantaba, además de las gargantillas que quedaban cortitas, era una cucada, lo abracé e hice que me la pusiera.

Me miré al espejo y sonreí, me quedaba genial, era todo un acierto, como

siempre, estaba muy emocionada con mi regalo.

Hugo abría una botella de vino y miraba al sofá donde lucían sus regalos, me sonreía y guiñaba el ojo y a mí me causaba mil mariposas en el estómago.

—Ábrelos —dije cuando me dio la copa.

—¿Qué será? —cogió la caja de bombones y reía, sabía lo que era, así que la abrió y me dio uno, él se comía otro mientras abría el segundo y yo sonreía —No me lo puedo creer... —su rostro era un poema, estaba alucinando con la manta —Qué detallado, mi niña —me dio un fuerte abrazo.

—Te queda eso —señalé al que contenía la pluma.

—Es una pasada —cuando lo vio quedó fascinado, no paraba de mirarla mientras la tocaba.

—Me alegro de que te haya gustado.

—Me ha encantado —me dio uno de esos besos que solo él sabía dar.

Pasamos una tarde de cuento, de película, él fue a ducharse y yo preparé la cena, había cocinado el día anterior una crema de zanahoria así que hice unos solomillos a la plancha y puse la crema acompañándola, además de unos dulces chiquititos de tocino de cielo que había comprado para ese día de postre.

La cena fue divertida, como todos los momentos a su lado, cuidábamos mucho nuestra relación, nos queríamos, nos respetábamos y sobre todo, nos admirábamos y eso era muy importante para que una relación funcionara.

Nos tiramos acurrucados en el sofá un rato, mientras me contaba cosas de este último viaje y yo lo escuchaba embelesada, me encantaba su forma de ser aunque cabezón era un rato, cualquier discutía con el sobre un tema del que esté convencido de que tiene razón, no hay forma, pero después de eso, era todo corazón.

Nos fuimos a la cama, Hugo se adelantó para ir al baño de la habitación, aproveché para comer otro bombón antes de dormir, esa día era de coger kilos, al llegar a la puerta me quedé alucinando, la canción de “Sola” de Luis Fonsi, un camino de pétalos de rosas, velas por todos lados, me puse a llorar como una niña chica.

La canción era un perfecta, al menos para mí, que era una de mis favoritas, así que aquello era como un sueño, un momento de esos que se te graban en el corazón para siempre.

En la cama había un corazón rojo grande de cartulina, me hizo señas para que lo cogiera y yo no entendía nada, pero al levantarlo había una carpeta de

esas que contenía documentación de viaje, así que la abrí y ahí estaban los billetes para Italia y Paris, me puse a saltar como loca.


—¿De verdad? —No paraba de saltar en la cama.

—Claro y para que te vas a caer, nos vamos a recorrer Italia, luego iremos a Paris y visitaremos Disney —me hizo un guiño y vino a abrazarme.

—Amor, esto es un sueño y lo sabes...

—Uno de tantos sueños que nos quedan por cumplir juntos.

Nos abrazamos, besamos y nos perdimos entre las sabanas, con esa conexión que había tan fuerte entre nosotros, con ese amor con el que acabábamos la noche de San Valentín, para comenzar otro día como tantos, llenos de respeto y amor, porque si algo tenía claro es que Hugo era el amor de mi vida...



*Entre corazones
y manos*

Para Reme Marín, mi monita, ya sabes que siempre lo serás, gracias por ser tan corazón, tan persona, tan humana, tan grande...

Día de San Valentín, miré el frigorífico y ahí estaba la tarta de chocolate en forma de corazón, la había comprado el día anterior, como los últimos años de mi vida, tenía eso por costumbre, ya que ningún maromo me la iba a poner, primero porque me duraban poco las relaciones y segundo porque cuando veía que se acercaba el día y no estaba a gusto con la persona la dejaba, no quería día de los enamorados con nadie si no estaba convencida de estar completamente babeando por la otra persona y eso, nunca solía pasar.

Por la tarde me la comería, así que ahora a tomar un café mientras preparaba la traducción que me habían encargado.

El teléfono sonó a media mañana, era una llamada de la policía ya que había un hombre atrapado en un coche y no le entendían los bomberos, esos que estaban llevando el rescate tan meticuloso para no dañar más a la víctima.

Me vestí corriendo y salí en el coche hacia el lugar de los hechos, donde me recibió el jefe de la operación de rescate del cuerpo de los bomberos.

Me había puesto unos vaqueros azules, pitillos, con un camiseta blanca por fuera, un jersey, una parca verde y mis botas marrones.

—Hola —dijo deslumbrando con esa preciosa sonrisa.

—Hola. Me llamo Yohana —dije extendiendo mi mano.

—Yo soy Alejandro —me dio la mano —Verás, tuvo un accidente, quedó encallado en ese precipicio y hemos podido asegurar el vehículo, pero dada la gravedad del asunto ya que tiene sus piernas bloqueadas contra la parte de delante tenemos que hacer un trabajo minucioso que nos llevará tiempo, así que tiene dentro del coche un walkie para hablar con usted y que nos vayas diciendo que nos quiere decir.

—Perfecto —dije cogiendo el walkie ante Alejandro, un par de guardia civiles y un equipo médico.

En la zona con el coche, unos metros delante de nosotros estaban el equipo de bomberos que trabajaban para sacarlos este el lugar, empujar el coche hasta la superficie pondría en peligro al señor.

Cogí el walkie y le pregunté cómo estaba, me respondió que mal, que una de las piernas no la sentía y que la otra le dolía mucho.

Se lo transmití al equipo médico, que uno de ellos ya le había puesto una vía y un gotero para calmar el dolor, hacían lo que podían apenas se podían acercar hasta la ventanilla, el coche estaba en el precipicio en Holanda sujeto con todo lo que habían preparado los bomberos.

—Dile que en breve le hará efecto —respondió el médico.

Se lo dije, además de todas las preguntas que me iban haciendo, ante la atenta mirada de Alejandro, que estaba mirándome fijamente, incluso me intimidaba tanta atención a pesar de ser un tipo de esos que dan ganas de llevártelo a la cama y no dejarlo salir de ella.

Metro ochenta, moreno, una piel tostada preciosa, un cuerpo espectacular a pesar de que la ropa le tapaba todo aquel cuerpo definido, se podía presagiar que era todo fibra, pero su cara, era totalmente seductora, hacía tiempo que un chico no me llamaba tanto la atención, eso me incomodaba, me hacía sentir insegura y sobre todo no me dejaba centrarme lo suficiente.

Me tiré toda la mañana a su lado, estaba atento a todo, dirigía desde arriba, donde estaban los servicios médicos y la policía.

Por fin llegó el momento de poder sacarlo y directo a la ambulancia, hacía un frío que pelaba y yo estaba que parecía que me iba a dar algo, así que cuando se lo llevó la ambulancia me despedí de todos.

Alejandro se acercó a mí.

—Tú mono, se cayó —dijo dándome el mono pequeñito de peluche que colgaba de mi bolso a modo de abalorio.

—Gracias —reí— Por poco pierdo a mi media naranja el día de San Valentín —reí mientras lo volvía a colocar.

—Ah no, Yohana —rió— no me dirás que tu situación sentimental está atada a ese monito.

—Ajá —dije evitando romper a reír.

—Eso no puede ser, una mujer como tu —me señaló con la mano.

—Tranquilo, mi monito y yo nos vamos a comer una deliciosa tarta de chocolate a modo corazón y nos vamos a poner a tirarle dardos a cupido —reí.

—Una tarta de corazón de chocolate, con un café ¡Qué envidia! —dijo mordiéndose el labio —Cuanta suerte tiene tu monito —sonrió.

—Podemos invitarte ¿Verdad? —miré al mono a modo broma.

—Yo acepto ¿eh? —levantó las manos.

—Pues toma —saqué una tarjeta —Ahí está mi dirección a las cinco comenzamos la merienda —reí y me monté en el coche.

—Ahí estaré —dijo levantando la mano.

¿Pero en serio iba a venir ese bombón de hombre a merendar? No me lo terminaba de creer, al igual que el descaro que me había gastado con él, yo ya no recordaba ni como se ligaba, me estaba poniendo muy nerviosa y le seguí la película de mi romance con el mono.

—A partir de ahora vas a ser mi media naranja —dije mirándolo,

colgando de mi bolso que estaba en el asiento del copiloto —solté una carcajada, estaba nerviosa por si era verdad que Alejandro fuera a merendar.

Llegué a casa y encendí la chimenea, comí y me di un baño, luego me puse unos leggins con una camiseta, me solté la melena y tocaron al timbre...

No, no me lo podía creer, no esperaba a otro más que él, así que había venido. Abrí la cancela desde el interior de la casa y salí a recibirlo al jardín, el día a pesar febrero estaba precioso, era lo bueno de Málaga, disfrutábamos de un buen clima.

Lo vi entrar con un mono gigante, un oso de peluche que lo lleva cogido como si fuera un niño y una rosa entre las manos, no puede evitar ponerme las manos en la cara y reír.

—Por favor ¿De dónde lo sacaste? —dije quitando de sus brazos y abrazando al mono.

—Fui al Corte Ingles a comprarlo, era en el único sitio que lo había —se encogió de hombros —Y esta rosa también es para ti, de parte del mono y mía.

—No debiste hacerlo —le señalé a que entrara y coloqué el mono sentado en el sofá frente a la chimenea.

Fuimos a la cocina a hacer el café y coger la tarta, charlábamos de lo de la mañana y nos fuimos a merendar al sofá, la chimenea acogía mucho.

—Qué rincón más chulo, que suerte tienes en tener chimenea, yo vivo en un piso y me tengo que conformar con la calefacción.

—Bueno ya te metes demasiado chute de fuego en la calle como para tenerlo también en casa... —bromeé.

—Me encanta el fuego, es la verdad, no cuando arrasa o es el objeto de un desastre, pero si el fuego controlado, el fuego en sí. Por cierto que rica está la tarta.

—Está deliciosa, la compro siempre en San Valentín desde hace años, así el chocolate sustituye al amor...

—Bueno ese no es el dicho —rio.

—Ya —puse los ojos en blanco y reí.

—Eres muy joven aún, tendrás muchos Valentines que te traerán la tarta y no la tendrás que comprar —sonrió.

—Bueno joven, que voy a cumplir treinta y cinco años, pero que tampoco necesito un hombre para que me la compre —sonreí.

—Eres jovencísima, yo ya voy a hacer los cuarenta —frunció el cejo.

—Casi de la misma cuarta —reí —Bueno no somos viejos, estamos en la buena edad —me persigne.

—Déjame decirte que eres preciosa y perdona por el atrevimiento —se puso la mano en el pecho.

—Nada, se admiten piropos y más en este día de San Valentín —reí.

Sonreía y a mí se me caía la baba, se me caía todo, parecía que lo conociese de toda la vida, era la primera vez que invitaba a casa a un extraño pero algo me decía que él era diferente, lo hacía un hombre responsable y yo tenía mucho ojo de bruja, así que por eso me arriesgue, aparte de que me parecía irresistiblemente guapo, para que mentirnos.

Una locura que en otro momento de mi vida no hubiera hecho, pero de esta algo me decía que no iba a arrepentirme.

Pasamos toda la tarde charlando de nuestras vidas, de nuestros trabajos, de nuestra forma de habernos conocido, me dijo algo que me dejó de piedra y me hizo razonar...

—Todo pasa por algo, las casualidades no existen.

Esa frase me hizo dar un giro a algunos conceptos y como decía, me hizo reflexionar. Quizás la vida nos había unido algo por algo o para algo, pero esa idea me gustaba, estaba tan cómoda con Alejandro que quería detener el reloj.

Abrí una botella de vino, ya era obvio que se iba a quedar a cenar, estábamos a gusto, sin mirar la hora, no nos importaba el tiempo, ya habíamos entrado en aquellos coqueteos de dos personas que se gustan, eso me transmitía él, que yo también le gustaba, sus miradas y palabras lo delataban.

La música comenzó a sonar de la mano de Malú y su tema ciudad de papel, era una canción que me encantaba, había puesto la radio y es la que sonó pero era una de mis preferidas, había algo de ella que me hizo una época sentir así, sería por eso por lo que me identificaba con esa letra.

Y de repente, después de la zona, alegres por el vino y melancólicos por la canción, surgió ese primer beso, frente a la chimenea, de pie, me rodeo con sus manos y yo me dejé llevar, sin saber que ese iba a ser el comienzo de una gran historia de amor...



*Segunda
oportunidad*

María Elena Ayala, ¿qué te puede decir tu Lord? Gracias por tu cariño, por ser como eres, por siempre tener unas palabras hacia mí, nunca cambies...

Tres días llevaba agonizando.

Tres días en los que veía cómo la muerte de lo llevaba, arrancándole la vida y separándolo de mi lado.

Tres días de angustia y de rogar a Dios que no me lo quitara.

No ahora.

No todavía...

Volvió a balbucear algo, me levanté y mojé el paño en el pequeño cubo que tenía cerca. Volví a ponerlo sobre su frente y vi sus temblores. Por cómo su cuerpo reaccionaba, era evidente que la fiebre había subido.

Y yo ya no sabía cómo hacer para bajarla.

Había perdido la cuenta del tiempo que llevaba trabajando allí, curando heridas, viendo, en ocasiones, a hombres amputados. Viendo a gente desangrarse.

Viendo a gente morir.

Una se hacía a todo. Pero no cuando el que estaba postrado en la cama era una parte de ti.

De todos es conocido el conflicto de Irlanda del Norte. Y ahí estaba él, ese militar que era dueño de mi corazón desde el primer día en que lo vi, debatiéndose entre la vida y la muerte.

Aferrándose a la esperanza de un mundo en paz.

—Elena... Sabes que no puedes estar aquí.

Miré al doctor cuando entraba por la puerta. No era la primera vez que me decía algo así, pero a mí no me importaba si podía o no estar al lado del hombre que amaba.

—Es mi futuro marido —le recordé.

—Lo sé. Y puedes estar en calidad de pariente, no como enfermera.

Me miré el uniforme de trabajo que aún tenía puesto a esas horas de la noche y suspiré. No me había cambiado.

—Es solo ropa, no estoy trabajando.

—Lo sé yo, pero ya sabes cómo son las normas —me recordó él. Se acercó a Henry y lo revisó—. Vuelve a tener fiebre, no sé cuánto aguantará su cuerpo.

—Tiene que aguantar —dije desesperada, agarrando su mano con fuerza,

esa mano flácida, sin fuerza.

—La herida está mucho mejor, debería de haber mejorado. No entiendo por qué no lo hizo —su voz, triste.

Nadie lo entendía. Ya su cuerpo tenía que haber reaccionado a la medicación, pero Henry seguía como sumido en su batalla personal como la muerte.

—Un poco más de tiempo... —suspiré, como si con esa frase, yo misma me pidiera confiar en que solo necesitaba un poquito más para ganar la batalla.

—Eso espero —dijo el doctor antes de salir de la habitación.

Me quedé mirando la puerta por la que se fue, rezando para que lo que pedía fuera así. Porque no había, que supiéramos, razones para que Henry no hubiera despertado ya.

Solo que, a veces, la medicina no era una ciencia exacta.

Como se decía, cada cuerpo era un mundo...

Besé su mano y me levanté a mirar por la ventana del hospital. Las calles en engañosa tranquilidad con lo que se vivía allí. Era como si se pudiera respirar la hostilidad de los tiempos que corrían.

Cerré los ojos y recordé los momentos felices con Henry. La primera vez que lo vi. La primera vez que acarició mi mano. El primer y dulce beso que me dio en los labios cuando me dijo que me amaba. La vez que se puso de rodillas para pedir mi mano... Lloré como magdalena, como lo estaba haciendo en ese momento, solo que por motivos muy diferentes.

Ese pasado de felicidad y de sueños por cumplir era algo muy distinto a la angustia por perderlo que vivía desde hacía días.

Lo escuché gemir de nuevo y me acerqué rápidamente a él. Pronunciaba mi nombre en su delirio y las lágrimas no dejaban de caer por mis mejillas.

—Henry... —lo llamé, aun sabiendo que no era consciente de nada—
Vamos, mi amor, tienes que curarte. Te estoy esperando.

Pero Henry no reaccionaba, la fiebre seguía haciéndose caso de su herido cuerpo.

Caí en la silla, derrotada tras cambiarle la compresa de agua fría que tenía en la frente. Un vano intento de mantener a raya su temperatura que no daba ningún resultado.

Mi cuerpo, en ese maltrecho sillón, hundido en él por la desesperanza de pensar que podía perderlo. La fe ya casi inexistente en mí.

—Elena...

Sus labios pronunciaban mi nombre una y otra vez.

—Tienes que vivir, Henry. Tienes que vivir porque no puedes matarme en vida —dije antes de llorar sin control, con el corazón encogido por el dolor. Me acerqué a él y cogí su mano, aferrándome a ella con fuerza, como si así pudiera transmitirle lo que necesitaba para salir de esa—. Tienes que salir de esta, amor mío. Tenemos tanto por vivir...

Un gemido desgarrador salió de mi garganta. Dejé caer mi cabeza sobre su mano mientras dejaba que saliera de mí todo el dolor y el miedo con el que vivía desde el momento en que me dijeron que lo habían traído al hospital, malherido.

No supe cuánto tiempo estuve así. Comencé a ser consciente de que me había quedado dormida, noté el dolor en el cuello por la postura y... Una mano acariciando mi cabeza.

Saliendo de la neblina del sueño, me moví, no sin gemir por la molestia muscular, hasta que me incorporé en la silla.

Y ahí estaba él, con esos preciosos ojos abiertos.

—¿Henry? —no sabía si estaba soñando. No sabía si lo que estaba viendo era real.

—Hola... —sonrió como pudo y puedo jurar que esa sonrisa en su agotada y demacrada cara era la más bonita que le había visto nunca.

—Oh, Dios mío —me levanté rápidamente y fui a tocarle su cara—. No tienes fiebre —dije sin poder creérmelo.

—¿Cuánto llevo aquí? —preguntó con dificultad.

—Hoy es el cuarto día —le tocaba su cara, como desesperada.

—Elena...

Lo miré a los ojos cuando me llamó.

—Dime, amor...

—Estoy bien, ven, siéntate —dijo señalando la cama, a su lado, una sutil manera de decirme que me calmara.

—Dios, pensé que te perdía —las lágrimas volvieron a salir de mis ojos. Él levantó con dificultad su brazo y me acarició, limpiando esas gotas saladas que caían por mis mejillas.

—Nunca vas a perderme —sonrió con tristeza—. ¿Desde cuándo no comes? —preguntó tras observar mi cara.

—No lo sé —dije mirando para otro lado.

A mí me preocupaba él, no comer. Y además, ¿cómo podía tener apetito una viendo cómo el hombre que amaba estaba a punto de irse para siempre?

Se removió en la cama y gimió de dolor.

—Por Dios, estate quieto —le rogué.

—Me duele todo —dijo con la vez tensa.

Lo entendía, era lo lógico, sobre todo después de tantas horas con fiebre.

—Tiene que verte el doctor —me fui a levantar para avisarlo cuando él me cogió la mano.

—Espera... —me senté de nuevo y lo miré, a la expectativa de lo que tuviera que decirme— Cuando entre, seguro que me tendrá bastante tiempo revisándome —puso los ojos en blanco—. Y ahora lo que necesito es estar contigo.

Sonreí, entendiendo bien lo que sentía, porque yo solo tenía ganas de meterme en esa cama con él y abrazarlo hasta que toda esa pesadilla terminara del todo.

—He estado a punto de morir pensando que... —se me quebró la voz, otra vez.

—Shhh... Ya no pienses en eso. Siento lo mal que lo has pasado, pero estoy bien. De verdad —sonrió.

—Pero te quiero fuera de aquí.

—Lo estaré en nada —me guiñó un ojo—. Entonces dime, enfermera que seguro que no se ha movido de mi lado en todo este tiempo. Si hoy es el cuarto día... —se quedó pensativo.

—Hoy es viernes —dije sin entender a qué se refería.

—Viernes —negó con la cabeza—. Todos mis planes al traste.

—¿Tus planes? —seguía delirando o qué...

—¿No sabes qué día es hoy?

—Pues viernes, quince. No te entiendo, Henry...

—Te ha afectado mi fiebre más que a mí —bromeó—. Hoy es el día de los enamorados. Tenía algunas sorpresas preparadas para ti.

¿El día de los enamorados? Pestañeeé varias veces, no sabía en qué día vivía, como para acordarme de eso.

—Oh...

—Sí, oh —rio—. Pero espero que sea igual de válido que lo atrasemos unos días. Para cuando salga de aquí, ya sabes.

Puse los ojos en blanco, haciéndolo reír de nuevo.

—Yo no quiero nada, Henry. Ni una simple flor. He estado a punto de morir de la pena por verte ahí —dije con tristeza—. El mayor regalo que me podías dar en un día como hoy es este, haber vuelto a mi lado.

—Yo siempre voy a estar a tu lado, Elena. La vida puede intentar lo que sea, siempre lucharé contra todo para que no me separen de ti.

—Lo sé —sonreí—. Pero me has dado un buen susto.

—Lo siento —dijo compungido, cuando nada de eso era culpa suya.

—No tienes nada que sentir, nada mientras, pase lo que pase, permanezcas a mi lado.

—Eres mi hogar, Elena, siempre estaré junto a ti. Te quiero.

—Y yo a ti —dije emocionada.

—Feliz día de los enamorados.

—Feliz San Valentín, mi amor.

Me acerqué a besarlo, demostrándole cuánto lo amaba.

La vida, aún con habernos asustado, no nos había separado. Y en un día como ese, el día del amor, no había mejor regalo que el tener al hombre que amaba conmigo.

Junto a mí.

Listos y con ganas de seguir, los dos, siempre de la mano.



*Celebrando
el amor*

Para Sonia Nef, gracias...

Otro entrenamiento más.

Otra hora para soñar...

Hacía un par de años que trabajaba como fotógrafa en el más conocido periódico deportivo de Madrid.

Y hacía un par de años que tenía que fotografiarlo a él.

Mis compañeros, los que asistían a los entrenamientos a captar cualquier mínimo detalle, como hacía yo, estaban más pendientes al fichaje estrella y a sus compañeros que yo, quien tenía debilidad por él.

Por el entrenador.

Ese día, después del entrenamiento, había convocado una rueda de prensa para acallar, o eso suponía yo, los últimos rumores sobre su cese como entrenador del mejor club de fútbol de la capital.

No era la primera vez que un rumor así se sucedía. Su intransigente rectitud a la hora de tratar a la plantilla era una de las principales razones para que muchos de los forofos del club no estuvieran de su lado. deseando, siempre, que se marchara.

No importaba que fuera el técnico que más éxitos había conseguido en las últimas décadas. No importaba la buena relación, en general, con los jugadores. No importaba que fuera el mejor en su trabajo.

Ahí, lo único que importaba era sus desavenencias, día sí y día también con el fichaje estrella. El niño mimado por la afición que solo sabía llegar tarde y dar dolores de cabezas con sus titulares de prensa rosa.

Y aunque el técnico contaba con la mayoría del apoyo de los aficionados, la minoría que quería echarlo se convertía en un grano en el trasero difícil de estallar.

Y, por cosas así, ahí estábamos, un rato después del entrenamiento rutinario antes del derbi, esperando en la sala donde se llevaría a cabo la rueda de prensa.

Y yo no me enteré de nada de lo que ese hombre dijo, solo pude quedarme embobada mientras hablaba y hablaba...

El turno de las preguntas y ahí estaba yo, fotografiando su mejor ángulo ya que, quisiera o no, en el entrenamiento también tenía que dedicarme a los jugadores.

Una mirada de ira hacia uno de los periodistas con su pregunta. Una sonrisa con el jefe de prensa sentado a su lado cuando contestó con indiferencia y pasotismo a otro...

No sabía qué tenía ese hombre, pero me encantaba.

—Tengo que conseguir hacer fotos en el vestuario —le dije a mi compañero, el periodista que siempre iba conmigo.

—Nos vamos a meter en un lío y lo sabes, Sonia.

—No me importa, sabes que el jefe quiere eso. No nos va a echar.

—No, él no. Pero no vamos a poder acceder más a nada con el club en la vida —mi compañero, para ser un gran periodista, era demasiado cagón.

—¿Y qué? Ya entrarán otros y a nosotros nos mandarán a cubrir otras cosas. Pero es algo bueno para nuestra carrera.

—¿Bueno, Sonia? —rio con ironía— Yo no sé qué tendría de bueno eso, me gusta cubrir las cosas del club.

—El jefe lo pidió y hay que hacerlo. Además, si tú no quieres, no te preocupes. Lo que quiere son fotos, así que ya me encargo yo.

—Ajá... ¿Y qué piensas hacer? ¿Vestirte de futbolista y hacerte pasar por uno de ellos, con bigote y todo, para entrar allí?

—Déjame a mí...

Después de esa frase, había tardado como una semana en conseguir trazar un plan para entrar, de incógnito en los vestuarios. Pero, de todas formas, como cada día desde entonces, intenté, de nuevo, intentar hacerlo por las buenas y conseguir el permiso.

Y, de quién mejor, que del entrenador...

—Señor Pinel...

Ese hombre que derretiría a cualquiera me miró fijamente cuando, a la entrada del entrenamiento, volví a cortarle el paso.

—Señorita Granjel... ¿Otra vez usted?

—Sí, verá. Es que me gustaría preguntarle si aceptó mi propuesta para el reportaje en el vestuario...

—No.

Tan simple y seco, fue a marcharse, pero lo paré.

—¿Pero por qué no? —insistí.

—¿Tengo yo que darle explicaciones a usted? —pues sí que era borde el pobre, pensé...

—No, explicaciones no. Pero quizás una respuesta mejor que el No me

dejaría más tranquila.

—No dejo que nadie entre en ese lugar, es algo privado.

—¿Hay algo privado para un jugador profesional de primera, entrenador?

—sonreí con ironía.

—Para gente como vosotros, no —dijo aún más secamente.

—La gente como nosotros solo está para dar publicidad y difusión.

—Y para inventar chismes, ¿no cree?

—Bueno, alguno de ellos, no es el caso.

—Mire, señorita, la respuesta es no y le agradecería que dejara de insistir.

Y me dejó allí con cara de imbécil. Se marchó con una sonrisa daleada en su cara y yo con un cabreo de los mil demonios.

Pues nada, si él creía que ese no iba a pararme, es que no me conocía muy bien.

Llegaba el momento de pasar al turno B.

—Tú cubre la rueda de prensa, yo tengo cosas que hacer —le dije a mi compañero, el cual me miró con cara de “¿te has vuelto loca?”

—Sonia... —me advirtió.

—No pasará nada y tampoco me verá nadie. Tengo todo controlado, no te preocupes. Además, no estás en el ajo, no tienes nada que ver ni podrán echarte de aquí, en todo caso pedirán al periódico que me reemplacen —yo es que tampoco veía el problema en eso.

Dejé a mi compañero refunfuñando y me fui de la sala donde iba a comenzar la rueda de prensa. Llegué hasta la sala del personal de limpieza y me dispuse a llevar a cabo mi plan.

Ahí estaba, un rato después, con mi uniforme de limpiadora y el carrito que usaría para entrar en zona restringida. Menos mal que una tenía contactos en todos lados...

Y no tuve ningún problema para que el seguridad me dejara pasar. Peor fue entrar en el vestuario sin ser vista, pero lo conseguí. Ahora solo me quedaba un lugar donde esconderme...

Mierda, ¿pero dónde?

No tardé mucho en escuchar cómo esa manada de hombres escandalosos venía hacia mí. Miré rápidamente a mi alrededor, diciéndome a mí misma el plan de mierda que había creado si no tenía ni idea de dónde esconderme.

Y las voces cada vez más cerca.

¡Joder!

Entré en el primer lugar que vi, una baño individual que estaba averiado. Maldita fuera mi estampa.

Esa jauría de hombres brutos gritando exageradamente... ¿No podían ser un poco más tranquilos?, pensé.

Pues no, me respondí a mí misma una hora después, cuando seguían igual. Y yo con dolor de pies porque me había subido encima del váter a intentar hacer fotos. Pero nada, era demasiado bajita. Resoplé y dejé de intentarlo y me senté. A esperar a escuchar las voces más cercanas a ver si abriendo la puerta...

—Todos a casa ya, ¡coño!

Esa voz me hubiera encantado escucharla en otro momento, pero ahora... Madre mía, el entrenador ya estaba allí y yo no había conseguido ni una maldita foto.

Me levanté y abrí un poco la puerta, intentando sacar el objetivo de la cámara. No veía mucho, pero podía entrever por el mínimo espacio abierto al técnico dándole abrazos a los jugadores y echándolos de allí. Y ¡bingo!, abrazo y bromas con el jugador estrella.

Así que no era la cosa como pintaba... Sonreí.

¡Capturado el momento!

Ese y todos los que pude.

Uno a uno, fueron abandonando el vestuario y el entrenador se quedó solo. Sin esperar ni un segundo, comenzó a quitarse la ropa. Tragué saliva, pero eso no podía dejar de verlo...

Bonito regalo para mi solitario día de San Valentín, pensé...

Dios mío... Cuando ese hombre se quedó en ropa interior, casi me da algo...

Tanto que se me cayó la cámara al suelo. ¡Mierda!

Me escondí rápidamente detrás de la puerta por el susto, pero lo había oído, de eso estaba segura.

—¿Quién queda aún aquí? —preguntó con hastío.

Nadie respondió, obviamente. Yo contenía la respiración, esperando que olvidara el tema y se metiera en la ducha para yo poder salir de ahí rápidamente.

Pero, cuando la puerta se abrió, me di cuenta de que eso no iba a pasar...

—¿Qué hace usted aquí?

Después de maldecir varias veces en mi mente, me di la vuelta rápidamente. Tras mirarme asombrado, evidentemente sin poder creérselo, se empezó a reír.

—Dios, señorita Granjel, tenía que haberlo imaginado y no esperar menos de usted.

—Señor...

—Déjelo. Soy Ángel. No creo que esté en condiciones de ningún señor ahora mismo —dijo entre risas—. ¿Qué hace aquí? Déjelo —me calló—. Olvide la pregunta, es más que obvia la respuesta. ¿Pero vestida así? —se movió y yo salí del pequeño cubículo.

—Nada de esto hubiera sido necesario si me hubiera permitido entrar —dije con altanería.

—La he pillado infraganti, Sonia, no tiene que hablarme, después de todo, de esa forma.

—¿Cómo sabe mi nombre? Bueno, da igual—suspiré—. Lo siento, entrenador. Pero visto que, como dice, me ha pillado y que espero la sanción del club para conmigo... Es algo que hice por mí misma, el periódico no tuvo nada que ver.

—Sí, claro —no se lo creía, era evidente—. No voy a decirle a nadie, no se preocupe.

—¿Ah, no? —pregunté asombrada.

—No, Sonia. Será un secreto —me guiñó un ojo.

—¿Y esa amabilidad repentina?

—Me caes bien, solo eso —me guiñó de nuevo el ojo y se acercó a su taquilla.

—Oh... Pero eso es bueno, podemos ser amigos.

—Claro...

—Y puedo tener prioridad... Porque la amistad... Ya sabe—sonreí, tenía que intentarlo.

—Para darte prioridad tendría que ser mucho más que amistad —rio.

—Tampoco es que me importara —dije por lo bajini, sin poder evitarlo.

Porque joder, a mí ese hombre me ponía de siempre. Y que yo supiera estaba soltero. Yo era una pobre chica joven enfrascada en su trabajo, guapa y desaprovechada porque la mayoría de los hombres no valían la pena.

—¿Qué has dicho? —me miró, con cara de alucinado.

—Esto... Nada. Que será mejor que lo deje ducharse —fui a irme,

avergonzada, pero antes tenía que coger mi cámara del suelo, la cual él aún tenía en la mano—. Si me permite... —estiré mi mano para que me la diera, pero lo que hizo fue tirar un poco de mí y acercarme más a él.

Dios, me estaban temblando las piernas.

—Somos amigos, ¿no, Sonia?

—Sí —tragué saliva por tenerlo tan cerca y desnudo. Me estaba poniendo del color de la grana...

—Los amigos se dicen la verdad. Y antes de que yo, como amigo, te deje salir con estas fotos que no borraré y te daré lo que querías, tú también tienes que ser sincera conmigo, ¿no crees?

—Sí... —pues no, pensé, yo me quería ir de allí y no meter más la pata.

—Bien, pues ahora dime qué dijiste, es que no te oí bien.

—Dije que no me importaría —puse los ojos en blanco mentalmente.

De verdad que periodista no era mi profesión, porque entre lo mala que era para colarme en un sitio y que no sabía mentir... Mejor me quedaba quietecita y haciendo fotos.

—¿Qué no te importaría? —insistió.

—Ouf, se me escapó, olvídale —le rogué.

—Ya, pero es que no quiero hacerlo —dijo muy serio.

—No me importaría ser algo más que amigos. Lo cual es una estupidez porque ni nos conocemos. Así que... Si me permites —hice un gesto, pidiendo de nuevo mi cámara.

—Sonia Granjel. Fotógrafa del más importante periodista deportivo no solo de Madrid, también a nivel nacional. Treinta y cuatro años. Vives sola, con dos perros, en un piso en el centro de la ciudad. Sin antecedentes, con un importante expediente académico... Creo que te conozco, al menos en lo básico, bastante bien —sonrió.

Y yo me quedé completamente blanca. Y sin saber qué decir.

—Y sin pareja conocida, creo... —dijo sin dejar de mirarme a los ojos — ¿O me equivoco?

—No —a mí lo que estaba era dejándome más que impresionada—. ¿Y ese interés...? —me callé, sin saber qué preguntar.

—Cena conmigo esta noche, es San Valentín y también estoy solo —se encogió de hombros—. Quizás entiendas que yo también sé informarme sobre quien me interesa.

—¿Cenar? ¿Interés? —pestañeeé varias veces.

A mí no podía pasarme algo así, eso era cosa de las películas...

—A las ocho, te recojo en tu casa. No te preocupes, tendré en unos minutos la dirección exacta —bromeó—. Celebra conmigo San Valentín, quizás nos llevemos una sorpresa —me entregó mi cámara y se alejó de mí.

Esperaba que me fuera y una respuesta, el alejarse era su forma de decirme que era mi decisión.

Me quedé mirándolo, aún no podía creerme que me estuviera ofreciendo...

—¿Es una cita? —pregunté como si fuera tonta.

El entrenador sonrió, una sonrisa ladeada.

—Sí, Sonia. Te estoy proponiendo una cita. Esperando que solo sea la primera de muchas más.

—Oh —puse la boca de forma que saliera ese sonido de forma exagerada.

—¿Me he pasado?

—Eh... No —negué inmediatamente—. Es solo que no imaginé...

—Llevas tiempo fotografiándonos, ¿cómo no iba a fijarme en ti? —sonrió con timidez.

Caminé, con mi cámara en mano, hacia la salida y me giré antes de irme.

—Te veo en San Valentín —dije sonriendo finalmente.

Estaba aceptando su propuesta y su sonrisa me derritió por completo.

Salí de allí casi corriendo, con ganas de llegar a casa y arreglarme para mi cita. Ese hombre había pasado de ser un completo estúpido a mostrarme, en un entorno privado, su verdadera cara.

Y, para colmo, a decirme que se había fijado en mí y a pedirme una cita.

Me reí, estaba flipando...

Pero estaba contenta. Por ver que él era mucho más que el papel que tenía que tener ante los medios y por creer que, quizás, San Valentín ese año se acordaría de mí.

Quizás ese día sería el primero de muchos días de los enamorados con él...

—¿Otra vez recordando nuestra primera cita?

Miré a Ángel cuando me habló. Estábamos cenando, celebrando nuestro cuarto aniversario de casados.

—Ya sabes, me pasa siempre.

—Gracias a Dios que ese día aceptaste salir conmigo.

—Menos mal que me colé en el vestuario —reí, provocando su risa.

Ángel cogió su copa y la levantó, animándome a hacer lo mismo.

—Feliz San Valentín, mi amor —dijo enamorado.

—Feliz San Valentín —dije emocionada.

Otro año más celebrando ese día junto al amor de mi vida. Otro año más feliz por saber que el amor existía.

Y que a todos nos llegará en el momento, el lugar y con la persona que menos imaginamos.

Y cuando llegue, hay que aferrarse a él y ser feliz. Tan feliz como yo lo era desde ese día con mi entrenador.



*La fuerza
del amor*

Para Daysi Pineiro, gracias por todo, preciosa.

Meses de terapia...

Cada mañana, después de desayunar, volvía al hospital para la rehabilitación.

Estaba cansada de todo eso, a veces quería tirar la toalla, ¿qué más daba si no me curaba del todo? Las secuelas, por muy bien que quedara, siempre estarían ahí. El daño había sido demasiado importante...

Cogí aire antes de levantarme de la silla, ya el café terminado y me levanté con seguridad. Seguridad que no sentía, era el miedo al dolor lo que siempre se apoderaba de mí en ese momento.

—Mierda...

Gemí de dolor y volví a sentarme. Llevaba meses y mi pierna aún dolía. El accidente me la había dejado hecha polvo y por más rehabilitación que hiciera, nunca volvería a ser la de antes. Quizás, con suerte, me quedaría alguna cojera leve, pero eso era mucho soñar.

Me levanté apoyando el peso en la otra pierna. Agarré mis muletas y me fui de casa. sin ganas ninguna de otro día de dolor mientras el doctor tocaba, apretaba y me hacía morderme los labios para no llorar cuando sus manos estaban justo en la zona que más me dolía.

Y aún quedaban semanas, si no meses, para que me diera el alta... Si es que antes no se daba por vencido, como yo esperaba a veces que lo hiciera.

El taxi volvió a salirme un ojo de la cara. Era lo que tenía Londres, menos mal que todo eso entraba en el seguro por accidente laboral, porque si tenía que pagarlo yo misma...

—Buenos días, Victoria. ¿Cómo estás hoy?

Hecha una mierda, Lucas. Eso pensé en decirle a mi médico, pero me callé. El pobre se portaba demasiado bien y no se merecía ningún comentario que viniese de mi mal humor.

—Bien... Con algo de dolor —dije en su lugar y me tumbé en la camilla, como siempre me mandaba a hacer.

—Eso es normal, pero los avances están siendo enormes —sonrió.

Sí, claro que sí, pensé con ironía. Tan enormes que cada día me duele más y aún no puedo andar sin las muletas porque mi pierna sigue sin poder soportar mi peso.

—Sí, eso espero... —como siempre, mis pensamientos se quedaban para mí.

—Para mañana tienes programadas algunas pruebas para ver cómo van los tornillos, pero para hoy... No hay cambios. Rehabilitación normal.

—¡Qué ilusión!

—Jajaja. No seas tan irónica.

—No lo soy —mentí.

—No, te ha salido del alma la felicidad —rio, poniendo ya sus manos en mi pierna y provocándome el primer gesto de dolor de la sesión.

—Si dijera todo lo que pienso en realidad —gruñí, dolía...

—Sabes que puedes decírmelo. Eso no va a evitar que yo deje de hacer mi trabajo, pero creo que soy algo más que tu médico de rehabilitación y tu traumatólogo.

Sí, eso era verdad. En todo ese tiempo, Lucas y yo nos habíamos hecho... Yo no sabría si decir que nos habíamos hecho amigos o, más bien, que él se había convertido en mi psicólogo. Y muchas veces yo en la suya.

Fueron demasiadas horas de confidencias y aunque debía de tener una estricta relación profesional con sus pacientes, como él mismo decía, también era persona. Y yo le provocaba confianza.

Y porque, además, a él también le servía que mi mente estuviera en otras cosas y no pensando en el dolor de sus manos en mi cuerpo.

Así que nuestro trato no era tan estrictamente profesional, pero tampoco llegaba a ser una relación de amistad. Siempre nos encontrábamos en ese lugar para mi terapia.

—¿Y qué te digo? Joder, ¡me duele! —me quejé, casi llorando cuando dio en la zona catastrófica.

—Pues mira, sí. Eso me lo puedes decir, pero te diré que te aguantes un poco.

—Porque sin dolor no hay recuperación —resoplé.

—Exactamente —rio—. Buena paciente eres.

—Sí, sí...

Lucas reía, pero seguía apretando y apretando. Y yo estaba a punto de llorar.

—Vamos, a la barra —dijo de repente.

—No, no, eso sí que no, no estoy lista —dije entrando en pánico. Ahí sí que no.

—Lo estás, Victoria. Levanta.

—Lucas, por favor, espera a que mañana veamos los resultados de las pruebas... —no iba a rogarle, pero parecía que iba a llegar a ese extremo.

—Sabes que tu pierna responde bien y que es tu mente la que magnifica las cosas. Te lo dice el psicólogo que es el experto en tu cabeza y yo que soy el experto en tu pierna —se cruzó de brazos—. Por mí puedes llorar lo que quieras, pero nos vamos a la barra y vas a hacer que esa pierna pueda hoy con tu peso.

Negué con la cabeza como docenas de veces.

—No me hagas cogerte en peso y llevarte yo, Vicky...

Ay, mierda... Sabía que sería capaz de hacerlo, no era la primera vez que cumplía su amenaza. Lentamente, me incorporé en la camilla hasta sentarme y lo miré, temerosa.

—Pero déjamela para llegar... —dije mirando las muletas.

Lucas me miró y al final accedió.

—Solo para llegar —me advirtió.

Como si a él se le pudiera llevar la contraria...

Caminé hasta mi pesadilla y me puse en posición, agarrada a las dos barras.

Lucas se puso frente a mí, no iba a darme tiempo ni a pensar...

—Suelta las manos —ordenó.

—No, las dos no —negué inmediatamente.

—Sueltas las dos, una no me sirve. Soy el experto, ¿recuerdas? Soltando una, me harás trampa y será tu pierna sana quien cargue con todo el peso, y tu brazo sobre todo. Así que vamos, hazlo.

—Lucas... —le rogué.

—Estoy aquí, Vicky, no te vas a caer —dijo comprensivo.

Sabía que me cogería al mínimo indicio de que mi cuerpo cediera, pero no quería, no podía.

—No puedo...

—Puedes y lo harás. Suelta, ¡ya!

Lo hice al escuchar su orden y eso dolía demasiado... Abrí los ojos, dejando caer las lágrimas que caían por mis mejillas.

—Así, lo estás haciendo muy bien —sonrió.

—Me duele...

—Claro que te duele, pero mírame. ¿Confías en mí?

—Sí —dije rápidamente, era la verdad.

—Bien —dijo con orgullo—. No dejes de mirarme a los ojos. Todo está en tu mente. Tu pierna está bien, ha mejorado mucho. Solo mírame, no pienses. Ni en el dolor ni en nada. Un paso. No te pasará nada, yo estoy aquí, contigo. Pero no te caerás.

—Lucas...

—Si te caes, te cogeré. Pero puedes hacerlo —dijo dándome confianza.

Me mente me decía que no podía, que mi pierna ya no podría nunca...

Miré a los ojos de Lucas y vi la confianza en ellos y...

Di un paso apoyando mi pierna buena, cogiendo aire mientras movía mi pierna maldita para apoyar todo mi peso en ella. Estaba temblando, pero no dejé de mirarlo a los ojos.

Y lo hice, sin pensar lo hice.

Y volví a hacerlo otra vez...

Ni siquiera supe cómo, pero cuando me di cuenta de que estaba caminando y de que podía hacerlo, mis piernas flaquearon y dejaron de sostenerme.

Y ahí estaba él para sujetarme, sin dejar que me cayera.

Y comencé a llorar.

Lloré por haberlo conseguido. Lloré porque me di cuenta de que tenía razón y podría conseguirlo.

Lloré porque no me lo podía creer.

—Ven aquí —Lucas me cogió en peso y me llevó hacia una silla donde me sentó. Se agachó entre mis piernas y me quitó el pelo de la cara, yo no podía dejar de llorar—. Espero que sean lágrimas de alegría, porque lo has conseguido —dijo con orgullo, acariciando mi cara.

—Yo no...

—Tú sí, Vicky. Lo has hecho. Y podrás seguir haciéndolo, solo tienes que seguir confiando en mí, ok?

Afirmé con la cabeza repetidamente. Parecía ser que tenía razón en eso.

—Ese accidente de coche no te va a joder la vida. Tú no lo vas a permitir y yo tampoco. No te va a limitar. Va a seguir doliendo, pero lo vamos a conseguir. Juntos, ¿de acuerdo? —me limpiaba las lágrimas con los pulgares.

—¿Juntos? —lo miré a los ojos. En ese momento no veía a mi médico, veía a un amigo que me ofrecía su apoyo y que confiaba en mí más de lo que yo misma lo hacía.

—Soy tu médico, ¿no? —carraspeó, dándose cuenta de la cercanía que había entre nosotros en ese momento.

—Sí... —susurré.

Pero lo miré a los ojos y no vi eso. Vi algo que hasta entonces no había visto. Vi...

Levanté mi mano y acaricié su cara, dejándome llevar por las sensaciones. Él cerró los ojos unos segundos antes de volver a mirarme.

—Es la primera vez que me tocas —susurró.

No me había dado cuenta de eso, pero sí era así.

—Espero que sea agradable...

—No dejes de hacerlo —me pidió.

Levanté mi otra mano y agarré su cara.

—¿Qué estamos haciendo? —suspiré.

Él no respondió, solo acercó sus labios a los míos y me dio un dulce beso en los labios.

—Esto puede traerte problemas —dije cuando separó su boca de la mía.

Era más que consciente de lo que podía suponer para él.

—Tal vez sí, pero solo dejaría de ser tu médico.

—Es que yo no quiero que eso pase, Lucas —no podría tener a otro, no cuando confiaba en él.

Él sonrió y me acarició la cara.

—¿Eso significa que esto puede ser más?

—¿Más?

—Una cita, una noche contigo. Conocerme fuera de aquí.

—¿Eso es lo que quieres? —pregunté asombrada.

—Eso es lo que deseo desde el primer día que te tuve delante, Vicky, pero sé ser un buen profesional —me guiñó un ojo.

—Ah...

—Sí, ah —rio—. Perdona si te incomodé —se levantó—. Quizás malinterpreté las coas... Será por el día que es hoy —me sacó la lengua al levantarse.

—¿Qué día es hoy? —estaba completamente perdida.

—San Valentín. Me he dejado llevar por la emoción del amor —bromeó.

—¿Eso significa que no quisiste...? —me callé, iba a meter la pata, seguro, pero es que no entendía.

—No —se agachó de nuevo y agarró mis manos—. Quería decir que tal

vez fueron mis ganas de ti y el día que es lo que me han hecho ser imprudente. No quiero perjudicar tu recuperación, pero tampoco puedo ocultar que siento algo más por ti. Y que me gustaría intentarlo. Eso es lo que quería decir.

Me quedé mirándolo y una sincera y dulce sonrisa se formó en mi cara.

—¿A qué hora me has dicho que cenamos y celebramos San Valentín? — dije, contenta.

Lucas rio y me besó, un beso corto, no podía ser mucho más allí. Podían vernos y...

—¿Estás segura? —me preguntó.

Después de mi accidente en el que casi pierdo la vida, sabía, de primera mano, que en la vida no había nada seguro. Un segundo estábamos vivos y otro segundo después, ya eso no era así.

La vida era un suspiro y yo no quería recuperarla.

—Tan segura como que volveré a caminar —dije con fe.

La fe que tenía en ese momento en mí, en que podría y, sobre todo, en él.

Lo abracé y suspiré.

Igual que en segundos la vida se nos podía ir.

También, en segundo, el amor podía llegar, cambiándolo todo.



*El riesgo
del amor*

Para Inma Pascual, mi paisana, mi lectora que siempre está ahí apoyando,
gracias por todo, nos debemos un café.

—Yo ya no sé cómo decirle que usted no puede estar aquí.

Otra vez ese hombre...

Día complicado en el trabajo, habíamos salido a toda prisa hacia el banco donde, que nos constara, había cuatro rehenes. Menos mal que no era día de cobro, pensé con ironía, y que el hombre que los apuntaba con un arma había elegido la hora de desayunar.

Y bonita forma de celebrar mi aniversario como agente en el Grupo Especial de Operaciones... El sarcasmo era mi fuerte.

Cinco años ya trabajando como GEO y aunque, por desgracia, había visto muchas cosas, una nunca se acostumbraba a nada de eso. Normal cuando la vida de un ser humano corría peligro.

Y ese día, por desgracia, estaban en riesgo cinco vidas contando a quien portaba el arma y amenazaba la de los demás.

No hacía mucho que nos habían informado del secuestro en la sucursal bancaria tras el fallido atraco. Y ahora estábamos ahí, a la espera de recibir las órdenes para entrar. Esperaba, como siempre, que todo terminara sin víctimas y que el negociador consiguiera realizar su trabajo.

—Me han dejado pasar —fue la respuesta de él.

Lo miré, de lo que no tenía ganas era de enfrascarme con un civil que estaba con su libreta y bolígrafo en la mano anotando hasta el número de pie que teníamos cada uno de nosotros. Dato que apuntaba en cada operación en la que aparecía, se los tendría que saber de memoria el hombre...

—Pero no puede estar aquí y lo sabe —dije de nuevo.

—Pero aquí me voy a quedar —sonrió con tranquilidad.

Puse los ojos en blanco, lo que una tenía que aguantar.

Nos conocíamos de situaciones así en las que él acompañaba al grupo en algunas de las misiones para recolectar información para su libro. Y, como era amigo de uno de los peces gordos de la unidad... No nos quedaba de otra que lidiar con él.

A mis compañeros no les molestaba, la verdad era que el hombre no se metía en nada. Pero yo no sé por qué yo no podía con él.

Me ponía nerviosa. Demasiado nerviosa...

Me mantuve en mi sitio, pendiente a recibir cualquier orden con la que ponerme en marcha. Pero, al parecer, las cosas iban a ir por una vía más pacífica, el negociador lo estaba consiguiendo. Ya había soltado a un rehén y este corroboraba que todos los demás estaban bien. Lo cual era un alivio.

—¿Qué se siente cuando estás esperando aquí, digamos a la acción, pero parece ser que no habrá y te tienes que volver sin haber hecho nada?

La pregunta del escritor me cogió de sorpresa.

—¿De verdad me has hecho esa pregunta? —dije con la boca abierta.

—Pues sí. Vamos a ver, evidentemente lo que menos queréis, por una parte, es entrar en acción y liaros a tiros. Pero si elegís esta profesión es porque... ¿Tenéis que ir a por los malos? —frunció el ceño— Lo que significa que os liaréis a tiros más de una vez.

Porque es guapo, que si no..., suspiré.

—Nadie quiere liarse a tiros nunca —usé su expresión.

—Eso es evidente, pero me estás entendiendo.

—Sí, pero siempre es mejor volver habiendo perdido el tiempo y sin haber hecho nada porque perder el tiempo en algo así significa vidas humanas.

Me miró y me guiñó un ojo.

—Esa es la respuesta que esperaba.

—Y yo espero no verlo más por aquí, ya no sé cómo decírselo —resoplé.

—Pues será mejor que me veas, señal de que sigues trabajando.

Touché, pensé cuando me devolvió mis propias palabras a su conveniencia.

Sonreí y me enfrasqué de nuevo en el trabajo. El ir y venir de los agentes, una orden a uno, la desesperación de otro por lo largo que se le hacía todo. Todos con sus armas en la mano, listos para si fuera necesario actuar y entrar para liberar a esa pobre gente que lo único que había hecho mal era estar en el lugar equivocado en el momento equivocado. El único error de todos ellos era ser la víctima inocente de un perturbado mental que a saber lo que se le había pasado por la cabeza para hacer algo así.

El tiempo pasaba y el negociador, gracias a Dios, seguía consiguiéndolo. Y no tardó mucho en sacarlos a todos sin que fuera necesaria nuestra ayuda.

Gracias a Dios, la operación fue un éxito. Nos tocaba volver a nuestro lugar de trabajo.

—Menos mal que todo salió bien y que yo no seré una víctima inocente de todo esto —rio Marcos, uno de mis compañeros mientras terminaba de

prepararse para irse a casa.

—Ya somos dos, aunque yo aún no tengo claro que no me corte las pelotas esta noche —bufó Ángel.

—Qué exagerados sois —reí—. Tenéis dos esposas comprensivas que no merecéis.

—Sí, todo lo comprensivas que tú quieras, pero en un día como hoy, te aseguro que comprenderían más bien poco —volvió a bufar Ángel.

—¿Un día como hoy? —no estaba entendiendo nada.

—Ella sí que es feliz —dijo Marcos refiriéndose a mí—. Sin pareja, no tiene por qué pasar por este suplicio.

—¿Pero de qué estáis hablando? —ya me tenían con la duda.

—Es San Valentín —dijo Ángel y puso los ojos en blanco.

—Ah —reí, entendiéndolo todo.

—Será mejor que me vaya ya o me quedo sin las pelotas como mi querida esposa llegue al restaurante antes que yo —fue a salir, maldijo y se dio la vuelta—. Mierda, el regalo —corrió hacia su taquilla, la abrió y sacó el paquete envuelto—. Esto sí que es vivir al límite —resopló antes de marcharse, haciéndome reír de nuevo.

—¿Y tú, Leyre?

—Yo qué... —miré a Marcos.

—¿No lo celebras?

—Sabes que no, pero me comeré un litro de helado de chocolate a la salud de todos los pobres enamorados que estáis soportando una noche así —reí.

—No sabes la suerte que tienes —suspiró—. Y a mi salud mejor tómate un par de copas —me guiñó un ojo.

—Hecho —dije viéndolo marcharse también.

Así que era la noche de los enamorados y yo no me había enterado. Aunque no la celebraba porque no había con quién, al menos solía saber en qué día vivía, pero parecía ser que ese año estaba demasiado despistada.

Terminé de recoger mis cosas y me marché. Vi el bar donde solíamos desayunar abierto y entré a tomarme algo. Había sido un día pesado y aunque sola, yo me iba a tomar una copa.

El lugar estaba lleno de parejas, sonreí, me gustaba ver eso. Aunque yo no tenía suerte en el amor, confiaba en que algún día la vida me presentaría a alguien que me haría sentir que yo también era merecedora de él.

—¿Te puedo acompañar?

Yo conocía esa voz muy bien.

—Buenas noches, señor escritor.

—Buenas noches, Leyre. ¿Puedo...?

—Claro —sonreí, podía ser un grano en el culo en el trabajo, pero no lo conocía como para engarme a su compañía. Por muy nerviosa que ese hombre me pusiera...

—¿Esperando a alguien? No quiero...

—¿Eh? No —negué inmediatamente—. No hay nadie que me espere —dije con timidez.

—Pues ya tenemos algo que compartir esta noche —sonrió y me quedé embobada mirando esa sonrisa. Carraspeé y bebí de mi copa antes de ponerme nerviosa—. Los escritores no tenemos mucha suerte en el amor.

—Puede entender por qué —me mordí los labios, pero el comentario sarcástico ya había salido de mi boca sin saber por qué.

—Sabía que lo entenderías —rio.

—Lo siento, no quise... —dije apurada.

—Nada, no te preocupes, tengo bastante sentido del humor —sí, eso parecía, siempre sonriente. Y una sonrisa preciosa, además—. Pero no es malo pasar solo este día, podemos tener una no cita del día de los enamorados.

—¿Una no cita? —sonreí, ¿de qué hablaba?

—Pues es lo que básicamente tenemos. Los dos aquí, en una no cita por este día —se encogió de hombros—. Podemos cenar como si celebráramos el momento pero seguiría siendo no cita, solo que una no cita con alguien y no solo.

—¿Qué dices? —reí.

—Nunca intentes entender a un escritor —bromeó y me guiñó un ojo.

Bebí y me quedé pensativa. La verdad es que agradecía su presencia, aunque no era un día que me importara no celebrar, el pasarlo sola era una sensación un poco agri dulce.

—Nunca celebré este día —suspiré y notaba cómo él me miraba, yo mantenía la mirada en el vaso—. Mis elecciones en el amor con chicos malos no fueron demasiado acertadas —sonreí tristemente—. A veces pienso que no soy mujer para... No sé, para una relación. Y aunque se está bien sola...

—El ser humano no está hecho para ser solo —terminó él por mí,

leyéndome la mente.

Lo miré y sonreí un poco, pero seguía triste.

—Nunca me había dado cuenta de lo triste que es pasar este día sola —negué con la cabeza, sincerándome.

—En realidad esta noche no estás sola —sonrió con dulzura, me guiñó un ojo y pidió otra copa para los dos.

—Estuve casado —dije él un momento después—, la quería, pero al parecer no se lo demostraba. Solo demostraba lo centrado que estaba en mis historias. Así que un día como hoy, cuando no salí del despacho porque tenía una novela que terminar... Cuando fui a acostarme esa noche, ella no estaba. Ni ella ni su ropa.

—Joder —dije con la boca abierta.

—Tan enfrascado estaba en lo mío que no me había dado ni cuenta del ruido de las maletas al arrastrarlas por el suelo —me miró a los ojos—. Me dejó una nota y me dije que cuando amara a alguien más que a mis historias, entonces, quizás, la buscara. De eso hace tres años ya.

—¿Y la has buscado?

—No —sonrió—. Ella no entendía mi trabajo, no me entendía a mí.

—Me suele pasar igual, Jokin, siendo GEO... —sonreí— Tal vez estamos destinados a eso.

—O destinados a tener no citas —rio.

Por primera vez, me sentía relajada con él. Fuera del trabajo, conociéndolo fuera de nuestros roles laborales, la sensación de tenerlo cerca era muy diferente.

—¿Por qué no? —me encogí de hombros, estaba a gusto con él.

—Porque no querría contigo una sola no cita, Leyre.

Su frase fue directa, en tono serio y sin dejar de mirarme a los ojos. A la mierda lo que estaba pensando antes, me había puesto cardíaca.

—¿Qué quieres decir?

—Que contigo quiero una segunda no cita. Una tercera no cita. Y todas las no citas que me permitas tener —la sinceridad en tu voz.

—¿Quieres decir...? —no sabía cómo preguntarlo.

—Me gustaría conocerte. Pero a la mujer cuando ya no viste ese traje antibalas.

Me hizo gracia el comentario y me puso nerviosa la proposición.

—Primero tendremos que tener la primera no cita —sonreí.

Jokin me guiñó un ojo y se levantó, ofreciéndome su mano.

—¿Preparada para una larga cadenas de no citas conmigo? —si volvía a sonreírme así...

Agarré su mano y me levanté.

—Preparada para lo que esté por venir —sonreí, haciendo que él me mostrara una enorme sonrisa.

Salimos así, agarrados de la mano. Quizás todo demasiado deprisa, pero era el momento perfecto para pasarlo juntos. Y, quién sabía, quizás nuestras no citas se convertían en todo lo que estábamos buscando.

Entrelazó sus dedos con los míos y sonreí. Sí, esa era la forma que tenía la vida de decirme que nuestra historia solo acababa de comenzar.



*Un mañana
con esperanzas*

Con todo mi cariño para Leticia Mancha.

—Servicios de emergencias, ¿en qué puedo ayudarle?

—Hola, Laura.

Sonreí al oír la voz de Luis.

—Hola —dije tontamente—. ¿Día tranquilo por Segovia?

—La verdad es que sí. Y no quiero ocupar mucho tiempo las líneas de emergencias. Así que dime, ¿has pensado en mi propuesta?

Claro que lo había hecho, llevaba una semana dándome la lata.

—Ajá, sí que lo hice —se notaba la sonrisa en mi voz.

—¿Y...? —preguntó a la expectativa.

—¿Dónde nos vemos esta noche?

Después de reír y soltar un “¡hurra!”, anoté la dirección del restaurante y me despedí de él hasta esa noche.

Luis y yo llevábamos como un par de meses hablando, era policía y la primera vez que coincidimos fue cuando tuve que darle un aviso por una emergencia.

Desde ese momento en el que tuvimos que mantenernos los dos al teléfono durante casi una hora, se creó algo especial entre nosotros. Una especie de amistad extraña que terminó, alguna que otra noche aburrida, en tonto.

Pero hasta el momento, no nos habíamos visto. Era como si quisiéramos mantener la excitación del anonimato y seguir jugando con la imaginación con lo poco que sabíamos el uno sobre el otro.

Pero hacía una semana o así, él me había propuesto invitarme a cenar la noche de San Valentín y yo, hasta ese momento, no le había dado una respuesta.

Pero iba a aceptar, lo sabía desde el primer momento.

Terminé mi jornada laboral y me marché a casa. Una ducha, ropa un poco más arreglada de lo normal, mi pelo largo recogido, un poco de maquillaje... Y me monté en el taxi que me llevaría hasta ese restaurante donde, por fin, le pondría cara a ese hombre que tanto me gustaba.

Era todo un poco extraño. Porque nos conocíamos, nos habíamos hecho

confidencias que nunca le hicimos a nadie y, sin embargo, era una cita a ciegas. No sabíamos qué cara teníamos cada uno.

¿Y si no me gustaba?

Esa era la pregunta que tenía en la cabeza desde el momento en que entendí, o me di cuenta, no sabría cómo expresarlo, que Luis se estaba convirtiendo para mí en un amor platónico.

Pero claro, el amor también tiene que entrar, en parte, por los ojos, ¿no? Había que ser sincera y era así.

Me bajé del taxi y me acerqué a la puerta del restaurante y fue en ese momento cuando empecé a temblar por los nervios.

¿Y si salgo corriendo?, me pregunté para mí misma.

Vamos, Laura, no seas una cobarde. Nunca lo has sido y este no es el momento indicado para empezar a hacerlo...

Cogí aire y llené mis pulmones, para darme valor. Entré en el restaurante y di mi nombre. Inmediatamente, un camarero me hizo acompañarlo hasta mi mesa.

Y ahí estaba él, de espaldas.

Dios, pues sí que es alto, pensé en ese momento. Una que no llegaba al metro sesenta y cinco y él tendría que rondar... ¿el metro noventa y algo, mirándolo así, aún sentado?

—Caballero, la señorita está aquí.

Luis no tardó en levantarse, girarse y... Dejarme babeando, literalmente.

—No me puedo creer que por fin te ponga cara —dijo con una sonrisa en esa cara de bombón moreno que casi me hace abrir la boca de par en par.

—Esto... Yo... —no podía pronunciar palabra alguna, menudo pibonazo.

—¿Estás bien? —afirmé con la cabeza y rio— No puedo creer que la teleoperadora sexy no hable demasiado en persona.

Lo de sexy sería por él, ¿no? Porque yo era una chica normal y corriente. Tan normal que no me podía creer que fuera a cenar con semejante hombre.

—Hola —dije, lo primero que se me vino a la mente.

—Hola —rio, se acercó a mí y me dio un abrazo. Dios, qué bien olía. Se separó de mí y me acomodó la silla—. ¿Vino?

—Sí, gracias —me sirvió la copa cuando se sentó frente a mí y no dejaba de sonreír—. Es que es un poco extraño todo esto —debía de estar roja como la grana. Y la decoración de la mesa, tan florida y romántica, no es que ayudara a que me relajase.

—Sí, un poco. Eres más guapa de lo que imaginé.

—Ay, no —negué inmediatamente.

—Ya te digo yo que sí. ¿Nerviosa?

—Bastante —reí—. Pensé que me sería más fácil, en parte te conozco, pero...

—Me conoces más que mucha gente, Laura.

—Lo sé —sonreí—, pero no deja de ser extraño.

—Se pasará —dijo con confianza.

Y fue así, a medida que conversábamos, a medida que me daba cuenta de que él era ese chico que estaba siempre al otro lado del teléfono y que me hacía sentir cosas que nunca nadie consiguió. Ahora que no me había llevado un chasco al conocerlo en persona y comprobar que era exactamente el mismo chico bromista y cariñoso... Ayudó a que me relajara, pensando que estaba hablando con él a través de esa línea telefónica.

La cena pasó rápidamente, terminamos el postre y ninguno quería que se acabara esa noche. Aún con frío, decidimos caminar mientras me acompañaba a casa. los dos un poco tímidos en nuestra cercanía, pero sin haber perdido la sonrisa en ningún momento.

—Me alegra ser el primero que te invite a una cena en un día como hoy.

Sonreí con su comentario, sabía cómo de desastrosa había sido mi vida sentimental y las ganas que tenía de disfrutar de algo así.

—Gracias —sonreí—. Al menos lo he vivido una vez en la vida.

—No es una vez en la vida, Laura. Es solo la primera.

—Sabes que no confío mucho en el amor. Las cosas, al final, siempre se tuercen.

—Las historias normales pueden que sí, la nuestra... Es demasiado especial como para que no funcione.

—¿La nuestra? —levanté la mirada para encontrarme con la suya.

—Venía con esa esperanza. De confirmar lo que ocurre entre nosotros.

—¿Y no te has decepcionado? —¿me estaba diciendo que...?

—¿Decepcionarme? —rió, agarró mi mano y me hizo pararme, pegándome un poco a él— ¿Por qué tendría que decepcionarme?

—No sé, tú eres... —no sabía cómo decirle— A ver, yo soy una chica normal.

—Sí... —sonrió.

—Y tú... Bueno, pues chico, ¿es que tú no te miras al espejo? —solté de

sopetón, arrancándole una carcajada.

—Yo soy igual de normal que tú.

—Hombre, igual, igual como que no —torcí la boca.

—Supongo que cuando te miras al espejo no te ves como yo te estoy viendo ahora —dijo muy serio.

No sabía qué estaba viendo, yo me veía a mí, con mis cosas buenas y bonitas y otras que no tanto.

—Luis...

—Laura, deja de hacer la tonta —sonrió, lo de llamarme tonta para picarme solía hacerlo a diario—. Seguro que el físico importa. Pero lo que hay entre nosotros, aún sin vernos, es demasiado fuerte. Y, además, te aseguro que se me ha pasado de todo por la mente al verte menos algún pensamiento sobre decepción —me guiñó un ojo—. Te lo dije muchas veces, no iba a dejarte escapar. No puedo...

—Ay, Dios...

—A no ser que sea yo el que te ha decepcionado —dijo haciendo una mueca.

Puse los ojos en blanco, ¿después de todo lo que le dije dudaba eso?

—A ver quién es el tonto —suspiré—. Es solo que es extraño. No sabía qué iba a encontrarme. Qué ibas a pensar tú. Si lo que había sentido a través de esa línea de teléfono era solo producto de mi imaginación —resoplé—. Aún estoy nerviosa, Luis.

Su sonrisa comprensiva me derritió.

—¿Y ahora qué piensas? ¿Crees que todo fue una jugada de tu mente? —me acercó un poco más a él.

—Aún no lo sé... —dije nerviosa.

Soltó mi mano, agarró mi cintura y me pegó a él. Su otra mano subió hasta mi cara. Me acarició, haciéndome cerrar los ojos unos segundos.

—¿Vas sabiendo ya? —preguntó con voz ronca.

—No... —me mordí el labio cuando vi que sus ojos estaban fijos en él.

Y no se lo pensó. Acercó su boca a la mía, pegándose contra su cuerpo y besándome por primera vez.

—¿Y ahora? —preguntó sobre mis labios, rozándolos con los suyos—
¿Te ayuda a aclararte?

—Quizás...

No terminé la palabra cuando su boca estaba encima de la mía de nuevo.

Pero esa vez no era un beso dulce o de tanteo. Esa vez era de deseo, de demostrarme lo que sentía por mí.

Era como una promesa.

—Dime que te has aclarado ya o vamos a tener un problema en medio de la calle —bromeó, mirándome a los ojos, sin soltarme.

—Me has ayudado a muchas cosas ahora mismo, pero precisamente, a aclararme, creo que no —resoplé, bromeando.

Porque estaba en ese momento en un punto crítico para mi cuerpo.

Su carcajada me hizo reír. Apoyó su frente en la mía y suspiró.

—Pero te ha quedado claro que yo sí lo tengo claro, ¿no, Laura? Porque yo estoy empezando a tener un problema —bromeó, pero con la voz ronca.

—¿De verdad quieres arriesgarte conmigo? —pregunté seriamente.

Agarró mi cara con sus dos manos y me miró con sinceridad.

—Lo quiero. Quiero conocer más de lo que ya lo hago. Quiero verte, quiero tocarte. Quiero que dejes de ser solo una voz a través del teléfono.

Quiero que seas el rostro que vea al despertarme. Quiero intentarlo contigo porque lo que siento por ti, conociendo tu rostro o no, es sincero. Y muy real.

No pude evitar que una lágrima cayera por mis mejillas.

—¿Y si no funciona? ¿Y si todo...?

—Shhh... —me mandó a callar— Ahora funciona, eso es lo único que tenemos que pensar. Y hacer porque mañana y cada día siga funcionando. Te quiero en mi vida, Laura. Las dudas son tuyas.

Me quedé mirándolo, embobada de nuevo con ese rostro que tanto me había impactado. Estaba claro que lo que nos faltaba, la atracción física, estaba entre nosotros. Yo la había sentido con él nada más verlo y él me estaba demostrando, con cada beso, que la sentía conmigo.

Y, como él decía, solo nosotros, aún sin conocernos en persona, sabíamos lo que habíamos sentido en cada momento que hablábamos.

En cada secreto.

En cada sueño que nos revelamos.

Acaricié su rostro.

—Tú también me conoces mejor que la mayoría de la gente —le dije con sinceridad.

—Pero... —estaba temeroso, creyendo que iba a negarme.

Sonreí.

—Aún te queda mucho por conocer sobre mí. Como le fea que estoy recién despierta y sin maquillaje.

Su sonrisa de alivio me llenó el alma.

—¿Eso quiere decir que...?

Afirmé con la cabeza antes de responderle.

—Eso quiere decir que haremos que mañana y el otro mañana y el otro mañana... Siga funcionando.

Una enorme sonrisa antes de devorar de nuevo mi boca.

Me aferré a él, feliz porque, por más miedo que sintiera o que tuviera antes de darle el sí, sabía que tenía razón.

Lo nuestro siempre había sido especial. Un poco locura, pero diferente. Y lo que existía entre los dos era muy real.

Y auténtico.

Y merecíamos la oportunidad de disfrutar de cada sensación nueva al tenernos, por fin, cara a cara.

Y con cada beso, con cada caricia, me sentía más segura de haberle dado una oportunidad al amor.

Y allí, en mitad de la calle, una noche de San Valentín, comenzó lo que terminó por ser, con los años, con la definitiva historia de amor de mi vida.

Él se convirtió en el hombre de mi vida.

Y conseguimos, día tras día, que ese mañana del que siempre hablábamos, siguiera funcionando.



*Arriesga
por amor*

Claudia Moyano, gracias por ser partícipe de esto.

—Mario, te necesito —gemí al teléfono.

—¿Otra vez? —rio— ¿Qué has hecho ahora, Claudia?

—Me he dejado unas flores en uno de los taxis y tengo que entregarla hoy, sin más remedio —iba a tirarme de los pelos en ese momento.

—Déjame ver si puedo enterarme...

—Claro, ¡gracias!

Colgué la llamada y di con mi cabeza en el escritorio. Estaba para eso y más. Es que así no se podía, no con ese estrés. Necesitaba ayuda, lo sabía, porque ese ritmo de vida no podía llevarlo adelante. Pero yo seguía empeñada en que podía con todo, a cabezota salía a mi madre, seguro, no daba su brazo a torcer ni aunque viera que estaba equivocada con claridad. La razón se la iba a llevar ella siempre.

Y en este tema, como en otros, la tenía. Porque no dejaba de decirme que necesitaba ayuda en el negocio.

Cuando abrí la floristería, pensé que sería difícil, y la verdad es que los primeros meses lo fue. Pero, gracias a Dios, las cosas comenzaron a funcionar. Aún quedaba gente romántica en el planeta...

Pero yo sola no podía con todo y siempre la estaba liando de una forma o de otra.

No tardó mucho en que me sonara el móvil y cogí la llamada nerviosa al ver que se trataba de Mario.

—Dime que las encuentre, por Dios.

Mario rio al otro lado de la línea, poniéndome más nerviosa.

—Debería de reñirte y decirte: eso, en una ciudad como Madrid, se pierde. Pero seré buena persona y no lo haré. Las encontré —bromeó.

—Dios, qué alivio. No puedo fallar en ese pedido, es uno de mis mejores clientes y ya voy con retraso.

—Si me das una hora, las recojo y te las llevo.

—¿Harías eso por mí?

—Sabes que sí, Claudia. Pero esta vez te pondré una condición.

—Lo que quieras, hago lo que quieras pero me las traes —dije sin pensar, provocando su risa de nuevo.

—Cenarás conmigo hoy, es San Valentín y no, no puedes darme una excusa, ni la pienses —dijo conociéndome bien.

—Está bien, pero tráeme las malditas flores.

—En menos de una hora —aseguró antes de colgar.

Me senté, aliviada por tenerlo ya arreglado. Y sabía que Mario no tardaría mucho en venir con ellas.

Desde que tenía el negocio, usaba mucho el servicio de taxis, no sabía la cantidad de dinero que me había dejado ya allí. Tanto lo usé que llegué a crear una amistad con Mario. Porque, por coincidencia, muchas veces era él quien me atendía. Así que terminé con su número en mi móvil y llamándolo a él antes de al servicio de taxis.

Pero esa mañana no podía cuando lo avisé y tuve que llamar. Y así me fue...

Me preparé un café y me tomé un descanso mientras Mario venía. Escuché la bocina del taxi sonar y salí rápidamente fuera.

—Te debo la vida —dije cuando me entregó el ramo de flores—. Pero espera, este no...

—No, este es para ti —sonrió. Mario era un hombre guapísimo, además de encantador. Divorciado, como yo, hace algunos años y sin hijos. La estupidez que cometimos ambos de casarnos jóvenes. Y aún lo éramos en la treintena.

—Oh... —me quedé sin saber qué decir— Espera, ¿has comprado flores en otra floristería? —lo iba a matar.

—No iba a comprarlas para ti aquí —rio—. Feliz día de San Valentín, nos vemos esta noche —me entregó el ramo que estaba esperando, me guiñó un ojo y se montó en el coche—. Te recojo aquí a las ocho —dijo antes de marcharse en su auto.

Negué con la cabeza, lo mataría en otro momento, en ese solo pensaba en el detalle tan bonito que había tenido conmigo.

Las primeras veces que vi a Mario, suspiré como colegiala cada noche en mi cama, eso había provocado en mí. Pero al no ver interés por su parte, me quité esa tontería de la cabeza y lo trataba como él a mí, como un amigo.

En eso se había convertido.

Entré en la floristería y me dispuse a trabajar para poder estar lista para la cita con él.

Y a las ocho en punto, salí del local, y ahí estaba él. Esperándome.

—Lo siento, no tuve ni tiempo de ir a cambiarme —me disculpé.

—Estás muy guapa así —sonrió y me abrió la puerta del taxi—. ¿Lista

para hartarte de comer?

—Vamos a ello —le saqué la lengua y me senté.

Estuvimos riendo todo el trayecto. Sobre todo él, decía que siempre le hacía reír con mis ocurrencias y cualquier cosa que dijera le provocaba eso, haciéndome reír a mí también.

El restaurante era precioso, un italiano decorado para la ocasión y como no podía ser menos en un día así, decorado con corazones y flores rojas. Y velas, muchas velas...

—Me encanta el lugar —suspiré al tomar asiento, era como un sueño.

Pedimos el vino y la cena.

—Llevaba tiempo queriendo invitarte a venir.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Supongo que hasta hoy no me atreví —rio.

—Pues me hubieras evitado noches de quinceañera —me callé rápidamente al darme cuenta de lo que había dicho.

—A ver, ¡explica eso!

—¿Qué? No, ya sabes que a veces soy bocazas —a ver si colaba.

Y la ayuda divina nos trajo al camarero, pero no demoró mucho, así que parecía ser que Mario no iba a olvidar el tema.

—Claudia... —rio, advirtiéndome que le explicara.

Pues no, no había colado... Y no lo había olvidado.

Torcí la boca. Había metido la pata hasta el fondo.

—¿Somos amigos, no? —pregunté.

—Sí, pero eso no tiene que ver...

—Sí que tiene que ver, porque puedo contarte cosas sin avergonzarme.

—Me has contado muchas cosas y no creo que te haya demostrado que no puedes confiar en mí.

—Esto es diferente, Mario —puse los ojos en blanco.

—Miedo me da por dónde me vas a salir —rio.

—¿Ves? Pues mejor. Me callo y ya. Olvidado.

—No, no. De olvidado nada —seguía riendo—. Venga, dime.

—Nada... —suspiré, dándome valor— Es solo que al principio me gustaste y... —vi su cara de estupefacción y me callé rápidamente— Pero ya se me pasó.

—¿Ya se te pasó?

En ese momento sí que estaba más estupefacto.

—Esto... Sí. Bueno, no del todo, pero se me terminará de pasar, no te preocupes.

Maldita manía mía de hablar sin pensar antes, siempre me estaba metiendo en problemas.

—¿Y por qué se te va a pasar?

—Bueno, porque... —miré a mi alrededor, todo eso estaba siendo algo incómodo, porque siempre me había gustado, pero la fiebre inicial... Ya os lo expliqué antes. Nada como una que sienta que no provoca lo mismo en la otra persona para que esos sentimientos se duerman— A ver, ¡qué más da! ¡Si yo no te gusto!

Mario me miró, pestañeó varias veces y apretó sus labios, no sé si es que estaba enfadado o simplemente pensativo o no entendía nada de lo que le estaba diciendo.

—¿Crees que no me gustas?

—Es evidente, Mario. Pero que somos amigos, cenamos como buenos amigos y ya está. Seguiremos siendo amigos —puse los ojos en blanco por repetirme tanto, pero era lo que tenía estar nerviosa.

—Pues sí que lo hice mal —resopló, pasándose las manos por el pelo.

—¿Qué?

—A ver, Claudia. Somos amigos —rio—. Pero es que yo no quería eso.

—¿No quieres ser mi amigo? —pregunté con los ojos abiertos de par en par.

—No... Quiero decir, ¡sí! —bufó.

Ahora era yo la que no estaba entendiendo nada.

—Pues no entiendo...

—Joder, te juro que lo intento, pero a mí estas cosas se me dan fatal...

—¿El qué?

—Ligar. O intentarlo.

Estaba bebiendo y le escupí todo el vino en la cara.

—Lo siento —me disculpé, muerta de la vergüenza. La gente nos miraba y él se limpió con la servilleta, riendo—. Mierda, perdón... ¿Estás ligando conmigo?

—Al menos esa era la idea —rio—. Pero acabo de demostrarte que muy bien no se me da.

—Pero vamos a ver, Mario. A ti —lo señalé, entero, refiriéndome a que joder, estaba bueno— no es que te haga falta...

—Pues parece ser que contigo sí si vemos las señales tan erróneas que te mandé —bromeó.

—¿Señales?

—Me gustas, Claudia, desde el primer día. Solo que no sabía cómo decírtelo.

—Ah...

Me quedé mirándolo y acabé riéndome a carcajadas.

—Pues mira que era fácil, esa frase y ya está —estaba llorando de la risa.

—También podías habérmelo dicho tú —reía y negaba con la cabeza.

—Sí, hombre, para llevarme el chasco. Ni de broma.

La gente nos miraba y los dos no podíamos parar de reír.

—Bueno, pero como ya no te gusto... —dijo él— Pues...

—Yo no dije eso. Yo quise decir —me callé y lo observé—. Te estás riendo de mí —puse los ojos en blanco.

—Un poco sí —rio—. Es que hemos perdido ya bastantes citas.

—A lo mejor no hubiéramos pasado de la primera —me encogí de hombros.

—Puede ser que sea así. Pero ahora que nos conocemos, ¿crees que pasaríamos la prueba?

Me quedé pensando en eso. Y la respuesta se me vino claramente a la mente.

—Creo que ahora sí —le saqué la lengua.

Y ahí, sin darnos cuenta, empezó algo nuevo para nosotros.

Desde esa noche, nos veíamos todos los días. Mario decía que era una forma de recuperar todas las citas que nos habíamos perdido por ser los dos idiotas. Y no le faltaba razón para llamarnos así.

A veces me ponía a pensar en cómo los miedos nos paraban. Ni siquiera intentábamos las cosas, nos paralizaban de tal manera que preferíamos perder la oportunidad antes que arriesgarnos al rechazo o a perder.

Y por eso perdíamos la mayoría de las veces.

La vida era un riesgo. Y una clara muestra de ello era el amor.

Nunca sabías si te iba a salir bien o mal. Si sufrirías o si esa persona era la correcta, pero había que vivirlo.

Sin miedo al rechazo.

Desde ese momento, supe que nunca más dejaría que un miedo mío me

parara. Porque por hacerlo, ni siquiera vi lo cerca que tenía el amor.
Y no cualquier amor.
Si no, nada menos, que al amor de mi vida.



*El renacer
del amor*

Marga Romero Ocaña, espero que te guste y gracias por participar. Un besito.

—Gracias por venir...

Le quité importancia con un gesto de la cabeza y tomé asiento, dejando que me ayudara a acomodar la silla. ¿Un reservado?, pensé para mí misma.

—No sé por qué accedí a venir —dije con sinceridad.

—Yo también pensé que no lo harías. Estás muy guapa.

—¿Qué quieres, Luis? —no iba a dejar que se fuera por esos derroteros.

—Solo hablar contigo, Marga.

—¿No crees que entre nosotros está todo dicho?

—No... Al ver este lugar, supe que tenía que invitarte.

—¿Para qué? Ya lo nuestro terminó, no tenemos que volver a vernos, no somos amigos —le recordé y me dolía decirlo, porque lo seguía amando, pero él no había hecho las cosas bien y no merecía nada bueno de mí.

—He alquilado una casa en el centro de Murcia...

Me quedé esperando que siguiera, porque no sabía a qué venía eso.

—¿No os gustaba la otra? Pensé que ella estaba contenta.

—La he dejado.

Esa frase fue como una bofetada para mí y no supe reaccionar de otra forma que tomándome la copa de vino de una sentada.

Luis y yo habíamos estado juntos durante cinco años. Pero yo sabía desde el principio que é no era un hombre libre. Aún así y aunque la mayoría de la gente no entendiera que una mujer independiente y fuerte como yo aceptara ser la segunda, me enamoré de tal manera que no tuve más remedio.

Era eso o perderlo y yo no estaba dispuesta a lo segundo.

Él nunca me había mentado ni me había vendido historias de que la dejaría por mí. Pero era inevitable que yo no pensara que lo hiciera. Si me amaba, la dejaría, ¿no?

Con el paso del tiempo me di cuenta de que no. De que por muy mal que estuviera con ella, era demasiado cobarde como para dar el paso.

Y por más que juraba amarle, eso tampoco era suficiente.

Y aunque creí imposible lo que hice, la verdad es que un día le dije: “ya no más, se acabó y no vuelvas a buscarme más.”

Había llorado mucho desde entonces, me había sentido la peor mierda, pero lo estaba superando. Al menos la parte que me hacía culparme a mí misma, esa que buscaba preguntas a tantos porqués o al simple y dañino ¿qué

hice mal?

Había pasado solo un mes desde que le dije adiós en lo que acabó convirtiéndose en una discusión. Nos dijimos cosas que nos hirieron a ambos y todo terminó demasiado mal.

Y ahora que pensé que podría seguir sola... ¿Aparecía diciéndome eso?

—¿Por qué ahora? —pregunté sin desviar mi mirada de la suya.

—Puedo perderlo todo, pero no a ti.

Negué con la cabeza, no podía creer que por una vez escuchara esa frase que tanto había deseado oír.

—Ahora... —reí con cinismo.

—No puedes decirme que es tarde, me sigues amando, Marga.

—¿Crees que eso te da derecho a volver, a decirme que quieres verme y ya con ello yo voy a salir corriendo a tus brazos? Años. Años estuve ahí, años casi rogando que valoraras lo que había entre nosotros. Años demostrándote qué era amar y tú... Tú jugando conmigo.

—Sabes que nunca hice eso —dijo con rabia.

—En parte sí. Porque rechazaste todo lo que te daba —me serví otra copa y me la bebí de un trago—. Me alegro por ti porque por fin seas libre. Pero lo nuestro ya se terminó. Conocerás a alguien a quien sí valores de verdad y serás feliz —me levanté y salí de aquel lugar ignorando su llamada. Salí a la calle y corrí lo que mis zapatos de tacón me permitían. Seguía oyendo sus gritos pronunciando mi nombre, pero eso no me paró.

—Marga... ¡Espera! —llegó a mí y me agarró del brazo, haciendo que me parara.

—Suéltame —dije con rabia porque me conocía y sabía que iba a llorar y no iba a permitir que viera eso.

—Marga, por favor —me rogó, soltándome—. Habla conmigo.

—No tenemos nada más que hablar, ¿es que no te das cuenta?

—Por favor, te prometo que si después de oírme me mandas a la mierda, me iré. Pero al menos escúchame.

—Como has escuchado tú mis ruegos estos meses atrás —dije con ironía.

—Por favor... —me rogó, hundido.

Cerré los ojos, sintiéndome débil, como cada vez que estaba cerca de él.

Afirmé con la cabeza y lo seguí, de nuevo, dentro del local.

—Gracias.

—Empieza, Luis, tengo ganas de irme a casa.

—La dejé el mismo día en que te fuiste de mi lado —enarqué las cejas y él siguió hablando—. He pensado mucho desde entonces y no tengo una respuesta a todas tus preguntas. O quizás la respuesta es la más sencilla: que soy un maldito cobarde.

—Eso no te lo voy a refutar.

—Todo lo que te he contado estos años es cierto. Sabes que no te mentí, pero no sabía cómo salir de ahí. Otro fracaso amoroso más. Otra vez el miedo...

—El miedo a fracasar otra vez —dije yo por él, conocía sus temores mejor de los que los conocía él mismo.

—Pero fracasé. Fracasé porque al final perdí a la única persona que me amaba de verdad.

—¿Para eso todo esto? —reí, no podía creérmelo— ¿Todo lo que necesitas es a alguien que te ame? Para eso búscate otra.

—Algún día aprenderás a mantener la boca cerrada hasta que la otra persona termine de hablar —me riñó, como había hecho decenas de veces. Me callé y lo dejé seguir—. Perdí a la única persona que me había amado. Eso lo entendí cada noche cuando te dejaba y volvía a mi casa, a ese lugar que era un infierno para mí.

Eso lo podía hasta soportar. Pero no cuando me di cuenta de que perdí a la única persona a la que yo, de verdad, amaba —las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas y yo no podía dejar de mirarlo a los ojos—. Sé que nunca te lo he dicho, pero te he amado como nunca a nadie. Merezco que me dejaras. Merezco que me odies. Pero necesito que sepas que aunque nunca me des la oportunidad de recuperarte por lo gilipollas que fui... Quiero que sepas que nunca fuiste un juego, quiero que sepas que fuiste, eres y serás la única mujer que de verdad ha estado en mi corazón.

Necesitaba decirte eso.

—¿Para qué? —pregunté con la voz estrangulada.

—Porque es la verdad. Y te debo cada verdad.

—Lo he hecho muy mal, no lo niego. Y soy un cobarde. Pero necesito que creas eso. Te lo debía y me debía a mí mismo el poder, por una vez, ser sincero.

—No puedes hacerme esto —se me escaparon un par de lágrimas—. No ahora...

—No te pido nada —dijo él también, llorando—. Entiendo que no

confíes en mí y no podría ser tan cínico, después de todo, de pedirte una oportunidad. Aunque es lo que más deseo en el mundo. Pero me iré con la certeza de que sabes que todo fue mi culpa, pero que estuviste y sigues aquí — señaló su corazón.

—Dios mío...

—Necesitaba hacerlo —dijo llorando, pidiéndome disculpas.

—Está bien —dije entre lágrimas.

—¿Me dejas, al menos, hacerlo una vez bien?

—¿Hacer qué? —me limpié las lágrimas que mojaban mi cara.

—Quiero decirte que te quiero.

A la mierda, volví a llorar de nuevo. Me levanté, dispuesta a irme, pero él me agarró por detrás, abrazándome.

—Te quiero, esa es la única verdad —susurró, emocionado, en mi oído.

Yo temblaba. Las lágrimas comenzaron a salir a borbotones. Él me hizo darme la vuelta y me abrazó, acunándome mientras lloraba sin consuelo.

Había deseado tantas veces escuchar eso...

Pero me decía de todo, todo menos esas dos palabras que acababa de pronunciar por segunda vez esa noche.

Me dejó llorar y poco después levantó mi cara, limpiando mis lágrimas mientras me miraba a los ojos.

—No es justo —le dije.

—No, no lo es. Y de verdad que no te pido nada. Pero...

—Sí, joder, tenías que decirlo, ya lo sé. Mierda —gemí al final.

Acarició un poco mi labio y cerré los ojos.

—No me olvides nunca —me pidió—. Sé feliz, pero no me olvides.

Maldito idiota. ¿Olvidarlo?

—¿Me estás diciendo adiós otra vez? —le pregunté enfadada y esa vez era él quien se quedaba sin saber qué decir.

—Yo pensé que...

—Ese es tu problema. Ese siempre ha sido tu maldito problema. Piensas demasiado. En vez de sentir, todo es jodidamente racional contigo —dije enfurecida, haciéndolo sonreír.

—Echaba de menos ese genio —dijo, sonriendo con tristeza.

—¿Qué quieres de mí? Porque no lo entiendo.

—Verte feliz. Sé que yo no pude hacerlo y que ya no podré, pero tengo que verte feliz.

—¿Y por qué no podrás?

—Porque... —se calló y me miró al entender lo que significaba mi frase
— No lo merezco. No merezco que me des otra oportunidad.

—No, la verdad es que no— dije estando de acuerdo—. Pero ¿qué hago si no he dejado de amarte?

Tal vez la gente podría pensar que era tonta. Que no debía de hacerlo. Pero después de tanto entre nosotros, nos merecíamos, al menos, el poder intentar, de verdad, nuestra historia.

Y no en la sombra, no escondidos.

—¿Me estás diciendo que...?

—No va a ser fácil —lo interrumpí—. Me va a costar mucho confiar en ti y a ti confiar en lo que siento por ti, supongo. Nunca lo has llegado a creer del todo —sabía que era así, siempre pensó que él era para mí un capricho o una obsesión—. No va a ser fácil, pero...

—Lo que sea, pero contigo —no me dejó terminar de hablar.

—¿Estás seguro?

—Nunca lo estuve tanto de algo en mi vida.

—Entonces Feliz San Valentín —sonreí, llorando de nuevo.

Y nos besamos, sellando así la promesa de intentarlo. Siendo libres para hacerlo, empezando desde cero, olvidando el pasado y solo viviendo el presente y soñando con un futuro.

Y eso es el amor. Segundas, incluso terceras oportunidades.

Una lucha entre la razón y el corazón.

Y en mi historia ganó, afortunadamente, el amor.



*Cosas
del amor*

María Ángeles Talavera, es un placer escribir este relato, gracias por tu apoyo y por siempre tener un ratito para saludar, un besote.

—Te toca atender a ti —dijo mi compañera, entrando en el parte de la panadería —pastelería donde yo estaba, sacando el pan del horno y con decenas de pasteles aún por decorar.

—Ay, no, qué pereza —suspiré—. Sabes que prefiero quedarme aquí. Además, tengo mucho trabajo —señalé las bandejas de pasteles que tenía para terminar de preparar.

—Pues nada, deja a la gente esperando... —se encogió de hombros y entró en el baño.

Miré la puerta como si a través de ella pudiera asesinarla, maldije mil veces y con una falsa sonrisa, salí a atender a los clientes.

Y la sonrisa se me borró de la cara al ver que solo había uno allí y que era al que menos desearía atender. Más que nada porque ese hombre me ponía muy nerviosa.

—Buenos días, Silvia —dijo con una enorme sonrisa.

—Hola, Marcos —casi tartamudeé. Cualquiera pensaría que era una mujer hecha y derecha de treinta años. Y que los mallorquines no le temíamos a nada... Yo no le temía, pero a él prefería tenerlo lejos para no hacer el ridículo. Él sonrió y yo me quedé con mi cara de idiota—. ¿Lo de siempre?

—Sí —sonrió—. Y un pastel de esos de chocolate.

—Creo que es la primera vez que pides un pastel.

—Crees bien —rio—. Porque no me gusta el chocolate.

—¿He oído bien? ¿A quién no le gusta el chocolate? Porque es mi debilidad —sin quererlo, puse los ojos en blanco como si acabara de tener un orgasmo. Era el efecto del chocolate en mí... —Lo siento —dije rápidamente avergonzada, puse la bolsa con su pan en el mostrador y me dispuse a envolverle el pastel, porque si no era para él, no se lo iba a comer ahora, era evidente. Sería para alguien especial. Y en ese día, no lo dudaba, San Valentín, mi fecha más odiada como mujer y una de las mejores como pastelera.

—Es para alguien especial.

—Ajá...

No es que le hubiera pedido explicaciones y contando que ese hombre era algo así como mi amor platónico, tampoco es que quisiera oírlo, la verdad.

—Bueno, ella aún no sabe que es especial.

—Oh... Pues deberías decírselo —o no, así te quedas triste y yo te puedo consolar, pensé con mi lado malvado, pero eso no iba a decirle, claro.

—¿Y si a ella no le gusto?

¿Pero cómo no vas a gustarle, alma cántaro? ¿Tú no te miras al espejo? Además, díselo con el uniforme de policía puesto y verás como no te dice que no.

Esa era mi mente otra vez...

—¿Por qué crees eso? Algún tipo de señal verás que te responda a eso, no sé...

—Puede ser... —dijo pensativo— Creo que se pone nerviosa cuando me ve.

—Ese es un buen inicio, sí —como me pasa a mí, pensé.

—Y evita estar cerca de mí.

—¿Ah, sí? Bueno, eso es una señal clara —y yo mejor seguía envolviendo el dichoso pastel para la mujer a la que, sin conocer, ya odiaba.

—Pero conozco a una de sus amigas y me atreví a preguntarle...

—¿Y qué te dijo? —¿Y a mí qué me importa? ¡No quiero oírlo!

—Me ha dicho que le gusto y que le pida una cita.

—Entonces hazlo —terminé de envolver el mierda de pastel al que ya le había cogido asco y lo puse sobre el mostrador.

—Me arriesgaré entonces.

—Suerte —sonreí, aunque por dentro quería golpear algo—. Son tres con quince.

—¿Tienes un bolígrafo? Para anotarle algo...

—Sí, toma.

Yo, mientras él escribía la que seguro sería una frase cursi y me moría de envidia por ello, cogí el dinero, preparé el cambio y se lo di. Cogió las cosas y se despidió con esa preciosa sonrisa.

—Nos vemos —me guiñó un ojo y estaba a punto de salir de allí cuando me di cuenta. Eso me pasaba por quedarme mirando partes de su anatomía que no debía...

—Marcos, el pastel —se lo dejaba en el mostrador.

El poli de mis sueños se giró y me miró unos segundos.

—Es para ti —dijo antes de salir de allí y dejarme completamente paralizada.

Es para ti, ha dicho que es para ti, me repetía la voz de mi cabeza una y

otra vez.

—Bueno, ¿te vas a comer el pastel o no? —rio mi compañera unos segundos después.

Miré a mi lado, donde ya estaba y seguí como paralizada.

—No entiendo...

—No, normal, siempre eres cortita, no es que des para mucho —rio—. El pastel es para ti.

—¿Cómo para mí?

—¿Tan difícil es de entender eso? —puso los ojos en blanco— Le dije que era tu favorito.

Y en ese momento, como si de un puzle se tratase, las piezas encajaron, haciéndome entender todo.

—¿Tú le has dicho?

—Me lo preguntó, tuve que ayudarlo un poco. Vamos, cómete tu pastel —rio.

¿Y la nota?

La pregunta se me vino a la mente rápidamente. Cogí el pastel que había envuelto y debajo de él había un post—it con algo escrito.

“Feliz día de San Valentín, espero que disfrutes el pastel y que aceptes salir conmigo esta noche.”

Debajo de eso, un número de móvil. Estaba, completamente, anonadada.

Miré la nota, a mi compañera y otra vez la nota.

Eso no podía ser posible.

—Vaya dos, como para no ayudaros —suspiró—. Os coméis con los ojos y ni cuenta os dais.

¿Pero cómo iba a darme cuenta de eso?

—Es San Valentín, ¿verdad? —pregunté.

—Sí...

—No es el día de los Santos Inocentes...

—No —bufó mi compañera—. Par de memos —refunfuñó antes de sonreír al ver entrar a nuevos clientes.

Cogí el pastel, la nota y entré de nuevo a mi sitio favorito. ¿Eso era real?

Anoté, de todas formas, en número de su móvil en el mío y me mordí el labio varias veces mientras pensaba.

—Escríbele ya —mi compañera asomándose por la puerta.

—¿Pero y si se está quedando conmigo? —yo no estaba muy segura, es

que nunca había notado nada.

—O lo haces tú o lo hago yo —mi compañera desapareciendo por la puerta...

Le hice caso, por primera vez en la vida y le escribí un WhatsApp. Eso sí, a mi manera.

“Soy Silvia. Si es una especie de broma...”

Su respuesta fue instantánea.

“Jamás bromearía con algo así, no somos niños de quince años.”

Hombre, a ver, yo un poco sí que lo era por las películas que me montaba en mi cabeza, para qué mentirnos.

“¿Me estás proponiendo una cita?”

“Esta tarde. A las seis. Un café. Una cena después... Lo que se tercié y quieras.”

Yo mejor no iba a decir todo lo que yo quería, mejor ir despacio.

“Vale.”

Hija, me recriminé a mí misma, vaya respuesta más simplona.

Marcos me dijo dónde nos veríamos y salí a buscar a mi compañera.

—Pues parece que tengo una cita —aún no me lo creía.

—¡Sí! —gritó, abrazándome y haciéndome reír.

Y horas después casi me hace llorar cuando se empeñó en ser ella quien eligiera mi ropa y me maquillara.

Pero a las seis, yo estaba llegando a ese parque donde quedé con Marcos y me temblaba todo cuando lo vi de lejos. Me acerqué lo más tranquila que pude y al ver su sonrisa... Debería haberme relajado, pero no fue así.

Dios mío, cómo me pone, pensó mi mente calenturienta.

—Pensé que no ibas a venir —con las manos en sus bolsillos, habló algo nervioso.

—Yo también pensé que no iba a venir —no sé qué le hizo gracia del comentario, pero se moría de la risa—. Y la verdad es que creí que estabas burlándote de mí y que no estarías aquí.

—No jugaría con algo así. Menos aún con alguien —se puso muy serio de repente.

—Lo siento, no quise ofenderte, pero en realidad ni nos conocemos...

—Lo sé —sonrió, comprensivo—. Pero hay algo entre nosotros y yo quiero comprobar qué es.

Pues hasta el momento del pastel yo seguía pensando que todo era solo

por mi parte, la verdad...

—No imaginé que tú... Bueno, ya sabes... —mierda de lengua que siempre se me trababa con él.

—Tendremos tiempo para hablar de todo eso. ¿Te atreves a comprobar hasta dónde podemos llegar?

—¿Con límites?

—No, Silvia. Entre nosotros sin límites. Dándolo todo. En el amor no existen los límites.

Esa respuesta me hizo sonreír. Era la respuesta más perfecta que podía haberme dado.

Sacó una de sus manos de uno de los bolsillos y me la tendió.

Aun temblando un poco, la agarré, dejando que entrelazara nuestros dedos.

Y llevándome una sorpresa mayor que la que me llevé con el pastel.

Lo miré a los ojos y sonreí al ver su sonrisa.

—Va a funcionar, lo sé —me miraba fijamente.

Y yo no sé cómo, pero también lo presentía.

Que ese hombre era para mí.

San Valentín me había sorprendido gratamente ese año.



*Una bonita
casualidad*

Rosa Alonso, espero que te guste. Gracias por todo.

Ahí estaba otra vez...

La mujer más atractiva que había visto nunca.

Nerea, una administrativa del Juzgado de Buenos Aires y la más hermosa y dulce mujer sobre la faz de la tierra.

No es que yo fuera exagerado, es que era así. Eso es lo que emanaba su rostro.

Pero, por desgracia, ella parecía no haber sido consciente nunca de mí. Qué se le iba a hacer...

Quizás estaba casada. O comprometida. O... O quizás es que yo no le gustaba en absoluto. Y yo no podía acercarme a ella y pedirle una cita como el que pide un café en la cafetería.

Lo único que podía hacer era acercarme a ella con alguna excusa de trabajo. Pero como siempre me miraba como si fuera una cara más... La verdad, lo tenía difícil.

Salí a tomarme el café y a despejarme un poco de la cantidad de papeles sobre el último caso que había estado revisando esa mañana. La cafetería del juzgado siempre estaba llena, así que siempre había que esperar cola.

Pedí mi café cuando llegó mi turno y un pastel que se me apeteció. Al girarme, vi que ella estaba justo detrás de mí y no se me cayeron las cosas de la mano porque suerte.

—Señor fiscal —sonrió, con su típica sonrisa de administrativa de cara al público, una sonrisa nada sincera.

—Señorita —sonreí como pude también y busqué un lugar para sentarme.

Centrado en mi café, con el móvil en la mano para evitar mirarla, que tampoco era un acosador obsesionado con ella, ni cuenta me di cuando se me acercó.

Levanté la mirada al escuchar cómo alguien carraspeaba y miré hacia arriba, llevándome la sorpresa de mi vida al verla delante de mí.

—Señor fiscal, verá...

—Andrés —le aclaré.

—Andrés —sonrió, esa vez con timidez—. Yo soy Nerea —aunque yo eso ya lo sabía, le hice un gesto afirmativo con la cabeza.

Veía cómo ella se retorció las manos, nerviosa.

—¿En qué puedo ayudarte, Nerea?

—Verá, es que no sé cómo decirle. Bueno, va, cuanto antes, mejor. ¿Se va a comer el pastel?

Me habría esperado de todo menos eso.

—¿Este pastel? —señalé el que tenía delante de mí, el que había comprado porque me había apetecido.

—Sí, ese pastel —dijo roja como la grana.

—Pues para eso lo compré, sí...

—Claro —afirmó ella con la cabeza, mordiéndose ese perfecto labio inferior—. ¿Y no le importaría no comérselo?

No sabía si preguntarle si es que estaba loca o reírme a carcajadas.

—Pues a ver... Si me lo compré, es porque me lo quiero comer. ¿Le pasa algo que yo no sé al pastel?

—¿Qué? Ah, no, por Dios, no es eso. Bueno, no que yo sepa, pero nadie se intoxicó comiendo nada de aquí nunca, ¿no? Aunque siempre hay una primera vez, claro.

—Claro... —se me estaban quitando las ganas del pastel rápidamente, y ella me estaba resultando de lo más graciosa. Nada que ver a cuando estaba en su papel de administrativa. No parecía la misma persona. Y esta que estaba descubriendo me gustaba mucho más.

—¿Y qué tal el día? —preguntó sin venir a cuento.

—El mío bien... Es el tuyo el que me preocupa —me atreví a decir.

—Ah, no, ¿por qué? El mío es aburrido, como siempre, entre papeles, pero es llevadero.

—Me alegro —evité sonreír de nuevo.

—Sí. Entonces a lo que nos interesa. Sin miedo, Nerea —creo que lo dijo más bien para ella misma que para mí y yo iba a reírme a carcajadas al final—. Andrés...

—¿Sí?

—¿Se va a comer el pastel o no?

—¿Pero qué te pasa con el pastel? —reí al final, no pude evitarlo.

—Al final voy a quedar como la loca y la gorda de la historia —resopló. Loca podía ser. Pero gorda... Carraspeé.

—Si no te explicas... —insistí.

—Verá, pero que no salga de aquí, por favor.

—Soy fiscal, sé guardar un secreto —le recordé.

—Sí, claro, hasta que les interesa —y ahí ya sí que tuve que reírme—. Lo

siento —me disculpé al verla avergonzada—. Es que me haces gracia.

—Eso es bueno. En parte.

—¿Y eso?

—Los hombres que te ven graciosa no te ven como algo más. O algo así creo que decía mi abuela.

—Tu abuela diría lo contrario, que si un hombre te ve así, querrá descubrir mucho más.

—Puede ser. Ahora entiendo cómo de mal me van las cosas siempre, porque una pues se guarda la lengua y las payasadas, claro. Tendré que dejar de hacerlo.

—Me alegra eso —reí—. Pero aún no me explicaste qué le pasa a mi pastel.

—Ah, cierto. Verá. Es que mi compañera está embarazada. De poco tiempo y lo lleva en secreto, usted sabe.

—Entiendo...

—Pues hoy tiene todo el antojo de ese pastel.

—Aja...

—Y tú te has llevado el último pastel —hizo una mueca súper graciosa.

—Oh...

—Sí, ohhhh —dijo exageradamente—. Y yo no tengo ganas de que el niño le salga con un antojo en la piel, ya sabes.

—Nadie querría eso.

—¿Entonces me lo vende?

—No.

Vi cómo fruncía los labios, no me mandaba a la mierda por respeto.

—Ya veo... se iba a ir pero la paré.

—Te lo regalo, llévatelo.

—¿En serio?

—Sí, pero con una condición.

—La que quiera —sonrió ampliamente.

—Me debes un café.

—Cuando quiera —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Mañana, yo te busco.

—Vale. Y me cae bien, que lo sepa.

—¿Solo eso?

Ella se me quedó mirando. Sonriendo aún.

—Tal vez más que eso.

Cogió el pastel, lo puso en una servilleta y salió de allí casi corriendo, dejándome con cara de idiota todo lo que quedaba de día. Y de noche, porque hasta volví al día siguiente a la oficina con la misma sonrisa de enamorado en la cara.

Y esperé todo lo que pude aguantar para ir a buscarla y a que se tomara ese café conmigo.

La sonrisa con la que me recibió al verme mantuvo mi sonrisa de imbécil enamorado aún por más tiempo.

—¿Se le quitó el antojo a tu compañera? —pregunté cuando nos sentamos en la mesa con el desayuno.

—Para toda la vida, creo —cogió su pastel y lo mordió.

—¿Cómo así?

Fui a morder mi pastel cuando habló.

—Porque después lo vomitó todo.

A la mierda, ya no quería el pastel. Me reí, esa mujer era todo un caso.

—Lo siento, no sabía que eras tan susceptible —se disculpó.

—No lo soy —mentí.

Pero su sonrisa me hizo saber que no me creía.

—Es raro, pensé que eras muy diferente —soltó de repente.

—¿Ah, sí?

Me quedé embobado mirándola comer, no se cortaba en absoluto.

—Sí. Se te ve tan estirado... —puso los ojos en blanco.

—¿En serio? —reí, muy a mi pesar.

—Te lo juro. Pero bueno, supongo que como a mí me creen estúpida. Pero en realidad es que en el trabajo no llegamos a ser nosotros mismos, ¿no cree?

—Creo que debe ser eso.

—Pero siempre es bueno conocer a la gente antes de emitir un juicio sobre ellas, las apariencias engañan. Contigo me he llevado una grata sorpresa.

—Y yo contigo —reí, y cada vez me sorprendía más el poco filtro mental que tenía, ella lo soltaba todo. No entendía cómo podía aguantarlo mientras trabajaba de cara al público.

—Bueno, no tengo un carácter fácil —dijo con timidez.

—A mí me pareces interesante. Y cuanto más te conozco, más aún —dije

con sinceridad.

—¿En serio? —rio.

—Sí.

—Eso sí que es una sorpresa —sonrió.

—Desde ayer, con ese pastel, todo han sido sorpresas, créeme.

—¿Qué tanto así? —preguntó intrigada.

—Más de una vez he querido invitarte a tomar un café y ya ves, nunca me atreví.

—¿Por qué?

—No lo sé —me encogí de hombros—. Por miedo a una negativa, supongo. Y porque, como dices, las apariencias engañan.

—Tú, mejor que nadie, deberías de saber eso. Las cosas con hechos. Sin pruebas... —me sacó la lengua.

—Tal vez tienes razón y hay que arriesgarse.

—Siempre hay que hacerlo, el no ya lo tenemos —dijo muy segura.

—Mañana es el día de los enamorados... ¿Saldrías conmigo?

Vi cómo la sorpresa cruzaba por su cara. Eso sí que no se lo esperaba. No me lo esperaba ni yo, que no sé cómo lo dije. Será que se me había pegado de ella el no tener filtro mental.

—¿Eso es una cita, señor fiscal? —preguntó con una sonrisa pícaro.

—Sí, es una proposición.

Esos ojos negros me estaban volviendo loco mientras me miraba con esa cara de niña traviesa.

—Se tardó mucho en pedírmela —dijo para mi sorpresa—. Mañana nos vemos —se levantó y me dio un beso en la mejilla antes de marcharse y dejarme allí. Pero esa vez no con una sonrisa de idiota enamorado, solo con cara de idiota, simple y llanamente eso.

Negué con la cabeza y acabé riendo. Esa mujer era mucho más de lo que imaginaba. Y cada vez que estaba con ella, me demostraba que había mucho que descubrir.

Y yo quería hacerlo.

Terminé de desayunar y pasé el día como pude, intentando concentrarme en el trabajo. Pero no había manera. Ni ese día ni al día siguiente.

Me levanté con la misma sonrisa y seguí con ella todo el tiempo, sobre todo al encontrármela en el juzgado.

Pero por fin llegó el momento de la cena. Y allí venía, con esa sonrisa

que ya no era la falsa de su puesto de administrativa, si no la de una mujer que se mostraba tal y como era.

—Buenas noches, señor fiscal —sonrió al pararse a mi lado.

—Buenas noches, señorita administrativa —bromeé—. ¿Con hambre?

—La verdad es que sí, no he comido nada en todo el día para poder cenar —rio—, ya sabe, la dieta —suspiró en plan dramático.

Y yo aún no sabía si estaba diciendo la verdad o era parte de su humor.

—Entonces creo que repetiremos postre —reí.

—Eso no lo dudes...

Me sacó la lengua y entramos al restaurante. Y todo siguió siendo una sorpresa con ella. Cuanto más la conocía, más me gustaba.

Dulce, divertida. Segura de sí misma. Y, sobre todo, sincera.

La cena se me pasó en un suspiro, como las siguientes que tuve con ella, con las que acabé más que enamorado de esa mujer.

Una mujer que se convirtió en un todo para mí. Una mujer que me embaucó con su sencillez y a la que amaba cada día más.

Una mujer que me enseñó, y seguía haciéndolo, qué era el amor.

Era nuestro primer aniversario y lo celebraríamos en ese mismo restaurante donde nos citamos la primera vez. Solo que en esta ocasión era diferente.

Porque era mi esposa.

Era la futura madre de mi hijo

Era la mujer que le había dado sentido a mi vida.



*Más que
amistad*

Vanessa María Mulero, qué decirte, que gracias por todo, por el apoyo, por la ilusión que le pones a cada uno de mis libros, por tener el arte de tu ciudad, de nuestra ciudad. Un abrazo.

De vuelta al calor, otro verano más y el ambiente de los chiringuitos a pie de esas preciosas playas de Cádiz me hacían sentir, de nuevo, viva.

El invierno se me hacía demasiado largo y como solo trabajaba los meses de verano, más largos aún por tener que vivir de lo que ganaba en esa época. Y lo ganaba bien, la verdad es que no podía quejarme, pero a ver si ese año tenía más suerte y encontraba también un trabajo para el invierno.

Aunque pensándolo bien, con lo agotada que terminaba cuando el verano decaía... Quizás cogería la otra opción que tenía en mente: volver a estudiar y conseguir, por fin, terminar mi carrera. Enfermería. El sueño de mi vida.

Tenía unos meses para pensármelo aún. Además, a mis treinta años no es que fuera mayor como para no poder plantearme bien las cosas. La gente exageraba un poco con que se me pasaba el arroz. ¡Pero si estaba en la flor de mi vida!

Primer día de trabajo, el chiringuito abierto, todos listos para comenzar con el estrés que estaba por venir.

Y allí, a lo lejos, estaba él...

Adam, el hombre que me alegraba la vista cada día.

Solo eso, porque entre nosotros nunca había ocurrido nada. Y no porque yo no lo deseara... Pero Adam estaba casado...

—¿Otra vez soñando con el señor guaperas?

Miré a Carla, mi compañera de trabajo y suspiré.

—No —mentí.

—No, por eso has suspirado como quinceañera enamorada —rio, negando con la cabeza.

—Bueno, el hombre está... —hice un gesto con la mano, no tenía por qué ponerle palabras, era más que evidente que ser profesor de surf hacía que su cuerpo luciera muy bien.

—¿Cuántos años llevas así? —preguntó ella.

—¿Así cómo?

—Babeando por él —puso los ojos en blanco.

—Yo no babeo por... Tres —dije al final cuando me miró queriendo decir: a mí no me engañes.

—Ya es hora de que lo olvides, Nessa. Está casado, sois amigos, nada más —me dijo con pena.

—Lo sé, si eso ya lo tengo asumido —mentira, eso era una gran mentira.

Yo seguía soñando con que un día vendría a mí a decirme que dejó a su mujer y que, sin saber cómo, se había dado cuenta de que me amaba a mí.

Algo imposible, lo sé, porque aunque compartíamos una bonita amistad, todo era superfluo, nada profundo. Así que estar enamorado de mí en plan de amor platónico... Pues no, eso me pasaba a mí porque era así de soñadora. No volvería a leer jamás una novela romántica.

—Eso espero —suspiró mi amiga, me dio un apretón en la mano y tiró de mí para que nos pusiéramos a trabajar.

Centrarme en el trabajo me hacía olvidarme de esos pensamientos que cruzaban mi mente cada noche, atormentándome. Todas mis relaciones habían acabado mal, quizás era mío el problema... Y no es que necesitara a un hombre, pero una tenía ganas de vivir un amor bonito, aunque no fuera de novela romántica.

—Mesa cuatro, atiéndelo tú —me dijo un par de horas después mi compañera.

Me guiñó un ojo antes de irse y tras coger aire, fui hacia su mesa.

—Tiempo sin verte, Adam —sonreí.

—Nessa... Estuve buscándote para saludarte antes y no te vi —se levantó y me dio un abrazo y dos besos—. ¿Cómo va todo? ¿Qué tal el invierno?

—Bien, de vuelta al trabajo de nuevo. ¿Y a ti cómo te van las cosas?

—Muchos cambios en mi vida, pero para bien —me guiñó un ojo.

—Me alegra oír eso.

—Jajaja. No creo que la gente diga con orgullo que se ha divorciado, pero yo lo hago —rio.

En ese momento me quedé sin saber qué decir.

—Oh... Lo siento.

—No, no lo hagas —rio—. Tenía que pasar, la verdad es que tenía que pasar hace mucho. Pero bueno —se encogió de hombros—, ya está hecho, por fin, ahora toca volver a vivir.

—Entonces me alegro —le guiñé yo un ojo esa vez—. ¿Te pongo lo de siempre.

—Eso sí que no va a cambiar —me sacó la lengua.

Me reí y me marché para llevarle su desayuno. En esos tres años siempre pedía lo mismo, así que me lo conocía bien.

—¿Divorciado? —mi compañera apareció rápidamente a mi lado cuando llegué a la barra.

—¿Cómo te has enterado?

—La duda ofende —resopló—. Estaba pendiente, claro.

—No cambias —reí.

—No. Y tú tampoco, que pareces tonta. Esta es tu oportunidad.

—¿Mi qué?

—Tu oportunidad. Pídele una cita.

—Y una mierda —reí.

—¿Por qué no?

—Me alegra que esté libre, pero eso no quiere decir que yo le guste. Así que olvídale, Carla —de pensarlo me avergonzaba.

—Pero...

—¿No me has dicho antes que tengo que asumir las cosas?

—Sí, pero porque estaba casado. Ya no lo está.

—Pero ahora tengo que asumir que yo no le gusto, nada más —me encogí de hombros, puse las cosas en la bandeja y me marché.

No porque ese hombre estuviera libre yo iba a ir en plan desesperada con: oh, por favor, entonces accede a tener conmigo una cita. Por Dios..., pensé poniendo los ojos en blanco.

—Aquí tienes —le puse las cosas por delante.

—Gracias, Nessa —sonrió.

—Que aproveche...

—Oye, Nessa, ¿le has dicho ya? —la pregunta de mi compañera, cuando estaba a punto de irme, me dejó parada y tiesa.

—¿Decirme qué? —preguntó él.

—¿Decirle qué? —pregunté yo.

—Que quieres que te dé clases de surf —dijo ella con una sonrisa de oreja a oreja.

Sonreí como pude, pero tenía ganas de asesinarla, ya la había liado...

—¿En serio? —preguntó él, no se lo podía creer tampoco. Normal...

—No —negué inmediatamente—, es solo que le dije que nunca me subía a una tabla y que algún día aprendería. Está exagerando, nunca dije nada de las clases.

—Bueno, tengo hueco. Por mí sin problemas.

—Ya, pero yo no tengo mucho tiempo. Ya sabes, el trabajo... ¿Y tú no tienes que atender mesas? —la fulminé con la mirada, echándola.

—Por eso no hay problemas, podemos adecuarnos a tu horario. Una hora

alguna tarde, en tu día libre —sonrió él.

—Eso es perfecto, apúntala como nueva alumna —esa frase de Carla casi me hace matarla allí mismo.

Adam sonrió y no me quedó más remedio que aceptar y poner un horario para mis “deseadas” clases.

—Te mataré —le advertí a Carla cuando me alejé del hombre de mis sueños...

Me había metido en el mayor lío de mi vida. Eso es lo que pensé en ese momento. Pero ahora, meses después...

—¿Todavía quieres matarme? —sonrió Carla cuando me vio llegar al chiringuito.

Hacía ocho meses que, gracias a ella, Adam y yo habíamos pasado más tiempo juntos por mis clases de surf. Clases que fueron como citas más bien. Cuando a la tercera se dio cuenta de que yo nunca estaría estable sobre esa tabla, acabamos en la arena, contándonos nuestra vida. Y eso llevó a un café otro día... Al cine otro...

Llevó a que me enamoré de ese hombre aún más.

Pero entre nosotros no había nada serio. Sexo, cariño. ¿Pero compromiso?

Después de su mal matrimonio del que logró salir, Adam era cauto. Por muy pinta de guaperas con su pelo rubio largo y ese cuerpo, él no era así. Era un hombre prudente en el amor. Y aunque conmigo era cariñoso, no había demostrado nada más que eso.

Eso sí, yo cada vez suspiraba más y más por él.

Miré a mi compañera y sonreí. Ahí venía Adam.

—Tal vez sí —me burlé.

—El día de tu boda me lo dices —rio.

—¿Mi boda? No seas exagerada. Somos amigos, con derecho, pero amigos...

—Sí, claro —rio mi amiga, negó con la cabeza y se fue sin dejar de reír. No entendía por qué se reía, era así.

—Hola, preciosa —Adam se acercó a mí y me dio un beso en los labios.

—Hola... —nunca me acostumbraba a eso.

—¿Cenas esta noche conmigo? —me guiñó un ojo.

—Claro —sonreí, me dio otro beso y se marchó a sus clases, quedando conmigo en vernos en su casa, como tantas otras noches.

—Después dices que boda no —resopló Carla, volviendo a mi lado.

—Solo somos amigos —insistí.

—Ay, Dios —se quejó, poniendo las manos mirando al cielo, como desesperada.

Pero era la verdad. Podíamos besarnos, no teníamos que escondernos, teníamos sexo, pero entre nosotros las cosas no habían ido a más. Así que para mí, mientras eso siguiera así, éramos amigos.

Y ojalá, siguiera así mucho tiempo, mejor eso a nada, suspiré.

Me puse a trabajar y el día se me pasó rápidamente. Adam se había marchado antes de la cuenta y yo un poco más tarde de lo normal. Llegué a casa, me di una ducha rápida, me arreglé un poco y salí para su casa.

Llamé al timbre de su puerta y esperé, pero nadie abría. Fruncí el ceño cuando me di cuenta de que la puerta estaba entreabierta.

—¿Adam? —lo llamé, asomando la cabeza.

Pero nadie respondía, el pasillo estaba oscuro y yo estaba empezando a asustarme un poco. Tenía que dejar de ver programas de crímenes...

—Adam, ¿estás aquí? —entré, diciéndome a mí misma que no lo hiciera. Dios mío, ¿y si había pasado algo? ¡Sería yo la culpable! Me estaba temblando el cuerpo entero...

Poco a poco, como pude mientras mis piernas me mantenían de pie, caminé adentro. Y entonces vi las luces que titilaban en las sombras.

—¿Adam?

Llegué al comedor, iluminado con velas. Todo decorado con flores, la música sonando casi como un susurro y...

—Feliz día de San Valentín —me dijo al oído, agarrándome por detrás y haciéndome chillar por el susto.

—¿Pero qué...? —me giré entre sus brazos, con la mano en mi pecho por el susto.

—Feliz San Valentín —sonrió y casi me desmayo allí mismo.

—Oh... —no sabía ni qué día era, la verdad...

Adam me besó y yo, ya relajada, me agarré a su cuello, disfrutando del momento y de la sorpresa.

—¿Qué es todo esto? —pregunté cuando me separé de él.

Adam no habló, tiró de mí hasta hacerme sentar en el sofá y se puso sobre sus rodillas, en el suelo, entre mis piernas.

—Hace ocho meses desde que comenzó ese verano en que comenzamos a

salir. Creo que es momento de dar un paso más en nuestra relación.

—Oh, Dios...

—Sé que crees que por mi parte no hay nada, Nessa, pero no es así. Me he enamorado de ti, casi desde el principio. Antes del primer beso, antes del primer roce... Pero necesitaba tiempo para aclarar mis ideas, mis sentimientos... Necesitaba tiempo para estar seguro.

—Adam, yo no pretendo...

—Yo lo sé —sonrió, cortándome—. Sé de tu paciencia y sé de tus miedos, aunque no me los digas. Estaba esperando a este día para que fuera especial —sacó una cajita de su bolsillo y me la entregó, en ese momento temblaba, no podía ser...— Nunca he dudado de lo que sentía por ti. Solo quería que todo fuera perfecto. Lo siento si eso te ha hecho sentir insegura, no era mi intención. Nos conocemos, sé que me quieres como yo a ti y quiero intentarlo contigo. Quiero conocer a tu familia, que conozcas a la mía. Quiero que seamos una pareja. Con etiquetas. Con todo lo que quieras. Porque te quiero, Nessa y quiero compartir mi vida contigo —sonrió—. ¿La abres? —preguntó señalando la cajita.

Con las lágrimas cayendo por mis mejillas, abrí la caja y me quedé alucinada al ver el anillo.

—Adam...

—No somos amigos, somos mucho más. Cada vez que me separo de ti lo paso mal. No quiero hacerlo. Quiero dormir contigo cada noche, quiero despertar contigo. Quiero mostrarte al mundo con orgullo, quiero que todos vean cuánto te quiero... Y quiero que lo veas tú, que estés segura de que es real. Que nuestro amor existe. Quiero que te cases conmigo.

Llorando como magdalena, así estaba en ese momento.

Afirmé con la cabeza, sin palabras. Adam rio y me besó, diciéndome que me quería.

Y fue en ese momento cuando, para mí, se cumplió un sueño.

Los cuentos de hadas también pasaban en la vida real y aunque aún nos quedaba mucho camino por recorrer, sabía que íbamos a hacerlo juntos. Porque nos queríamos. Y no había mejor sueño por cumplir que ese.



*Un amor
de película*

Juani Egea Martínez, gracias por estar ahí y ser partícipe de esta locura.

Abrazos.

La fama no es algo fácil. Ser un personaje público acaba afectando a tu vida privada, sobre todo porque esta, si no pones los límites desde el principio, deja de ser eso, privada.

La prensa del corazón, los chismes... En una pareja, suele hacer mucho daño.

Eso nos ocurrió a David y a mí. Todo se nos quedó grande, no supimos cómo llevar la situación. Y, al final, estábamos en ese punto en el que los titulares eran: “El famoso jugador de baloncesto con su nueva conquista” o “La actriz da carpetazo a la relación con el guaperas de su compañero”.

Sí, puede parecer inofensivo ya que esa nueva conquista de él a la que se refieren yo sé de más que es una amiga de la infancia. Y él sabe bien que con mi compañero de reparto tengo una buena amistad de haber coincidido en otros rodajes.

Pero son rumores tras rumores. Y eso quema a cualquiera...

Así que David y yo no estábamos pasando nuestro mejor momento y no precisamente por desconfiar el uno del otro, sino por la presión de la prensa del corazón. Porque, además, salir los dos juntos, de la mano, no provocaba otra cosa que no fueran más chismes en plan: “Queriendo vender la unidad, cuando sabemos lo que hay detrás. Y muy pronto, una invitada especial nos mostrará las pruebas de la falsa relación que viven el deportista del año y la actriz del siglo.”

—Mierda y más mierda —suspiré cuando apagué ese día la televisión—. Malditos programas sensacionalistas. Deberíamos irnos a vivir fuera de este país de una vez por todas o no nos dejarán en paz.

Resoplando y amargada, me fui a mi dormitorio. Abrí el vestidor y saqué lo necesario para asistir a la cena que tenía esa noche.

David y yo nos conocimos cuando ambos empezábamos a despegar en nuestras carreras, hacía ya unos años. Vivíamos juntos casi desde el principio y en la intimidad todo era perfecto.

Hasta ese momento, en el que estábamos quemados de todo lo demás y, sin quererlo, nos afectaba demasiado a los dos.

Esa noche, el club donde jugaba, ofrecía una cena para celebrar el día de San Valentín. Todos los jugadores y sus parejas estarían allí. Me gustaba ese ambiente, me sentía cómoda entre ellos.

Pero estaba algo crispada por esa mujer que supuestamente iba a contar

la verdad sobre quien era mi novio. Aunque confiaba en él y no iba a creerla, sabía que iba a inventar lo que fuera para apuntarse al carro de unos minutos de fama.

En fin..., suspiré.

Me di una ducha y me arreglé. David me recogería en la puerta ya que había tenido que arreglar algunas cosas antes. Pero no tardaría mucho en llegar. Me apresuré y conseguí estar lista cuando pasó por mí.

—Estás preciosa —sonrió al verme, besándome.

—¿La más guapa de todas? —bromeé, me coloqué el cinturón de seguridad y lo miré a los ojos.

—Eso siempre —dijo mirándome fijamente, con esa mirada suya que aún me ponía nerviosa.

Me acerqué a él y le di un beso en los labios.

—Te quiero —le dije.

—Y yo a ti. ¿Lista para la noche?

—Vamos —sonreí.

Ese era David. Esa era yo. La pareja que se quería y no la mierda que vendían en esos programas. A ver si algún día les daba por otros...

Llegar de una punta a otra de Madrid tardaba lo suyo, era lo que tenía esa ciudad. Pero ya estábamos allí, saludando a los compañeros, a sus esposas, alguna de ellas amigas mías más íntimas. En ese círculo, al final nos convertíamos todos en una gran familia, con algunos más que con otros.

Apagué mi mente y me centré en disfrutar de mi chico y de la fiesta. Todo eran risas, buenos momentos. No había mal rollo... Era fácil pasar una noche divertida con todos ellos.

La cena se había preparado en la pista del campo de baloncesto, en los alrededores. El centro estaba listo para después beber y comer. Todo estaba decorado como de película. Corazones, flores, regalos a cada esposa por parte de su pareja... Menos yo, David aún no me había entregado nada. Pero conociéndolo, no tardaría mucho. Él era bastante detallista.

Con el estómago lleno, a punto de comenzar con las copas, estaba enfrascada en una conversación con una amiga cuando oí cómo mi chico decía “Hola, hola” desde el micrófono. Me giré y reí al verlo arriba de la tarima, con ese esmoquin que lucía mejor que nadie y sonriendo con esa sonrisa de pícaro que tenía.

—¿Me oís todos? Eh, tú, capullo, hazme caso que voy a dar un discurso

—dijo señalando a uno de sus compañeros y haciéndome reír.

—¡Que te den, cursi! —gritó el compañero, reímos de nuevo.

—Bueno, chicos, este año ha sido de los mejores para el equipo. No hace falta que diga eso y tenemos al mejor entrenador, no podía ser de otra forma —se escuchó un “pelota” general entre las risas—. Pero no estoy aquí para eso. Estoy aquí porque necesito decir otra cosa.

Olivia... —me buscó, me señaló al verme y me hizo señas para que me acercara. Lo hice, sin saber para qué y me puse frente a él, sin subir al atril— Olivia, tú y yo no lo estamos pasando bien y lo saben todos —suspiró, algunas de las chicas se pusieron a mi lado y me dieron toques de cariño—. No sé qué le entró a esa gente, les dio por nosotros. Y estamos aguantando como podemos, porque confiamos el uno en el otro —sonreí, afirmando con la cabeza—. Todo el que está aquí —miró a los demás— sabe lo que esta mujer significa para mí. Ni ella ni yo necesitamos demostrarle nada al mundo porque entre nosotros no necesitamos hacerlo. Pero hay algo que sí necesitamos hacer —tenía a todo el mundo expectante, a mí la primera, nerviosa estaba—. Llevamos años juntos —volvió a mirarme— y quiero que eso siga así, para siempre —bajó del atril y se acercó a mí, las chicas reían y yo creía que iba a desmayarme, eso no era una de las películas donde yo actuaba, eso era muy real—. Olvidemos todo, olvidemos la mierda —se paró junto a mí—. Nada, nunca, me hará dudar de ti como sé que pasaría al revés. Somos nosotros lo que sentimos, somos nosotros los que nos conocemos. Y para mí es más que suficiente. Pero es momento de más, Olivia. Es momento de formalizar las cosas —se puso de rodilla y me tapé la boca con las manos, evitando gritar y llorar. David y yo nunca habíamos necesitado dar ese paso... Hasta ahora, parecía ser— Pase lo que pase, lo vamos a pasar juntos. Yo no necesito a nadie más y tú tampoco —abrió la cajita y me mostró el anillo más hermoso que había visto en mi vida—. ¿Quieres ser mi esposa?

Estuve por decirle que yo me sentía como si lo fuera, él lo sabía, pero sentía que era él quien necesitaba dar el paso, esa seguridad por lo mal que nos estaban haciéndolo pasar. Y yo, feliz de la vida. Porque estaba más que segura de que era el hombre de mi vida.

—Ya lo soy —lloré, diciéndolo al final, demostrándole que con papel o sin él, nosotros éramos eso—. Y claro que quiero pasar el resto de mi vida contigo. Siempre fuiste y serás tú —sollocé entre lágrimas.

David se levantó rápidamente, me abrazó y me besó. Los vítores de sus

compañeros llenaron el estadio y yo no podía dejar de llorar entre beso y beso.

Al terminar, me cogió la cara entre las manos.

—Te quiero más que a nadie —dijo mirándome a los ojos—. Y nunca haría nada que te dañara. Nunca te engañaría. Nunca dejaré que nadie termine con lo que tenemos.

—Lo sé —era así para mí también, y nunca había habido dudas, pero entendía lo que me quería decir, que dijeran lo que dijeran, nuestra confianza el uno en el otro y nuestro amor era mucho más fuerte que todo lo que quisieran inventar—. Y yo también te quiero más que a nadie —lloré.

En ese momento viví la película de mi vida. Sin guion, siendo la protagonista y siendo real.

Porque nuestro amor era real.



*Volver a
intentarlo*

Mercedes Fernández, te tengo vigilada aunque no lo creas. Gracias por tanto apoyo, así me siento contigo.

Era San Valentín, el día que más odiaba. Mi matrimonio con Jon había hecho aguas y después de tantos años, era algo que me costaba mucho admitir.

La culpa no había sido suya, había sido de los dos. Demasiados años descuidando una relación, pensando que el simple hecho de estar casados era suficiente. Pero eso no era así, el amor había que cuidarlo y mantenerlo.

Y nos dimos cuenta de ello demasiado tarde.

Tan tarde como que ya habíamos decidido separarnos.

Pronto firmaríamos los papeles del divorcio y eso no tenía pinta de que fuera a arreglarse. No cuando ninguno daba su brazo a torcer. La última discusión nos había llevado al límite y aunque mis hijos intentaron intervenir, no había nada que hacer.

Nos habíamos hecho mucho daño con las palabras, demasiados reproches.

Estaba con él desde que era una niña, casi toda una vida a su lado. Me conocía y lo conocía mejor que nadie. Pero...

Con cuarenta y cinco años y dos hijos casi adolescentes, habíamos tocado fondo.

Yo me sentía desatendida como mujer. Y ni siquiera sabía cómo se sentía él. Suponía que igual. Ser madre y ama de casa además de trabajar en unos grandes almacenes de Jerez de la Frontera como dependienta ocupaba toda mi vida. Él, con su puesto en la policía local, le pasaba lo mismo.

Los dos nos habíamos centrado en todo lo demás menos en el amor que siempre habíamos tenido el uno por el otro.

Hacía dos meses que estábamos separados. Él se había marchado a casa de su madre y como la discusión fue bastante fuerte, no tardó mucho en decirme que iba a pedir el divorcio.

Divorcio que yo no quería, pero al parecer él sí.

Día de San Valentín y con los papeles del divorcio en la mano. Bonita forma de celebrar el día del amor...

Suspiré y metí de nuevo los papeles en el sobre. Sería mejor tomarme una ducha y descansar esa noche sin pensar en eso, al día siguiente firmaré y listo. ¿No es lo que quería? Además, ¿acaso había otra salida? Las cosas se acababan y ya, yo no iba a ir a decirle ahora, en frío, que lo pensáramos mejor.

Mis hijos se quedaban esa noche a dormir con su padre, así que aproveché para tomar un buen baño relajante y beberme un par de copas de

vino. Sería mi primer Día de los enamorados sola, tendría que brindar por ello, pensé con ironía.

Llamaron al timbre y lo que menos me apetecía es tener contacto con nadie, pero me levanté a abrir.

—¿Qué haces aquí? —pregunté obviando el ramo de flores que traía en su mano.

—Hola, Elena. ¿Puedo pasar?

—Es tu casa, Jon —entré dentro y volví a sentarme en el sofá. Me serví otra copa de vino y me lo bebí de un trago.

—Esto es para ti —me entregó las flores y por orgullosa que era, no las cogí, resopló y las dejó en el jarrón de encima de la mesa.

—Si vienes a por los papeles del divorcio, aún no los firmé. Acabo de llegar y no me apetece, pero mañana los tendrás, tranquilo.

—No vengo por eso... —negó rápidamente, ¿estaba triste?

—¿Entonces? ¿Hablamos de la casa? ¿De la manutención de los niños? ¿De qué?

—Lo siento... —se acercó al sofá y se sentó a mi lado— Por favor, no firmes esos papeles.

Enarqué las cejas, ¿a qué venía eso?

—No te entiendo, Jon. ¿No es lo que querías?

—No. Nunca —dijo con sinceridad.

—Que te compre quien te entienda... —resoplé y me serví más vino.

—Deja el vino, sabes que no te sienta bien.

—¿Y qué? Ya no tienes que preocuparte por mí —no podía no estar a la defensiva, aunque lo quisiera, nos habíamos hecho mucho daño los dos.

—He metido la pata, Elena. Vengo a disculparme. No te pido que me lo pongas fácil, pero al menos que me dejes hacerlo. Sabes que no es fácil para mí expresar lo que siento.

Claro que lo sabía, siempre había sido así. Mientras yo era un mar de emociones y necesitaba decir cada cosa que sentía, él era como de hielo, inmutable, guardándose las cosas para sí hasta que llegara el momento de explotar, cosa que también solía controlar. Por lo tanto, nunca decía nada.

—Está bien —acepté.

—He pensado mucho en nuestra pelea y no me perdono todas las cosas que te dije.

—Yo no quiero ni recordarlas —porque se pasó, ahí sí que explotó por

lo que no había hecho años atrás.

—Ambos metimos la pata, Elena. Ambos lo hemos hecho mal.

—Eso sí es verdad —volví a beber de mi copa.

—¿Entonces crees que podremos superarlo?

—¿Superarlo? —me mandaba los papeles del divorcio y ahora... ¿Pero quién entendía a ese hombre? Me levanté, fui a la cocina, cogí el sobre donde estaban los papeles y se los tiré encima—. ¿Esto es superarlo?

Jon resopló, se pasó las manos por su moreno pelo y me miró.

—Lo siento. Pero quiero arreglarlo, Elena.

—¿Y qué hay que arreglar? Todo lo que nos dijimos es verdad. Todos esos reproches de tantos años están ahí, Jon —me senté de nuevo.

—¿Y qué? También nos queremos, ¿no es eso suficiente?

¿Lo era? Yo no sabía si era así.

—No quiero que nos hagamos daño —le dije con la sinceridad que siempre había demostrado con él.

—¿Daño? —rió— Daño es esto, Elena. Daño es que esté fuera de mi casa, lejos de mi mujer y mis hijos y a punto de terminar mi matrimonio por no hablar las cosas. Daño es sentir que pierdo a la persona que quiero en vez de luchar por ella.

—Jon... —yo también me sentía así de mal y así de culpable.

—¿No me quieres? ¿Es eso? ¿Ya eso cambió?

Negué con la cabeza, con una lágrima cayendo por mi mejilla.

—Eso no tiene nada que ver.

—¿No tiene que ver? Eso es todo, Elena. Siempre nos hemos querido, ¿por qué llegar a esto?

—No lo sé, la verdad es que no lo sé —suspiré.

¿Habíamos exagerado? Quizás lo hicimos los dos, pero estábamos dolidos el uno con el otro.

—Elena, mírame —me rogó y lo hice—. No es por la casa, no es por los niños en sí, que también, es por nosotros. Es porque te quiero, nunca quise a nadie así. Nunca habrá nadie a quien pueda querer así.

No podemos romper lo que tantos años nos ha costado crear.

—Lo creamos, Jon, pero no lo hemos mantenido.

—Dime cómo. Dime todo lo que necesitas. Bien, sin peleas. Yo lo haré. Yo no quiero que te sientas así, tan sola como dices, tan poco entendida. Sabes que yo...

—Sé que no es tu culpa, es un cúmulo de todo —reconocí.

—Yo también exageré las cosas. Exploté y fui a hacerte daño. Lo sé y lo siento. Pero no sabía cómo controlar todo lo que sentía al ver que esa discusión iba a acabar con nuestro matrimonio.

—Pues bien que me pediste el divorcio rápido —dije con ironía.

—Dios, Elena... —cogió mis manos— Todos estos días lejos de ti han sido un maldito infierno. Revivo lo que pasó y no le encuentro sentido a nada. No a como hemos acabado. No cuando yo no quiero acabar. Y te lo digo siendo sincero, sin albergar rabia como cuando pedí esa maldita orden de divorcio.

—Jon, yo no sé...

—Yo tampoco sé cómo hacerlo, Elena. Pero intentémoslo. No ha ocurrido nada grave. Peleas se tienen siempre, ¿no?

Reviví en mi mente ese momento que nos llevó al límite y sí, había sido fuerte, esa era la verdad.

—¿Qué quieres, Jon? ¿Que todo vuelva a ser como antes y olvidemos todo lo que nos hemos dicho?

—No. Quiero que todo sea mejor que antes y que nunca olvidemos esas cosas que nos dijimos pero para bien. Para que nos ayuden a crear de nuevo ese amor que sentimos. Para que nos haga mejor personas y mejor al uno con el otro.

Quiero ser la mejor versión de mí y luchar por la mujer que amo, demostrándole cada día lo feliz que soy con ella y haciéndola feliz. Si ella me deja...

Veía la disculpa sincera en su cara. El amor en sus ojos...

Cogí el sobre con los papeles y los saqué. Vi el miedo pensando en que iba a firmarlos y a tirárselos a la cara, pero no hice eso.

Los rompí en pedazos y los tiré al suelo. Lo miré sonriendo y con sinceridad.

—¿Y me vas a querer siempre? —pregunté emocionada.

—Cada día más —dijo antes de besarme, sellando su promesa.

Habíamos metido la pata. Estuvimos a punto de perdernos el uno al otro. Después de todo lo que habíamos vivido, merecíamos una oportunidad. Demostrarnos que podíamos amarnos y luchar por esa relación que era todo para nosotros.

—Feliz San Valentín —dijo antes de besarme de nuevo.

Nunca había sido tan buen San Valentín como ese. Nunca una promesa me había llenado tanto el corazón. Porque sabía que era con el hombre que siempre amé y que amaría por el resto de mis días.

Y la vida se había encargado de darnos una nueva oportunidad.



*Un tango
al corazón*

Noemí Casco, tienes una energía y una buena vibra que es parte de tu esencia, un abrazo.

Iba a matar a alguien ese día, era guía turística y me había tocado un grupo de España que había que enseñarle Buenos Aires ese día y no estaba mi compañera, yo normalmente hacía salidas de una semana con tours por el país, pero ese día tenía que cubrirle y hacer la ciudad en un día.

—Verónica —dijo un señor mirando la placa que llevaba en mi pecho con el nombre —¿Qué vamos a hacer el circuito con paradas para comprar?

—Claro, os daré tiempo para todo —sonreí amablemente.

—Señorita ¿Estas rosas hay que pagarla? —dijo una señora señalando la que había sobre su asiento.

—Es un regalo para todos, por el día de los enamorados —sonreí como me tenían enseñado.

Los gallegos estos me estaban sacando de quicio tempranito, no porque fueran de Galicia, pero en Argentina a todos los españoles le llamábamos así.

Ese día estaba triste, hacía tiempo que no veía a Mateo, el chico que actuaba haciendo un Tango con otra chica el día que comenzábamos los tours, le hacía una demostración y poco a poco fuimos forjando miradas, echándonos indirectas, pero poco más, lo que sí había mucho feeling y eso lo sabíamos los dos.

Si a eso le añadimos que era el día de los enamorados, que no es que lo estuviéramos pero sí que se había convertido en algo especial, pues eso añadido, estaba de lo más triste y de un mal humor de perros.

Así que el día estaba siendo de lo más agobiante, pero ya faltaba una última parada y listo.

Estábamos en la plaza de Mayo lugar de los acontecimientos más importantes en cuestión de historia, como sus edificios más emblemáticos, todo aquello frente a la casa Rosada, era motivo de parada turística y ahí los tenía frente a la casa, explicándole como el presidente gobernaba allí cada día.

De repente sonó una música muy conocida para mí, un Tango y ahí estaba Mateo, ante mí, cogiéndome de la mano delante de todo mi grupo y sacándose a bailar, a pesar de que yo era muy torpe con ese baile tradicional, pero ahí estaba, sin poder articular palabra, sonroja y queriendo que la tierra me tragara.

—¿Como me haces esto vos? —pregunté cuando pude hablar mientras seguía bailando.

—Es el día de los enamorados y no pensé en mejor persona que tú para bailar este día —no dejaba de mirarme sonriendo mientras manejaba la situación del baile.

—No sé qué decir, todo el mundo nos mira y nos tira fotos —dije ruborizada.

—A vos la verán como una profesional, no entienden —bromeó.

—Te mato —negué con la cabeza riendo...

—Quiero bailar contigo todos los días de San Valentín —me dio un beso en los labios y todos comenzaron a aplaudir.

Me quería morir de la vergüenza pero aquello había sido la declaración y acto de amor más bonito de lo que jamás hubiera imaginado.

Todo aplaudieron una y mil veces, estaban emocionados, ya habíamos llegado al punto de despedida del tours así que despedí al grupo y me fui con Mateo a pasear.

—De esta te mato —le repetí cuando ya estábamos a solas.

Me cogió de la mano.

—¿Me echaste de menos estos días? —preguntó sujetándola mientras andábamos.

—Algo —sonreí poniendo los ojos en blanco —¿No trabajaste?

—Sí, me mandaron a un crucero una semana, para bailar —se encogió de hombros.

—Qué suerte, ya me podrían enviar a mí —reí.

—Pues te eché de menos pero como nunca me diste tú teléfono, no pude escribirte —su rostro se puso de pena.

—Vaya, eso te pasa por no habérmelo pedido. Apunta anda —dije para que anotara mi número y eso hizo.

Me volvió a besar, en medio de la calle, sin importarle el mundo, con todo el amor que podía transmitirme, y yo, yo estaba loca de amor por la grata sorpresa que me había dado la vida.

Me llevó a cenar a un típico lugar de carne, lo que me gustaba a mí, nada como la que hacíamos en este país, un vicio para mi cuerpo y más en la mejor

compañía, la de Hugo, el chico misterioso y precioso que alumbraba mi vida con su presencia, pero que hoy había conseguido llenar mi corazón.

Por fin una conversación con él a solas, sin turistas, sin trabajo, sin nada de responsabilidad por delante, solo con el hombre que había ido conquistando mi corazón poco a poco, ese que había venido a sorprenderme un día que estaba siendo de lo más triste, para llamarse el día del amor y que él había conseguido llenar de color.

—Quiero que me des la oportunidad de intentar que comience entre nosotros algo bonito y en común —dijo abriendo una cajita con un anillo —
¿Aceptas?

—Claro que acepto —le besé apasionadamente, sin importar que tiré una de las copas de vino que había sobre la mesa.

Y ahí ese día fue como comenzó una historia de amor que duraría para toda la vida.

Una historia donde el Tango y la historia, se hicieron un lazo para siempre.



*Un San Valentín
en tierras del amor*

Para Raquel Álvarez, por tener ese saber estar, simpatía y cariño a todo lo que le rodea, así me siento yo con tus saludos en los posts. Un abrazo.

Maleta preparada y a Milán para pasar el fin de semana, me encantaba viajar y aprovechaba muchos puentes y fiestas para hacerlo, eso de tirar de compañías Low Cost para escapar por Europa, era magnífico.

Mi trabajo era de lo más estresante, era GEO, así que mi trabajo era igual de estresante que apasionante.

Me monté en el avión y las azafatas nos recibieron con una galleta a modo corazón, me hizo gracia, recordé que hoy era ese día tan comercial como otros tanto en el que le llamaban el día de los enamorados o San Valentín, ese que ponen a cupido de cebo para hacer un evento de estas características, en que la parte comercial era el motivo de todo.

Por supuesto le agradecí el detalle, además era Italiana y muy guapa, así que me hizo mucha gracia.

—La primera mujer que me regala algo —bromeé al cogerla.

—Espero que la disfrutes —dijo sonriendo.

—Luego te cuento —dije guiñándole el ojo.

Me senté en ventanilla y me dispuse a relajarme, así estuve un rato hasta que ya estábamos en el aire y pedí un café para acompañarlo con esa galleta a modo corazón que me habían regalado, a mí y a todo el avión, pero yo lo viví como si fuera a mi solo, estaba gracioso ese día y me sentía realmente bien.

La galleta estaba deliciosa y se lo dije a la chica cuando vino a recoger todo.

Al aterrizar en Milán la azafata me tenía una última sorpresa.

—Gracias por todo —dije mientras pasaba por delante de ella.

—Toma, te tengo otra —sacó la galleta de su chaqueta mientras sonreía.

Puse los ojos en blanco, sonreí y me puse emocionado la mano en el corazón antes de cogerla.

—Esta la guardaré de recuerdo siempre —dije ante sus compañeras.

Asintió riendo, ruborizada y así la dejé mientras me marchaba.

Cogí un taxi y me llevó a mi hotel, en todo el centro de Milán, era una de las pocas ciudades que me quedaba por conocer en Italia.

Salí a pasear, eran apenas las 12 de la mañana y en el ambiente se respiraba el día que era, los escaparates y las flores estaban por todas partes,

así como muchas parejas paseando ese día, aunque Milán era muy turístico el ambiente hacía presagiar que era un día fuera de lo normal para aquellos que lo esperaban con ilusión.

Me planté delante de aquella catedral, impresionante, de estilo gótico, una de las iglesias más grandes del mundo.

—Auch —noté un pisotón y a alguien quejándose.

—Perdón —dije disculpándome —estaba entretenido mirando hacia arriba y no te vi.

—No pasa nada —sujetaba una cámara de fotos que se veía profesional —Estaba haciendo las fotos y ni me di cuenta.

—Es lo que tiene hacer turismo.

—Ah, bueno, se puede llamar así pero vengo de trabajo —señaló la cámara —tengo que hacer un trabajo sobre las cosas más importantes de esta ciudad. Por cierto, me llamo Daniela —me dio la mano.

—Oscar —apreté la suya —Interesante tu trabajo, además conoces lugares del mundo mientras lo hace, creo que tienes una suerte impresionante —puse gesto de interesante.

—Lo es, si tienes la suerte de trabajar para una buena empresa, de lo contrario, es un tema que es muy difícil el poder vivir de ello hoy en día, pero sí, yo tengo la suerte y cruzo los dedos para que me dure.

—Estoy seguro de que así será —sonreí.

—¿Y que me aconsejas que vea hoy por esta zona? —pregunté sabiendo que estaría puesta en lo mejor de aquello, iría con todo muy estudiado.

—Sígueme y te enseño todo Milán en un día —rio.

—No me lo digas dos veces, que me apunto —dije rezando porque no fuera broma.

—Vente, claro, así me haces compañía que hoy es un día de ir en dos —me sacó la lengua bromeando.

—Pues nada, hacemos el papel de enamorados —bromeé sacando ese humor tan profundo que había en mí —¿Hay tiempo para un café? —fruncí el entrecejo.

—Claro, además mira —señaló una terraza cerca de nosotros —ahí podemos tomar el café con estas estupendas vistas —señaló a la catedral — Por cierto —comenzamos a andar —tampoco hay que hacer el papel muy al

dedillo, aviso —hizo gesto de advertencia a la vez que reía.

—Claro, solo un poquito —hice el gesto de juntar los dedos.

—¿De dónde eres? —dijo sentándose en aquella terraza de la cafetería.

—De Madrid.

—¿Y tú?

—Yo soy de aquí de Milán, pero vivo en Madrid —sonrió con la sonrisa más bella que jamás había visto.

—¿En serio? Con razón hablas tan bien mi idioma —hice un guiño.

—La sede de la revista donde trabajo está ahí.

—Que coincidencia —sonreí como un tonto, eso me provocaba aquella rubia a lo Marisol, me recordaba a esa chiquilla de canciones para el recuerdo como “La vida es una tómbola”. Era preciosa, una muñeca, impresionaba ver tanta perfección, además de ser una chica super natural, era lo que más me llamaba la atención de ella.

—¿A que te dedicas?

—Soy GEO... —sonreí.

—¿De verdad?

—Ajá...

—¿Sabes que al verte me dabas la sensación de ser un chico de uniforme?

—¿En serio?

—Sí, me dabas la sensación de ello, interesante tu trabajo, además de arriesgar mucho —hizo gesto de susto.

—Bueno, nos preparamos para ello.

—¿Y viniste solo?

—Sí —me hizo gracia esa pregunta.

—Vaya, a Italia de fin de semana, solo, el día de los enamorados. Déjame decirte que eso se le ocurre a alguien como a ti.

—¿Qué tiene de malo?

—Nada, solo que es Italia, uno de los países del amor por excelencia.

—No creo en el día de los enamorados —me encogí de hombros.

—¿Y en el amor? —me miró fijamente, clavándome esos ojos azules.

—Creo, pero no a forma de día, creo porque cuando llega lo notas, lo sientes y sabes que es el amor, eso lo hemos sentido todos de alguna forma, así que con más o menos intensidad, la sensación que llaman amor, estoy convencido de que existe.

—Pues cuando llegan esos momentos entran los circos del amor y uno es el día de San Valentín, o sea hoy, y lo que ves hoy como algo comercial, quizás el año que viene lo vivas como un tonto enamorado con ganas de llegar a la cita con su amor, con una rosa en la mano y cenar con la que en ese momento piensas que es el amor de tu vida.

—Me han entrado unas ganas de chocolate —levanté la mano para pedirle al camarero uno de los dulces que había en la carta, bueno dos, pues a ella también se lo pedí que estaba soltera como yo y necesitaba chocolate.

—Temas al amor, es lo que te pase —se rio —y por cierto, vine a trabajar no a engordar —resopló.

—Pero Daniela ¿Te has mirado? Te puedes permitir comer algún que otro capricho cuando quieras —negué con la cabeza riendo.

—En el fondo estaba deseando comer chocolate, necesito algo de dulzura para este día, yo es que soy una romántica empedernida, pero cupido me metió en su lista de bloqueados —bromeó.

—Eso es porque eres muy exigente, no creo que te falten candidatos.

—Todos los que se me acercan son parados, con menos luces que un descampado y ven el sexo por delante del amor, que no te digo que sea malo, pero joder podrían colaborar un poco —puso cara de resignación y a mí me entró un ataque de risa.

—Eres muy divertida.

—¿Yo? No, soy normal, pero es la verdad, lo mío es un atentado al amor —rio.

—Una cosa, yo no soy parado y tengo algo de luces, sino no podría ser Geo —sonreí —¿Tengo posibilidades? —pregunté bromeando.

—Según —dio un mordisco a la magdalena de chocolate que nos habían traído.

—¿Me podrías especificar ese según? —pregunté con rostro bromista.

—Según como me trates —me hizo un guiño.

—Me estás esquivando la pregunta ¿Verdad?

—Para nada... —sonrió.

Divertida, enigmática, guapa, trabajadora ¿Cómo no me iba a gustar? Por minutos que pasaba me sentía más atraído por ella, me ganaba por minutos, me hacía sentir unas sensaciones de esas que... ¿Me estaría castigando Cupido el día del amor? Evite reír para no tener que mostrar mis sentimientos.

De ahí nos fuimos a perdernos entre sitios emblemáticos mientras me contaba todo lo que conocía de la historia de estos, estudiaba muy bien cada edificio o monumento que iba a captar durante su viaje, así que estaba de lo más puesta y me estaba contando todo de una manera que me estaba cautivando aún más, escucharla era un placer, además de una fortuita adquisición de nuevos conocimientos.

Comimos, merendamos, reímos, bromeamos, la conexión era brutal, era algo que se palpaba cada vez más hasta que, no sé en qué momento, ni en que calle, solo sé que con el atardecer llegó el beso, ese beso que daría comienzo a un fin de semana lleno de amor, lleno de sentimientos que se entrelazarían para toda la vida a partir de ese momento.



*San Valentín
a todo gas*

Edith Morales, espero de todo corazón que te guste.

Roma, la ciudad del amor y con una de las pistas de motocross más importantes de toda Italia.

Ese día fui a una exhibición, tenía la entrada desde hacía bastante tiempo, además que estarían los grandes de ese mundo.

Iba sola, a ninguna de mis amigas le gustaban esas cosas, esas que a mí me apasionaba, esas que hacían despertar en mí toda la adrenalina, yo tenía una moto y entraba bastante a ese circuito pero a modo aficionada, a mis veintiocho años ya no tenía edad para prepararme profesionalmente, ese hubiera sido mi sueño, pero la admiración por este deporte no fue lo suficiente de peso para convencer a mis padres para que me ayudaran a prepararme, así que tuve que esperar a ser mayor de edad, trabajar y reunir para comprarme una.

Cogí un taxi y tiré para allá, no quería matarme aparcando.

Yo había gastado parte de mis ahorros para comprar un ticket Vips, en lo que podría estar en la zona donde se paseaban los personajes más famosos que rodeaban al mundo del motor y yo quería foto con todos hasta que...

Ahí estaba Iván, uno de los grandes pero de Fórmula uno, aunque yo era adicta al motocross, también me apasionaba ese mundo y además, Iván era Iván, todo un icono de la fórmula uno.

Pasé por delante de él y me paré.

—Hola. ¿Es posible una foto? —dije mostrando mi móvil.

—Hola, claro —respondió amablemente y puso su mano sobre mi hombro para hacernos el selfie.

—Ya está, muchas gracias —agradecí su cordialidad.

—¿Estás sola? —preguntó mirando a mi alrededor.

—Sí —dije extrañada.

—¿Una copa de vino? —dijo cogiéndola de uno de los camareros que pasaban.

—Vale, gracias. Dije sonrojada.

—¿Como te llamas?

—Me llamo Jazmín.

—Yo soy Iván —me dio la mano.

—Hombre, hasta ahí llego —bromeé —Nos sueles tener en ascuas todas tus carreras.

—¿Y eso es bueno o malo?

—Eso es que eres un genio.

—Vaya, gracias...

—Bueno —puse la copa en la barra que había —no le molesto más, gracias.

—No, vine solo, bueno con un compañero que se perdió y es de los que no regresan —rio —no me molestas, podemos ver juntos la exhibición.

—Vale —volví a coger la copa y di un gran trago.

Eso no me podía estar pasando a mí, estaba ruborizada y perdida, uno de los grandes tomando un vino conmigo mientras veíamos la exhibición, eso era de película, impensable, algo que no entraba en mi cabeza ni en mis mejores sueños.

—Soy una persona normal —dijo cuando vi mi rostro rojo como un tomate.

—Sí normal —reí.

—¿Y porque no soy una persona normal? —se cruzó de brazos aguantando la risa.

—A ver tu eres una estrella del deporte, un icono de la Formula 1, un hombre perseguido por mil mujeres, con una trayectoria brillante y puedo seguir...

—Sigue, al final me vas a alegrar el día con tal alta perspectiva hacia mi persona —carraspeó bromeando.

—Vamos como si tu no lo supieras —solté una carcajada.

—¿Te gusta el motocross? —cambió el rumbo de la conversación, por supuesto que lo sabía, no quería decirlo y así desvió la conversación.

—Me apasiona, es mi vida, vivo con ello y tengo moto y todo —sonreí y saqué las dos manos con el símbolo de victoria con los dedos.

—Más que la Formula uno por lo que puedo presagiar... —puso cara de enfado.

—Mucho más, pero reconozco que veo la Formula siempre —hice una mueca.

—El caso es ver deporte —me hizo un guiño.

Comenzamos a charlar sobre su paso por el mundo de la Formula, con varios títulos a su espalda, con momentos emocionantes y otros desesperantes, pero una gran carrera que quedaría para la historia.

Hacía un año que se había retirado y ahora vivía tranquilo a las afueras de Roma, en una finca y con una vida de lo más normal, fuera del mundo mediático.

Su mujer lo había dejado hacia un año por un jugador de futbol, ahora es cuando lo había superado, me estaba contando toda su vida entre copa y copa.

A medio día comenzaron a traer bandejas con entremeses y canapés, seguimos con los vinos y charlando por los codos, parecía que lo conocía de toda la vida, no me daba la sensación de ese hombre que veía a través de la pantalla luchando por llegar el primero a la meta, ese que se veía celebrando y a veces enfundándose por no tener los resultados que deseaba o esperaba.

Era otro Iván, uno más llano, humano, divertido, con un sentido del humor brutal, con un sentido y una forma de ver la vida digna de admiración.

Estaba cómoda con él, no sé porque tenía la sensación de que él lo estaba y mucho conmigo, muy pendiente a mí y con un carácter de lo más bonito.

—Ven, te quiero enseñar algo —dijo.

Lo seguí y me llevó donde estaban los mejores de Motocross tomando algo, se puso a saludar a todos, aunque todos babeaban al ver a Iván y me presento...

—Esta chica es mi amiga y es una apasionada de vuestro deporte.

Los chicos me saludaron feliz, me hice foto con todos y luego nos fuimos a una zona apartada de allí.

—Vaya regalo me hiciste, no te lo puedes imaginar —dije agradecida.

—Por cierto —se giró y cogió una rosa que había para los asistentes — Toma, hoy es día del amor, así que no te quedes sin tu rosa —sonrió.

—El primer San Valentín que me regalan algo —sonreí.

—¡No!

—Sí —solté otra carcajada.

—¿Como viniste?

—En taxi...

—¿Me dejas invitarte a cenar en la ciudad? Conozco un sitio que hacen las mejores comidas del mundo —hizo un gesto interesante.

—Vale —dije temblorosa, no podía creer que aquel portento de hombre me invitara a cenar.

Salimos de allí y tuvimos en un precioso restaurante una de las veladas más divertidas y bonitas que jamás había tenido.

Desde ese momento día de San Valentín comenzó algo unido por el amor al deporte, que terminó juntando a nuestros corazones, mi vida al lado de Iván solo había acabado de comenzar....



Si al amor

Sarah Rusell, luchadora, gran persona, gran amiga, gran compañera, llena de valores, lo eres todo para los que te queremos.

Ese día llegue a la guardería con los nervios a flor de piel, mi madre me había dado esa mañana una charla que había temblado hasta el patio de mi casa me tenía harta, pero en todos los sentidos, era la mejor madre del mundo, pero cuadrículada como ella misma, así que aguantar sus consejos sobre protectores no era nada fácil.

A mis veintisiete años y viviendo con ella, la culpa era mía, pero estaba reuniendo como una loca para dar la entrada para mi casa, tenía un sueldo más o menos en condiciones en la guardería más importante de Ibiza, la isla en la que vivía, la isla de la blancura, esa que amaba pero a la vez me asfixiaba.

—Dakota. Tienes que evitar gastar en tantas marcas para vestir, es innecesario —me repetía una y mil veces.

Tenía la bendita manía de todos los meses dividir mi sueldo, la mitad para reunir, una prenda que me compraba cada mes y el resto para subsistir, gasolina, salir a comer, cosas de personas de mi edad, además de salir de noche de vez en cuando.

Llegué a la guardería y un guapísimo chico estaba allí, por fin algo me alegraba aunque fuera la vista.

—Hola, soy Sebas —dijo dándome dos besos.

—Hola, yo soy Dakota —sonreí —Eres el nuevo ¿verdad?

—Eso parece...

Su pelos y ojos castaños, su piel morena, su risa, su forma de hablar, ese chico era un regalo de San Valentín por adelantado, tenía cuatro días para ligármelo y hacer que me invitara a cenar ese día.

Así era yo, cabezona cuando algo o alguien me gustaba así que me dedique a llevarme bien con él y convencerme de que tenía cuatro días para enamorarlo.

Me pegué a él como una lapa, me contó un poco de su vida, era un bohemio innato, me encantaba, tenía algo especial que hacía que la sonrisa no pudiera quitarse de mi cara.

El primer día conseguí tomar con él un café al salir, al igual que al segundo, me sentía muy cómoda con él y comenzaba a sentir mariposas en el estómago.

Y llego el día anterior a San Valentín, yo estaba nerviosa, solo quería

trabajar así estaba a su lado, me pintaba más de lo normal de forma natural, pero me cuidaba mucho esos días para estar impecable a pesar de tener que llevar la bata.

—Mañana es el día de los enamorados —decía a los peques que ni lo entendían —vamos a llenar la guardería de corazones de papel ¿Qué os parece?

—¡¡¡Sí!!! —chillaron todos los niños de más avanzada edad.

—Es el día del amor y vamos a repartir mucho amor —a mí se me caía la baba escuchándolo.

—Lastima de día —dije en voz baja pero me escuchó.

—¿Por qué? —se dirigió a mí en voz flojita.

—Nada, nada —sonreí.

—Ah no, dime, lo dijiste por algo ¿Estás enamorada de alguien que no quiere estar contigo? —preguntó preocupado.

—No —reí —pero es un día para que te inviten a cenar y todo eso, no para pasarlo sola —dije bromeando.

—Pues nos vamos a cenar mañana ¿Qué te parece? Le hacemos un boicot a cupido.

—Pues no lo veo mal —fingí con ganas de ponerme a saltar, objetivo conseguido.

—Eso haremos —me guiñó el ojo.

Pasé el día fantaseando con la cena fuera de la guardería, al igual que a la mañana siguiente. Cuando terminamos la jornada me dijo de vernos en un lugar muy chulo en el interior de la isla, le dije que sí, quedó en recogerme a las nueve en la puerta de mi casa.

Me metí en el baño escuchando Malú, feliz con mi cita con Sebas, así que a la hora pactada salí, emocionada como una niña chica.

—Estás preciosa —dijo abriendo la puerta del copiloto.

—Gracias, me miras con muy buenos ojos —sonreí.

—Yo y cualquier chico con gusto —me hizo un guiño.

Iba en una nube con él, hasta que llegamos al restaurante que estaba precioso decorado para ese día, nos sentamos en una zona con vistas a una montaña y en la mesa una rosa, por supuesto, detalle de la casa.

—Es raro, mi primer San Valentín con alguien —dijo mientras movía la

copa.

—Con alguien y sin ser su pareja ¡Anda que tenemos delito! —reí.

—Eso podemos arreglarlo, haría muy feliz a mi madre —dijo y no sabía si estaba bromeando o lo decía en serio pero yo el juego se lo iba a seguir.

—Claro, nos declaramos novios in nomini patri —hice la señal de la cruz al aire.

—Acepto, acepto —levantó la copa.

—Pues una alegría para mi madre también, si quieres mañana vienes y te la presento, puedes comer allí, mañana no trabajamos —dije bromeando.

—Claro ¿A la una está bien? —dijo de forma segura.

—Estupendo, la hora perfecta.

—Luego si quieres podemos ir a conocer a la mía, lo digo para dejar los asuntos de familia cerrados mañana, al menos de forma oficial.

—Eso es genial —dije aguantando la risa.

—Lo de la boda lo hablamos más adelante o ya, como quieras...

—Por mí lo dejamos listo ya —dije ojeando la carta.

Pedimos la cena y yo no sabía si estaba bromeando o no, pero el juego se lo seguía y veía que estaba cómodo así.

—Pues volviendo a lo de la boda —rellenó las copas —El verano que viene sería perfecto, cuando nos den las vacaciones.

—Sí, así nos da tiempo a preparar una casa y eso... — reí encogiéndome los hombros.

—Sin problema por eso, yo tengo una a pie de playa, en una zona preciosa, me la compró mi abuela antes de partir.

—¿En serio? —pregunté emocionada metida en el papel —Entonces eres el amor de mi vida —solté una risa a carcajadas que miró todo el restaurante a nuestra mesa —Perdón —me ruboricé poniéndome la mano en la boca.

—Nada, entiendo que te ponga nerviosa adquirir hoy un compromiso oficial...

—Y tanto —puse un gesto de ironía —Estoy super feliz de mañana conocer a mi suegra —me metí un trozo de pan en la boca de forma desesperada haciendo el papel.

—Ven, levanta —dijo poniendo de pie.

—¿Qué haces? —pregunté sin entender nada.

—Levanta —hizo gesto impaciente con la mano.

Y me levanté, me dio un beso en los labios y se sentó.

—¿Convencida de que hoy comienza algo?

—¿Me estás hablando en serio? —dije sin entender nada, pero feliz de la vida por ese beso.

—Ajá y lo de mañana también, puedo ir como un compañero tuyo de trabajo y tu igualmente, así empezamos algo de la forma más natural —movía la copa de vino y yo estaba a punto de desmayarme.

—Vas muy rápido —reí.

—Estoy seguro de lo que quiero, eres todo lo que busqué.



*Paris,
la ciudad del amor*

Loli García, espero que te guste, como me gustó a mí escribirlo. Un abrazo.

San Valentín, el día para celebrarlo.

Yo, Cloe, soltera a mis treinta y cinco y sin vistas a una relación.

Jones, el hombre que me traía por la calle de la amargura...

Viéndolo así, era un panorama demasiado patético. Llevaba años trabajando como cajera en una conocida cadena de supermercados francesa. No era de allí, pero siempre me había gustado ese idioma, esa cultura. Cuando fui mayor de edad, decidí irme a probar suerte y la verdad era que no podía quejarme. Vivía en un piso alquilado normalito, no demasiado grande ni lujoso, lo que me permitía el salario, el cual tampoco estaba mal, De vez en cuando me escapaba a España a ver a la familia, pero mi vida estaba ya allí, en el país galo. Al menos mientras tuviera trabajo.

Jones no llevaba demasiado tiempo trabajando en la empresa. Era el conductor de los pedidos a domicilio y también repartidor. Nuestros horarios nos impedían vernos demasiado, pero cada vez que lo tenía delante, ese hombre me hacía babear.

Un francés moreno típico, con ese acento que me volvía loca...

Por mis compañeros sabía algo de su vida, separado y padre de una hija, muy dedicado a ella y para nada un picaflor, mucho menos te comía la oreja para llevarte a su terreno.

Era un hombre con muchos valores en ese sentido.

Ese día llegué al supermercado temprano, nos tocaba reponer y a mí ese turno. Y ese día sí me lo encontré.

—Buenos días —saludé a todos mis compañeros, él incluido.

Me puse la ropa de trabajo y salí para hacer la faena. El día de San Valentín teníamos todo lleno de flores y bombones. Era desesperante para una solterona como yo.

—Te juro que como a mi marido se le olvide de nuevo la fecha que es hoy, me divorcio.

Miré a mi compañera y me reí.

—Todos los años dices lo mismo y todos los años se le olvida —le recordé.

—Ya... Es que soy una blanducha y después me da pena cuando vuelve al día siguiente con el regalo —puso cara de pena.

—Prueba a ponerle una alarma o a decírselo sutilmente —reí.

—Si sutilmente se lo digo siempre el día de antes en plan: más vale que te acuerdes de qué día es mañana, pero no hay manera.

Me reí y negué con la cabeza, no iba a cambiar.

Seguimos colocando las flores mientras yo estornudaba sin parar, ni la pastilla de la alergia podía ayudarme a sobrellevar eso. Y a la hora de abrir, respiramos profundamente, preparados todos para la diabetes por la cantidad de azúcar que íbamos a vender como si nos la comiéramos nosotros mismos.

—Es una fecha comercial —suspiré un momento que tuve libre.

—Sí, pero bonita —sonrió mi compañera desde la otra caja.

Sí que lo era y ojalá yo pudiera celebrarla algún día. en el fondo me daba envidia no poder hacerlo.

El día terminó y llegué a las taquillas para coger mis cosas e irme a casa. tenía en la nevera un litro de helado de chocolate, mi compañero perfecto para pasar la soledad de ese día.

Cogí mi bolso y noté que pesaba demasiado. Lo abrí, intrigada, y encontré...

—¿Y esto? —dije más para mí misma que para mi compañera.

—Ohhh, eso me suena a regalo —dijo corriendo hacia mí, los ojos le hacían chiribitas.

Me quedé observándole la cara y fruncí el ceño, la conocía bien.

—¿Qué sabes tú de esto que yo no sé?

—Nada —dijo rápidamente. Puse los ojos en blanco, era evidente que había sido ella quien había metido eso en mi bolso.

Abrí el paquete y sonreí al ver la pequeña caja de bombones que contenía.

—No hace falta que me regales unos bombones, estoy a dieta —reí mirándola.

—No son míos —sonrió con picardía—. ¿No hay una nota o algo?

Eso significaba que la había. Estaba claro que ella sabía de qué iba todo eso.

Le di la vuelta a la caja y ahí estaba, un pequeño post it pegado.

¿Pasarías el día de San Valentín conmigo?

¿Y ya está? ¿Eso era todo? ¿Y quién era ese conmigo?

La miré sin entender. Ella no podía dejar de sonreír y yo no entendía nada. no tardó mucho en mirar por encima de mi hombro y carraspear, haciéndome señas para que me diera la vuelta.

Me estaba dando hasta miedo viendo esa sonrisa, pero poco a poco, me giré.

Y ahí estaba él, ese hombre que me había gustado desde el primer

momento en que lo vi. Con las manos en los bolsillos, sonriendo tímidamente, un poco avergonzado.

—Hola, Cloe —dijo con su perfecta voz.

—Hola...

¿Y qué más podía decir? No podía ser que él...

—Esa nota es mía —dijo sin dejar de mirarme a los ojos—. Te lo pregunto yo, ¿quieres cenar conmigo por San Valentín?

—¿En serio? No lo pregunté en voz alta y chillando de milagro. Pestañeeé varias veces, sin podérmelo creer.

—Venga, Cloe, al chico le ha costado dar el paso, ¡di algo! —rió mi compañera.

—¿Por qué? —le pregunté, no era lo más acertado, pero sí lo que me salió.

—Me gustas —dijo seriamente— y quiero conocerte mejor.

Ay Dios, que San Valentín, el demonio ese con pañales se había puesto de mi parte...

—Dice que sí —rió mi amiga.

La miré y la maté con la mirada. Volví a mirar a Jones y pregunté:


—¿Me estás pidiendo una cita? —por poco se me cae la mandíbula al suelo.

—Te estoy pidiendo nuestra primera cita. Y ojalá haya muchas más.

No sabía reaccionar, afirmé con la cabeza y me acerqué a él.

Claro que quería, era la oportunidad con la que había soñado, aunque nunca lo creí posible. Y ahí estaba, mi amor platónico, quizás a punto de convertirse en algo real.

Quizás San Valentín también tenía sus milagros.



*Tierno como
algunos Gifs...*

Para Sol Taylor, ese ángel que me cayó del cielo y que me agarró de la mano para este camino, gracias por velar por todo lo que me rodea. Te quiero.

Iba a achuchar a esos bebés hasta comérmelos a besos, pensé muerta de la risa. Estábamos coloreando corazones para el día de San Valentín. Ellos no entendían, obviamente, pero como eran para sus mamás... Pues ellos disfrutaban con las acuarelas y llenándose de todos.

Yo moría de la risa con esas caras que me ponían de sorprendidos, o cuando lloraban y se ponían tan tiernos con esos pucheros, o sus risas, esas que me hacían estallar de amor, me recordaban a los Gif que usaba en el Messenger de Facebook.

Mi trabajo en la guardería era lo que siempre había soñado. Ese curso me había tocado los mayores, los que terminarían ese año y entrarían en el colegio, eran pequeños, para mí unos bebés.

Me llenaban el alma de alegría cada día.

Y lo necesitaba...

Estaba sola, siempre lo había estado. Viviendo en un orfanato, sin familia. Pero logré formarme y tener un futuro, ser independiente. Sentirme plena por más sola que estuviera.

Mis relaciones fallidas tampoco habían ayudado mucho, siempre me enamoraba de los chicos malos, así que podéis imaginaros la suerte que tuve...

—Seño, ¡seño!

—No hace falta que me grites, Samuel —le dije con cariño.

—Es que mira —suspiró el pobre señalándome el desastre que tenía delante cuando las acuarelas se le habían derramado y habían estropeado su corazón.

—Oh —dije con pena—. Ha sido un accidente, no te preocupes que lo arreglamos —le guiñé un ojo.

—Si la seño dice que se arregla, se arregla, así que vamos.

Sonreí cuando Dan entró en mi clase y dijo eso. Dan era todo un encanto, un chico que físicamente me atraía, compañero de trabajo, estaba como refuerzo para todos los profesores. Un chico encantador, con una preciosa sonrisa. Me gustaba, incluso siendo lo contrario a mi prototipo de hombre, este era el ángel, no el demonio como los demás.

Pero él nunca había dado señales de fijarse ni un poco en mí.

—Venga, vamos a arreglar eso y verás como a tu mamá le va a encantar el corazón.

Dan hizo sonreír al niño y se sentó con él, me levanté sonriendo y seguí

ayudando a los demás. Un rato después, y como bien había dicho él, habían conseguido hacer el mejor corazón de todos.

Samuel salió orgulloso con su creación y se la dio a su mamá cuando vino a recogerlo y solo por esa sonrisa de ella y de él, merecía la pena cada segundo del día con ellos.

—¿Has visto la cara de orgullo? —rió Dan cuando vimos al niño irse.

—Ya ves —reí—. A veces nos sacan de quicio, pero por estos momentos vale todo —dije lo que pensaba en voz alta.

—¿Crees que tendremos la misma paciencia cuando seamos padres? —me miró al preguntarme, con el ceño fruncido.

—No sé —me encogí de hombros—. Dicen que ser padre te llena de paciencia en unas cosas, te las quita en otra... A saber, no me quiero imaginar de madre —reí y entré para recoger la clase.

—¿Por qué no? —preguntó él entrando detrás de mí para ayudarme.

—Bueno, ya superé los treinta, no es que haya tenido mucha suerte en el amor. Así que pocas esperanzas hay —reí.

—Quizás nunca elegiste al chico adecuado.

—Eso seguro —resoplé—. Está claro que los chicos malos no merecen la pena.

—¿Y los chicos buenos como yo?

—Lo miré y me reí de nuevo.

—Pues no sé, eso lo dirá tu novia.

—¿Novia? ¿Qué novia? —rió él.

—Alguien habrá, ¿no? —me encogí de hombros.

—Sí, ligues de una noche. Pero te aburres de eso también —suspiró—. Además, hay una chica que me gusta y con la que me llevo bien, pero nunca me atreví a pedirle una cita.

—Uy, cuéntame eso —aunque me dé un poco de celos, pensé.

—Es que no sé cómo acercarme. Ni sé si le gusto. ¿Qué tal si me manda a la mierda?

—Dan, no te veía como un cobarde en eso —reí, alucinando.

—Y no lo soy. Pero ella es especial.

—Vaya... Solo pídeselo. El no ya lo tienes.

Me agaché a coger algo del suelo y al levantarme lo tenía frente a mí.

—¿Crees que me diría que sí? —preguntó intensamente.

—No creo que a ti alguien te diga que no —era lo que pensaba, sinceramente. Tan lindo, tan dulce, tan perfecto... Hasta con un toque de

picardía.

—¿Y tú qué dirías, Carla?

La pregunta me pilló de sorpresa.

—¿Yo? Esto...

—¿Tú qué dirías si te pido salir? ¿Si te invito a cenar? Si te digo que eres tú esa chica... ¿Aceptarías una cena conmigo hoy, siendo el día que es?

Me quedé de piedra, sin poder moverme, creo que ni respiraba.

—¿Dirías que sí? —insistió y de la forma en que me miraba me ponía nerviosa.

—Diría que sí —dije tras tragar saliva, porque estaba más que nerviosa por tenerlo tan cerca y hablándome de ese modo.

—Me alegra —sonrió de oreja a oreja—. Pues te recojo esta noche, a la ocho, te espero debajo de tu portal. Vamos a cenar —me guiñó el ojo y se fue sonriendo.

—Pero qué... ¿De qué hablas, Dan? —me giré y pregunté antes de que se marchara.

—Esa chica eres tú, Carlota. ¿Vas a cenar conmigo?

Abrí los ojos como platos, pero terminé sonriendo.

—¿Me estás hablando en serio?

—Sí —dijo, y tan en serio que sonaba.

—Me estás proponiendo una cita —no borraba la sonrisa de mi cara.

—Solo te propongo el principio de algo. ¿Aceptas?

—Sí, pensé, claro que sí.

—Nos vemos a las ocho —le guiñé un ojo y lo dejé marcharse mientras saltaba y gritaba que lo había conseguido.

Nunca pensé que le gustara, pero... Ahí estaba, iba a cenar y a celebrar esa noche con él.

Y sabía que era como él decía, que era solo el inicio para los dos.

El inicio de nuestra historia.

Tal vez, a partir de ahora, celebraríamos todos y cada uno de los San Valentín que viviera.

Y esa ilusión y que fuera con él me llenaba más que nada en el mundo.



*Vivir
con amor*

Marta Hernández, gracias por estar siempre y tener ese carisma. Un beso.

Cada viernes salía tarde del trabajo. y entraba en ese pub irlandés para tomarme algo y evadirme, olvidarme de que era profesora en la universidad de Galway y de que el estrés era parte de mi vida.

Y cada viernes estaba él ahí, tocando la guitarra y cantando, dejándonos a todos encantados con su preciosa voz.

Erik era también socio de ese lugar, desde la primera vez que puse un pie ahí hicimos buenas migas y él entonces me comentó lo de su actuación de los viernes.

Decidí ir y hacía ya mese que nunca fallaba. Ni teniendo pareja, venía conmigo.

Como nunca faltaban nuestras conversaciones de después.

Y ese viernes, después de mi última ruptura amorosa, necesitaba un rato con un buen amigo.

—Me va a dar diabetes —dijo cuando se sentó en la mesa, frente a mí.

Me reí, lo entendía.

—El día de San Valentín, no se puede cantar sino sobre amor.

—¿Y tu amor? ¿Dónde está? —preguntó al no verlo. Había ido las últimas tres semanas con James, un irlandés que conocí y con el que parecía que las cosas iban a cuajar. Solo parecía, porque terminamos como el rosario de la aurora.

—No funcionó —me encogí de hombros, simple y llanamente eso.

—Lo siento, Aoife.

—No pasa nada —sonreí—. Tampoco es que pensara que era el amor de mi vida. Tal vez el amor no está hecho para mí —me encogí de hombros y miré a todas esas parejas que teníamos a nuestro alrededor.

—Para una mujer guapa, simpática, inteligente, fuerte, independiente... —se rió cuando enarqué las cejas —Puede que no haya muchos hombres dispuestos a lidiar con ello, no —soltó una carcajada.

—Y qué queréis? ¿Una mujer tonta? ¿Que dependa de vosotros? ¿Una bella doncella a la que hay que cuidar? —pregunté con ironía.

—Se que muchos sí...

—¿Y tú?

Erik bebió un largo trago de su copa y me miró.

—¿Yo qué?

—Nunca te he visto con nadie —y me extrañaba, porque además de guapísimo, ese hombre era todo lo que una mujer podría desear.

—La chica guapa, simpática, inteligente, fuerte e independiente que me gusta, nunca se ha fijado en mí.

—Negué con la cabeza, no me creía eso.

—Lo dudo —reí.

—¿Por qué? La tengo delante y aún sigue sin verme.

—Si en ese momento alguien me hubiera pellizcado, no sentiría nada. Sin actividad física ni mental de tan de piedra como me había dejado.

—Erik nunca me había dicho nada de...

—Te quedas conmigo —reí al final, nerviosa, negando con la cabeza y él negó con la suya—. Yo nunca...

—Lo sé —sonrió—, pero yo sí, desde el primer día en que te vi. Lo siento, no quise incomodarte y menos un día como hoy.

—No, no me incomodas —negué inmediatamente—. Es solo que... No me imaginé...

Estaba roja como la grana, me lo notaba por el calor que tenía en mi cara.

¿Cómo salía yo de esa?

—Tal vez algún día puedas pensar en mí para darme una oportunidad —dijo serio.

Eso no podía estar pasándome a mí...

Había terminado con otra relación fallida, estaba en la noche de San Valentín hablando con un gran amigo que me confesaba que para él yo era más que eso. ¿Qué se suponía que debía de hacer en ese caso?

—Mi cupo de fracasos está lleno, Erik —suspiré con pena, pensando en cómo de mal lo había hecho el último.

—Lo nuestro no sería un fracaso, Aiofe. Lo nuestro sería el gran triunfo.

—¿Cómo dices eso tan seguro? —pregunté al notar la seguridad en su voz.

—Porque lo sé, porque lo siento cuando estoy contigo. Por cómo te comportas tú conmigo... Solo necesitas darnos la oportunidad.

—¿Y si no funciona?

—¿No deseas que te bese? ¿Que te toque? —preguntó susurrando.

Sí, lo había hecho muchas veces, pero eso era mi imaginación calenturienta.

—¿Tú deseas hacerlo? —susurré yo esa vez.

—Yo deseo conocerte aún más —dijo con firmeza— Deseo conocer cada secreto de esa mujer que me fascina. Deseo demostrarle que no todos somos iguales y deseo que vea que el amor solo surge con el hombre adecuado.

—¿Y tú eres ese hombre?

—Eso no lo sabremos hasta que no te tires por el precipicio sin miedo a volar.

Me encantó esa frase y me hizo sonreír.

—Soy una mujer herida, Erik.

—Y yo soy un hombre con paciencia —me guiñó un ojo—. Hay algo especial entre nosotros, Aiofe, ¿por qué no ver qué es?

¿Por qué no?, me pregunté a mí misma. Porque era mi amigo y si fallaba, el dolor iba a ser mucho más intenso que el dolor que había sentido en mis anteriores fracasos amorosos.

Pero Erik tenía razón. Entre nosotros había algo. Una amistad, una complicidad, una confianza que no tenía con nadie más.

Y un deseo que siempre, aunque yo lo negara, estaba ahí, dormido en mí.

Porque hasta ese momento no había despertado y se había mostrado, enseñándome que no era el único que tenía ganas de tocar al otro.

Y demostrar. Y sentir...

—¿Una cita tú y yo? —sonreí pícaramente.

—Una cita tú y yo, Aiofe. Hoy, en un día como este. Mañana veremos.

—¿Y si mañana hay más?

—Si no hay más —dijo en su lugar—, seguiremos siendo amigos. Pero si hay más... Te aseguro que no te voy a dejar escapar.

Un escalofrío me entró por el cuerpo con la sensación de que sí iba a haber mucho más.

La vida me estaba poniendo delante la oportunidad de, quizás, conocer a un gran amor. Tal vez el definitivo.

¿Iba a negarme a ello?

—Si me tiro por el precipicio... ¿Lo harías conmigo, agarrado de mi mano?

Erik sonrió entendiendo lo que le estaba diciendo.


—No, Aiofe, porque yo no te dejaría caer nunca.

Sonreí y en ese momento, en esa noche mágica, me sentí feliz. Con la sensación de que la vida me estaba poniendo delante eso que quería.

La vida me había traído a Erik.

Entonces agárrala ya —susurré, aceptando nuestra primera cita y, aunque con miedo, con la ilusión de que quizás, el amor, sí estaba hecho para mí.

Y de que él era el hombre adecuado para hacérmelo sentir.



*Cada día
de mi vida*

A María Cebollero, gracias por participar.

Ahí estaba otra vez.

Ahí estaba de nuevo, mirándome con su cámara en la mano.

Y ahí estaba yo, bailando como cada noche, intentando olvidar sus mirada acariciando mi cuerpo.

Hacía meses que bailaba en el lugar más famoso de París. Ser bailarina del Moulin Rouge era un privilegio que muy pocas podíamos tener. Pero mi vida era el ballet, siempre lo había sido. Ya de niña me calzaba mis bailarinas, me ponía mi tutú y me hacía los esguinces que fueran necesarios por jugar a ser famosa.

Mi afición se convirtió en mi forma de vida, después de años trabajando duro. Convirtiéndome en bailarina profesional.

Pero del ballet no se podía comer. Había que ampliar miras y estilos de bailes.

Y por eso estaba ahí, siendo cabaretera, ganándome la vida.

Desde la primera noche que actué en mi debut en el Moulin Rouge, lo vi. Siempre solo, sin hablar con nadie. Siempre fotografiando la belleza de la danza.

No era una fotografía de un perverso que miraba a las mujeres, no. Era artístico, de eso estaba segura desde el primer momento.

Esa noche se celebraba San Valentín y teníamos un baile especial preparado. Y yo sería la protagonista, habiendo conseguido cambiar un poco las tornas de lo típico de ese lugar y consiguiendo que mi jefe aceptara mi número de ballet clásico.

Fue todo un triunfo para mí.

Y ni siquiera fui consciente de lo rápido que había pasado todo, tan ensimismada como estaba en vivir todo aquello.

—Me ha encantado, Daniela, tendrás que repetirlo —dijo mi jefe cuando bajé del escenario. Para mi sorpresa.

Una enorme sonrisa se formó en mis labios. Eso sí que no me lo esperaba...

Había ensayado semanas y le había dado a la actuación un toque sensual, conociendo muy bien el lugar donde la llevaría a cabo.

Le di las gracias y fui a cambiarme de ropa, esa noche había acabado mi turno y me apetecía tomarme una copa antes de irme. Porque volver a mi casa,

sola, la noche del amor... No, no podía.

Había nacido y crecido en esa ciudad y aunque tenía familia, era demasiado independiente y me gustaba la soledad. Menos esa noche. Porque esa noche me recordaba que seguía sola, que si algo me había ido mal en la vida era el amor.

—Ponme algo fuerte, Jean—le pedí al camarero, quien con una sonrisa de su estropeada y envejecida dentadura, no tardó en ponerme la copa delante.

—Invita la casa —me guiñó un ojo.

—Pero que no se entere el jefe, ¿no? —reí, conociendo de más cómo eran las cosas allí.

—Chica lista —rio y se marchó a atender a los demás clientes.

Tomé un sorbo y me removí incómoda en la silla donde estaba sentada. Había salido de entre bambalinas y nuestras miradas habían vuelto a encontrarse. Y aún la notaba, a mi espalda. Era una sensación extraña, pero podía sentirlo pendiente a mí, a cada uno de mis movimientos.

Intentando relajarme, cogí mi móvil y eché un vistazo a las redes sociales. Lo que fuera con tal de calmar mis nervios.

—Un baile más que perfecto.

Esa voz... Tenía que ser de él. Nunca lo había oído hablar, pero por la reacción desmesurada de mi cuerpo, supe que no podía ser de otra persona. Porque mi cuerpo, desde la primera vez que lo vi, solo reaccionaba ante él.

Me giré un poco y lo miré. Ahí estaba, en todo su esplendor. Ese hombre con el rostro curtido por el sol, su pelo negro, no tanto como el mío, él ya pintaba canas. Y sus ojos... Unos ojos oscuros que por fin podía ver desde cerca.

—Gracias —titubeé.

—Soy Ian. Llevo meses viéndote bailar y nunca hemos hablado. ¿Puedo? —señaló al taburete que estaba vacío a mi lado.

—Por supuesto —sonreí, tímidamente—. Yo soy Daniela.

—Lo sé —sonrió, haciéndome sonrojar.

—Tú no eres francés —es lo primero que se me ocurrió decir, pero su acento lo decía claro.

—Suizo —sonrió, enseñando unos perfectos dientes que ya quisiera yo para mí—. Pero llevo muchos años en París.

—¿Por trabajo?

—No hay mejor lugar para que un fotógrafo pueda ejercer, ¿no crees?

En eso tenía razón. Nada en el mundo como mi ciudad para ver la belleza en todo su esplendor.

Bebí un poco más y dejé la copa en la barra al notar que me temblaba un poco la mano. No era una chica de citas. Me las pedían, claro, como a todas. Pero yo no accedía. Yo necesitaba algo más. Otro tipo de sensaciones. Esas que, por ejemplo, sentía con este desconocido.

—Quiero fotografiarte.

La frase la dijo así, sin paños calientes. De sopetón y si llego a estar bebiendo, me ahogo allí mismo.

—¿Fotografiarme?

Afirmó con la cabeza. Me quedé mirándolo, pensativa. ¿No lo había hecho en todo este tiempo? Porque yo lo había visto a menudo con la cámara.

—No hice fotos hoy, quería disfrutar del espectáculo. Y necesito plasmar la belleza que enseñaste en ese baile.

Solo su voz, profunda, con ese acento, me hacía temblar. ¿Pero qué me pasaba con ese hombre?

—No creo que repita... —a mi jefe le gustó, pero no podía saber con seguridad si volvería a repetirlo allí. Del dicho al hecho...

—Hazlo para mí.

Temblé, puedo prometer que temblé. Por su tono de voz y por lo que mi mente había imaginado en milésimas de segundos.

—¿Me estás proponiendo...? —no sabía cómo preguntarlo sin ser directa.

—¿Una cita? —sonrió— ¿La aceptarías? ¿Con un desconocido?

Era de locos, sí. Pero era lo que deseaba.

Miré a mi alrededor, estaba como una cabra. No iba a meter a ese hombre en mi casa. Ni iba a ir a la suya...

De repente, una idea se me ocurrió.

—Si estás aquí a la hora del cierre, veremos qué podemos hacer — fingiendo una tranquilidad que no sentía, me levanté y volví a irme detrás de bambalinas.

Solo en ese momento dejé que me temblaran las piernas. Me apoyé en la pared y cogí aire.

La noche terminó y el local estaba a punto de cerrar. Salí de él. Ian hizo lo mismo, quedándose en mitad de la calle, disimulando.

Solo entonces, cuando todo el mundo desapareció, saqué las llaves de mi

bolso y abrí la puerta, haciéndole señales para que me siguiera.

Encendí una pequeña luz del lugar, la roja, que le daba un aire más romántico. Lo que necesitaba esa noche.

—Espera aquí —señalé a la mesa donde solía sentarse para que tomara asiento.

Entré en el camerino y me quité el abrigo. Ya tenía debajo la ropa con la que había bailado esa noche.

Casi sin poder sostenerme en pie, me planté delante del escenario. La música había comenzado a sonar y tomé aire, pensando en que estaba sola.

Entonces comencé a moverme. Viviendo la música. Viviendo el baile.

Siendo yo.

Ni el flash de su cámara me sacaba de mi mundo.

De lo que era mi vida...

Terminé, en el suelo, con un perfecto baile terminado. Y fue cuando noté sus manos, ayudándome a levantarme.

—Simplemente perfecta... —susurró mirándome a los ojos.

No se había equivocado, se refería a mí. Abrí mis labios un poco, cogiendo aire y, para qué mentir, deseando sentir los suyos.

—Te fotografiaría cada día de mi vida —levantó su mano y acarició mi cara. Mi cuerpo temblaba por la excitación de su cercanía y por lo que significaban esas palabras.

—¿Solo a mí? —pregunté con un hilo de voz, temerosa de estar equivocada y viviendo un sueño del que despertaría.

—Solo a ti —dijo seguro, mirándome a los ojos.

Entonces sus labios se acercaron a los míos.

Cálidos.

Dulces.

Sensuales...

Nos besamos perdiendo la cuenta del tiempo.

Nos besamos como si lo hubiéramos hecho toda la vida.

Nos besamos como si fuéramos el uno para el otro.

Y tal vez era así...

La noche de San Valentín empezó como las demás. Conmigo sola, soñando con que, quizás, algún día podría vivirla con alguien.

Y en ese momento lo estaba haciendo. Con alguien a quien aún tenía que conocer, pero que sabía que ya estaba en mi corazón.

Me dejé llevar y celebré el día como se merecía. Dejando que me amara con cada gesto, con cada caricia de sus manos sobre mi cuerpo desnudo. Allí mismo, en ese escenario que me hacía vivir y sentir.

Y ahí estábamos, un año después, recordando cada momento del día en que decidimos darle la oportunidad a la locura del amor.

—¿Lo echas de menos, verdad?

Miré a Ian, quien hoy era mi marido y sonreí.

—No. Nostalgia, pero no lo cambiaría por la vida que tenemos ahora.

Y era cierto. Tenía al hombre del que me enamoré un día de San Valentín a mi lado, celebrando nuestro primer aniversario en el lugar donde nos arriesgamos a amar.

Y había ganado.

Y eso era sentirse viva. Ni toda la danza del mundo podría hacerme sentir mejor.

Nada. Solo él...